EL DOBLE

F. M. Dostoyevski

F. M. Dostoyevski:
El doble
Poema de Petersburgo

Introducción de Juan López-Morillas

El Libro de Bolsillo
Alianza Editorial
Madrid



Título original: Dvoini
Traductor: Juan López-Morillas

Calle Milán, 38; ® 200 00 45 ... ISBN: 84-206-0103-9
Depósito legal: M. 14.364-1985
Compuesto en Fernández-Ciudad, S. L.
Papel fabricado por Sniace, S. A.
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)
Printed in Spain

INTRODUCCIÓN

Hay obras literarias cuyo sentido y alcance no son captados en la época de su publicación, sino largo tiempo después, cuando cambios en el ambiente intelectual o mudanzas en la sensibilidad general actualizan lo que el autor, con genial intuición, puso en ellas y que sus contemporáneos, menos perspicaces, no alcanzaron a penetrar. Así sucedió con la obra presente. Cuando salió a luz en 1846, lectores y críticos vieron en ella un relato en que un tema que les era familiar venía revestido de extravagante singularidad. En todo caso, quedó frustrada la esperanza de Dostoyevski de que esta su segunda novela sirviera para consolidar el renombre que le había procurado la primera, *Pobres gentes*, publicada también en 1846.

Lo familiar de *El doble* era la reaparición de uno de los tipos favoritos de Gogol, escritor a quien tanto debe el temprano Dostoyevski en materia de ficciones novelescas: el del funcionario público (*chinovnik*) de modesta o ínfima categoría que se esfuerza por salvaguardar un mínimo de dignidad y amor propio ante una burocracia que ve en sus servidores sólo un conjunto de nombres y puestos en un desalmado escalafón. El protagonista de *El doble*, Yakov Petrovich Goliadkin, es ejemplo cabal de ese tipo de funcionario. Consciente de su «grado» (*chin*) oficial y desdeñoso de las limitaciones que conlleva, aspira a zafarse de ellas en el plano social, sin percatarse de que en el sistema en que vive «persona» y «función» son equivalentes. En

el medio social se alcanza el nivel que corresponde al «grado» que se tiene en el escalafón. En alguna medida esta equivalencia es propia de todas las burocracias gubernamentales, y así lo hicieron constar otros maestros del realismo literario como Balzac y Galdós. Pero fue rasgo acentuado de la burocracia que implantó en Rusia Pedro el Grande y que Nicolás I llevó al máximo de mecánica rigidez.

Ahora bien, una vez sentada la coincidencia tipológica con Gogol, las divergencias entre los dos escritores resultaban tan profundas que no podían menos de despistar a aquellos lectores y críticos empeñados en ver en *El doble* sólo una malograda y aun perversa imitación de Gogol. Aunque ambos escritores hacían hincapié en la deshumanización del *chinovnik*, Gogol procedía desde fuera, según un método reductivo consistente en tomar la parte por el todo: el personaje gogoliano se fragmenta en nombre cómico, rasgo facial, gesto, muletilla, artículo de vestir, etc., y cada fragmento adquiere sustancialidad tan vigorosa y autónoma que a menudo nos olvidamos de que es sólo un retazo de caracterización que ha venido a suplantar a la caracterización total. Dostoyevski procede a la inversa: su personaje crece y se ensancha desde dentro, según un arbitrio que le empuja a rebasar el cauce del yo convencional y derramarse por su contorno vital, convertido así en aditamento inseparable de la personalidad. Ese arbitrio es la virtud expansiva de la palabra. Desde sus comienzos como escritor, Dostoyevski hace que sus personajes vivan y se desarrollen —también que se destruyan— *hablando*, consigo mismos o con otros, razonando, delirando, disputando, soñando dormidos o despiertos. Delirando sobre todo en la obra que nos ocupa. Goliadkin, cuyo trastorno mental es evidente desde su primera aparición, se va sumiendo gradualmente en un mundo de su propia hechura, en el que se siente perseguido y acosado por «enemigos» ante quienes se ensoberbece o se humilla para dar al traste con sus aviesos propósitos. Del contraste entre la fantasía demencial de Goliadkin y la realidad presunta deriva la índole grotesca del relato. Y decimos «realidad presunta» porque sólo alcanzamos a entreverla, medio velada como está siempre por las alucinantes interpretaciones del protagonista.

Para neutralizar la simpatía que el lector pueda sentir inicialmente por el protagonista, Dostoyevski inyecta en su personaje inequívocas taras morales. Goliadkin no es una víctima inocente, condenada a la insania por un destino adverso. Es soberbio, ambicioso y taimado. Su rebelión contra el orden

establecido está motivada por el afán de hacerse pasar por lo que no es: por hombre de mundo, rico, distinguido, respetado y admirado de todos. Como tal, aspira secretamente a ascender en su carrera y aun obtener la mano de la hija de su jefe. Cuando su ambición se ve frustrada al ser expulsado del baile con que éste celebra el cumpleaños de aquélla, la mente desquiciada de Goliadkin «inventa» un *doble* que vendrá a encarnar paródicamente muchos de sus propios defectos y algunas de sus aspiraciones inconfesadas, y de paso a cosechar algunos de los triunfos que a él le son negados. El impostor, en suma, da vida imaginaria a otro impostor, con el que trata inútilmente de reconciliarse y que acabará por destruirle.

El tema del *doble*, caro a los románticos, había sido tratado en particular por Gogol y Hoffmann. Pero fue Dostoyevski quien descubrió en él todas sus espeluznantes —trágicas al par que grotescas— posibilidades, lo que explica en parte la perplejidad de sus lectores y críticos contemporáneos. Era necesario llegar al siglo XX, a Kafka y la psicopatología moderna para comprender el alcance de las intuiciones de Dostoyevski en materia de esquizofrenia. En todo caso, el tema del desdoblamiento de la personalidad fue la «idea seria» —así la llamó— que vino a su encuentro al inicio mismo de su carrera como escritor. Goliadkin fue sólo el primero en una serie de personajes «desdoblados» en la que hay que incluir andando el tiempo al «hombre subterráneo», Versilov, Stavrogin, Ivan Karamazov.

JUAN LÓPEZ-MORILLAS

Agosto 1983.

Capítulo I

Faltaba poco para las ocho de la mañana cuando Yakov Petrovich Goliadkin, funcionario con la baja categoría de consejero titular, se despertó después de un largo sueño, bostezó, se desperezó y al fin abrió los ojos de par en par. Durante unos instantes, sin embargo, permaneció inmóvil en la cama como si no estuviese aún seguro de estar despierto o de seguir durmiendo, de si lo que acontecía en torno suyo era, en efecto, parte de la realidad o sólo prolongación de sus alborotados sueños. Pronto, no obstante, los sentidos del señor Goliadkin empezaron a registrar con mayor claridad y precisión sus impresiones cotidianas y habituales. Familiarmente le miraban las paredes verdosas de su pequeña habitación, cubiertas de hollín y mugre, la cómoda de caoba legítima, las sillas de caoba de imitación, la mesa pintada de rojo, el diván

tapizado de hule rojizo salpicado de repulsivas flores verdes y, por último, el traje que se había quitado a toda prisa la noche antes y había arrojado al buen tuntún en el diván. Finalmente, el día otoñal, gris, opaco y sucio, le atisbaba por la grasienta ventana con tan mal humor y mueca tan torcida que el señor Goliadkin ya no podía de modo alguno dudar que se hallaba no en un remoto país de maravillas, sino en la ciudad de Petersburgo, en la capital, en la calle Shestilavochnaya, en el cuarto piso de una vasta casa de vecindad, en su propio domicilio. Una vez hecho descubrimiento tan importante, el señor Goliadkin cerró estremecido los ojos como añorando el reciente sueño y deseando volver a captarlo siquiera por un instante. Pero un momento después saltó de la cama, probablemente por haber dado al cabo con la idea en torno a la cual venían girando sus dispersos y agitados pensamientos. Después de saltar de la cama fue corriendo a mirarse en un espejito redondo que tenía sobre la cómoda. Aunque la imagen soñolienta, miope y medio calva que en él se reflejó tenía tan poco de particular que, a primera vista, apenas llamaría la atención, su dueño pareció quedar plenamente satisfecho de lo que vio en el espejo.

—Tendría gracia —dijo a media voz el señor Goliadkin— que no estuviese hoy como Dios manda, que me hubiese ocurrido algo fuera de lo común, por ejemplo, que me hubiera salido un grano o algo desagradable por el estilo. Sin embargo, de momento no tengo mala cara. Por ahora todo va bien.

Gozoso de que todo fuera bien, el señor Goliadkin volvió el espejo a su sitio y, no obstante estar descalzo y llevar la ropa en que de ordinario dormía, corrió a la ventana y se puso a buscar algo en el patio con gran interés. Al parecer lo que buscaba también le satisfizo por completo, pues su rostro brilló con una sonrisa de contento. Seguidamente —pero echando primero un vistazo al cuchitril que tras el tabique ocupaba su criado Petrushka y cerciorándose de que éste no estaba allí— fue de puntillas a la mesa, abrió con llave uno de los cajones, rebuscó en el último rincón, sacó de debajo de unos papeles amarillentos y otra basura por el estilo una cartera verde muy raída, la abrió con cuidado y miró con cautela y deleite en el más recóndito de sus compartimentos. Probablemente el paquete de billetes verdes, azules, rojos y multicolores que contenía miró también al señor Goliadkin con afabilidad y aprobación. Con cara radiante, éste puso la cartera abierta en la mesa y se restregó vigorosamente las manos en señal de profunda satisfacción. Sacó por fin su reconfortante fajo de billetes y, por centésima vez desde la

víspera, se puso a contarlos, frotando minuciosamente cada uno de ellos entre el índice y el pulgar.

—¡Setecientos cincuenta rublos en billetes! —dijo al cabo con voz que parecía un murmullo—. ¡Setecientos cincuenta rublos!... ¡Notable suma! ¡Agradable suma! —prosiguió con voz trémula y algo debilitada por el gozo, apretujando entre sus manos el fajo y sonriendo con intención—. ¡Una suma muy agradable! ¡Agradable para cualquiera! ¡A ver quién no la juzga así! Con una suma como ésta puede uno ir muy lejos...

—Pero ¿qué es esto? ¿Dónde se habrá metido Petrushka? —pensó el señor Goliadkin. Y vestido como estaba volvió a mirar tras el tabique. Tampoco esta vez encontró allí a Petrushka, pero sí vio en el suelo, donde había sido puesto, el samovar, que borbolleaba irritado, fuera de sí, amenazando de continuo con disparar su contenido. Y lo que probablemente rezongaba con furioso ardor en su enrevesada lengua era algo así como: «Venid a levantarme, buenas gentes. Como veis, ya es hora y estoy listo.»

—¡Que se lo lleven los demonios! —pensó el señor Goliadkin-. Este holgazán es capaz de quemarle a uno la sangre. Pero ¿dónde se habrá metido?

Con justa indignación salió al vestíbulo, que era un pasillo pequeño al fondo del cual estaba la puerta de entrada, entreabrió esta puerta y vio a su fámulo rodeado de un grupo bastante nutrido de lacayos, mozos y otra chusma servil. Petrushka contaba algo y los demás le escuchaban. Por lo visto, ni el tema de la conversación ni la conversación misma fueron del agrado del señor Goliadkin, quien llamó inmediatamente a Petrushka y volvió a su habitación muy descontento, por no decir que consternado.

—Este zopenco sería capaz de vender a cualquiera por un ochavo, y a su amo antes que a nadie —dijo para sus adentros—. Y me ha vendido, seguro que me ha vendido. Apuesto cualquier cosa. Me ha vendido por un miserable ochavo... Bueno, ¿qué?

—Han traído la librea, señor.

—Póntela y vuelve aquí.

Después de ponérsela, Petrushka entró sonriendo estúpidamente en la habitación de su amo. Su atavío era en extremo singular. Consistía en una librea de lacayo, muy de segunda mano, adornada con galones dorados y, al parecer, confeccionada para alguien dos pies más alto que él. Tenía en las manos un sombrero, galoneado también y con plumas verdes, y de su flanco pendía una espada de lacayo en una vaina de cuero.

Por último, para completar el cuadro, Petrushka, fiel a su costumbre de andar siempre en *déshabillé*, a la casera, iba ahora también descalzo. El señor Goliadkin escudriñó a Petrushka y quedó por lo visto satisfecho. La librea, al parecer, había sido alquilada para una ocasión solemne. También era de notar que durante la inspección Petrushka miraba a su amo con rara expectación y seguía cada movimiento de éste con insólita curiosidad, lo que desconcertaba sobremanera al señor Goliadkin.

—Bueno, ¿y el coche?

—También ha llegado.

—¿Para todo el día?

—Para todo el día. Veinticinco rublos.

—¿Han traído también las botas?

—También las han traído.

—¡Imbécil! ¿No puedes decir «las han traído, *señor*»? Después de mostrarse satisfecho de que le sentaran bien las botas, el señor Goliadkin pidió té, se lavó y afeitó. Se afeitó y lavó con esmero, bebió el té de prisa y emprendió la última y principal faena de su tocado: se puso unos pantalones casi flamantes, luego una pechera con botoncitos de bronce, un chaleco adornado con bonitas florecillas de color claro, anudó a su cuello una corbata de seda a lunares y, por último, se puso el uniforme, también casi nuevo y cuidadosamente cepillado. Mientras se vestía no paraba de examinar amorosamente sus botas, alzando primero un pie, luego otro, y admirando su estilo, murmurando de continuo algo entre dientes y puntuando su pensamiento con guiños y gestos significativos. Sin embargo, esa mañana el señor Goliadkin estaba sumamente distraído, pues apenas notó las sonrisillas y muecas que, a su vez, le dirigía Petrushka mientras le ayudaba a vestirse. Finalmente, cuando todo lo necesario quedó concluido y él vestido por completo, el señor Goliadkin se metió la cartera en el bolsillo, echó una última ojeada de admiración a Petrushka, que se había calzado las botas y estaba listo también, y comprobando que todo se hallaba a punto y no había por qué esperar más, se lanzó presurosamente escalera abajo con una ligera palpitación de corazón. Un coche azul claro de alquiler, con escudo en la portezuela, se acercó con estrépito a la entrada. Petrushka, cambiando guiños con el cochero y algunos ociosos que por allí andaban, ayudó a su amo a subir al vehículo y, con voz en él desusada y sin poder apenas contener su estúpida risa, gritó «¡En marcha!», saltó sobre el estribo trasero y el carricoche, con gran estruendo y algazara, salió en dirección al Nevski Prospekt. No bien hubo atravesado el

carruaje el portón, el señor Goliadkin se frotó febrilmente las manos y se retorció con silenciosa hilaridad, como hombre de talante festivo que ha gastado una broma a alguien y se regocija de ello. Ahora bien, en seguida del acceso de hilaridad la risa del señor Goliadkin se trocó en una expresión de extraña inquietud. A pesar de que el tiempo estaba húmedo y desapacible, bajó las dos ventanillas del coche y atentamente se puso a observar a los transeúntes, a derecha e izquierda, adoptando un continente grave y correcto cuando notaba que alguno le miraba a su vez. En el cruce de la calle Liteinaya y el Nevski Prospekt tuvo una sensación harto desagradable que le hizo estremecerse, y contrayendo el rostro como un infeliz a quien le pisan un callo se agazapó de prisa, dijérase que aterrado, en el rincón más oscuro del carruaje. El motivo era que había visto a dos de sus colegas, a dos empleados jóvenes del mismo departamento en que él trabajaba. Al señor Goliadkin le pareció que los tales empleados manifestaban por su parte gran perplejidad al ver de tal guisa a su compañero de trabajo: uno de ellos hasta apuntó con el dedo al señor Goliadkin. Más aún, a éste le pareció que el otro le llamaba a voces por su nombre, lo que, por supuesto, resultaba muy indecoroso en la calle. Nuestro héroe se escondió y no contestó.

—¡Qué chicos tan mal educados! —dijo para sí—. ¿Qué hay de raro en esto? Un hombre que va en coche. Si uno necesita un coche, pues toma un coche. ¡Qué asco de gente! Los conozco. Son unos chicos mal educados a quienes hay que sentar la mano todavía. Sólo piensan en jugarse el sueldo a cara o cruz y andar callejeando. Ya les pondría yo las peras a cuarto si no fuera porque...

El señor Goliadkin no acabó la frase y quedó súbitamente paralizado. Un *droshki* elegante tirado por dos fogosos caballos de Kazan, muy conocidos por cierto del señor Goliadkin, se acercaba velozmente por el lado derecho de su vehículo. El caballero que iba sentado en el *droshki* vio casualmente el rostro del señor Goliadkin que éste, por descuido, había asomado por la ventanilla y también quedó visiblemente sorprendido del inusitado encuentro; y sacando la cabeza cuanto le era posible, se puso a mirar con el mayor interés y curiosidad el rincón del coche en el que nuestro héroe se había acurrucado a toda prisa. El caballero del *droshki* era Andrei Filippovich, jefe del departamento en que prestaba sus servicios el señor Goliadkin como ayudante del oficial mayor. Viendo el señor Goliadkin que Andrei Filippovich le había reconocido y le miraba cara a cara, y

que de nada valía esconderse, enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¿Le saludo o no? ¿Respondo de algún modo o no? ¿Admito que soy yo o no? —pensaba nuestro héroe con indecible angustia —. ¿O finjo que no soy yo, sino alguien que se me parece muchísimo, y hago como si nada hubiese pasado? En fin, que no soy yo, que sencillamente no soy yo, y basta —dijo el señor Goliadkin quitándose el sombrero ante Andrei Filippovich y sin apartar de él los ojos—. ¡Que no soy yo —murmuraba con esfuerzo—, que no soy yo, que no, señor, no soy yo, eso es todo!

Pronto, sin embargo, el *droshki* adelantó a su coche, con lo que el magnetismo de las miradas de su jefe quedó interrumpido. Pero el señor Goliadkin seguía ruborizado, sonriendo y murmurando para sí:

—He hecho una tontería en no responderle. Hubiera debido hablarle audazmente y sin ambages, sin perjuicio de la cortesía. Decirle, por ejemplo: «Pues ya ve usted, Andrei Filippovich, estoy invitado a comer. Eso es todo.»

Luego, recordando el desliz, nuestro héroe se puso como la grana, frunció el ceño y lanzó una mirada terrorífica y retadora al rincón opuesto del carruaje, destinada a pulverizar instantáneamente a todos sus enemigos. Por último, movido por una inspiración subitánea, tiró de la cuerda atada al codo del cochero, hizo parar el vehículo y dio orden de regresar a la calle Liteinaya. Lo que ocurría era que el señor Goliadkin había sentido la necesidad insoslayable, seguramente para su tranquilidad de ánimo, de decir algo de suma importancia a su médico, el doctor Krestyan Ivanovich Rutenspitz. Y aunque su conocimiento de éste no databa de antiguo, pues lo había visitado por primera vez sólo la semana anterior por causa de ciertos malestares, un médico, según se dice, es algo así como un confesor, y ocultarse de él sería una sandez, ya que es obligación suya conocer a su enfermo.

—¿Pero estará bien esto? —prosiguió nuestro héroe, apeándose a la entrada de un edificio de cinco pisos en la calle Liteinaya junto al cual había mandado detener el coche—. ¿Estará bien? ¿Será correcto y oportuno hacerlo? Bueno, ¿y qué? —siguió diciéndose mientras subía la escalera, tratando de respirar con desahogo y calmar su corazón galopante; corazón que tenía por costumbre martillearle en todas las escaleras extrañas—. Bueno, ¿y qué? Al fin y al cabo, vengo por decisión propia. Nada malo hay en ello... Esconderse, sería estúpido. Haré como si no viniera por nada de particular, sino que ha dado la casualidad de que pasaba y... Él lo verá así.

Reflexionando de esta suerte, el señor Goliadkin subió al segundo piso y se detuvo frente a la puerta del número 5, a la que estaba adherida una bella placa de cobre que decía:

KRESTYAN IVANOVICH RUTENSPITZ
DOCTOR EN MEDICINA Y CIRUGÍA

Plantado ante la puerta, nuestro héroe se apresuró a dar a su fisonomía una expresión de decoro y sosiego, con una punta de afabilidad, y se dispuso a tirar del cordón de la campanilla. En tal actitud llegó a una inmediata y harto oportuna decisión, a saber: ¿no sería mejor aplazar la visita hasta el día siguiente, ya que de momento no había gran necesidad de hacerla? Pero como de pronto el señor Goliadkin oyó pasos en la escalera, abandonó de inmediato su nueva decisión al par que con gesto resoluto tiraba del cordón de la campanilla.

Capítulo II

El doctor en medicina y cirugía Krestyan Ivanovich Rutenspitz era hombre de salud excelente, con espesas cejas y patillas grises, mirada chispeante y expresiva que, al parecer, ahuyentaba por sí sola las enfermedades, y una importante condecoración en el pecho. Esa mañana estaba en su gabinete de consulta, sentado en un cómodo sillón, tomando el café que le había traído su esposa, fumando un cigarro y escribiendo de vez en cuando recetas para sus enfermos. La última que había escrito era para un viejo que padecía de almorranas. Y ahora, después de acompañar al paciente a una puerta lateral, se había sentado en espera de la visita siguiente. Entró el señor Goliadkin.

Era evidente que Krestyan Ivanovich no esperaba ni deseaba ver al señor Goliadkin, porque por un momento quedó confuso y su rostro tomó sin querer una expresión extraña, casi cabría decir de irritación. Como el señor Goliadkin, a su vez, se presentaba por lo común en todas partes inoportunamente y se hacía un lío en cuanto tenía ocasión de asediar a alguien con alguno de sus asuntos personales, también ahora, no habiendo ensayado la frase inicial que para él era un verdadero escollo en tales casos, quedó atrozmente desconcertado, murmuró algo entre dientes —una excusa al parecer— y sin saber qué hacer seguidamente tomó una silla y se sentó. Pero dándose cuenta de que había tomado asiento sin ser invitado a hacerlo, comprendió al punto su insolencia y se apresuró a rectificar su falta de cortesía y *bon ton*, levantándose inmediatamente de la silla que de modo tan impertinente había ocupado. En seguida, volviendo a su acuerdo y comprendiendo vagamente que había cometido dos deslices a la vez, decidió, sin pararse en barras, cometer un tercero, a saber, intentó disculparse, murmuró algo sonriendo, enrojeció, se azoró, guardó un silencio expresivo y acabó por sentarse definitivamente, ahora bien, escudándose de toda eventualidad tras esa mirada retadora que tenía el insólito poder de aniquilar y pulverizar a sus enemigos. Por encima de todo, esa mirada expresaba cabalmente la independencia del señor Goliadkin, es decir, proclamaba paladinamente que el señor Goliadkin no tenía por qué inquietarse de nada, que iba por su camino como cualquier hijo de vecino y no se metía donde no lo llamaban. Krestyan Ivanovich carraspeó, tosió al parecer en señal de aprobación y conformidad con todo ello y clavó en el señor Goliadkin una mirada escrutadora e inquisitiva.

—Yo, Krestyan Ivanovich —comenzó el señor Goliadkin con una sonrisa—, he venido a importunarle por segunda vez. Y por segunda vez me atrevo a solicitar su indulgencia... —el señor Goliadkin hallaba, por lo visto, dificultad en encontrar las palabras convenientes.

—Hum... Sí —dijo Krestyan Ivanovich, echando por la boca una columna de humo y poniendo el cigarro en la mesa—, pero lo que usted necesita es atenerse a mis instrucciones. Como ya le he dicho, su tratamiento debe consistir en un cambio de costumbres... Diversiones, por ejemplo. Debe visitar a sus amigos y conocidos y alternar con camaradas de buen humor. El señor Goliadkin, sin dejar de sonreír, se apresuró a indicar que, a su modo de ver, era como los demás; que era muy dueño de sus actos y se divertía como cualquier otro; que podía, por supuesto, ir al teatro, porque, al igual que otros, tenía medios para ello; que pasaba los días en la oficina y las noches en su casa; que estaba bien, señalando de paso que, por lo que veía, no estaba peor que otros; que vivía en su propio domicilio y que, por último, tenía a Petrushka. Al llegar a este punto el señor Goliadkin vaciló.

—Hum... No. No es ésa la pauta de vida y no era eso precisamente lo que quería preguntarle. Lo que me interesa saber es si es usted aficionado a las alegres compañías, si emplea el tiempo agradablemente... Conque, vamos a ver: ¿lleva usted ahora una vida triste o alegre?

—Yo, Krestyan Ivanovich...

—Hum... Lo que digo —interrumpió el médico— es que necesita cambiar radicalmente de vida y, en cierto modo, alterar su carácter —Krestyan Ivanovich acentuó fuertemente la palabra «alterar» y se quedó mirándole un momento con expresión que quería significar algo—. No dar esquinazo a la vida alegre. Ir al teatro, asistir al club y, en todo caso, no volver la espalda a la botella. Quedarse en casa no es de ningún provecho. De ningún modo debe hacerlo.

—Yo, Krestyan Ivanovich, gusto de la tranquilidad —dijo el señor Goliadkin mirando con intención a Krestyan Ivanovich y, al parecer, buscando palabras para la recta expresión de sus pensamientos—. En mi casa sólo estamos Petrushka y yo..., esto es, mi criado y yo, Krestyan Ivanovich. Quiero decir, Krestyan Ivanovich, que yo sigo mi camino, mi camino propio, Krestyan Ivanovich. Yo soy mi propio dueño y señor y, a lo que se me alcanza, no dependo de nadie. Yo, Krestyan Ivanovich, salgo también a pasear.

—¿Qué dice?... ¡Ah, sí! Pero pasear no es nada agradable de momento. Hace un tiempo de perros.

—Sí, señor. Yo, Krestyan Ivanovich, aunque soy hombre tranquilo, como creo haber tenido el honor de explicarle, sigo un camino distinto del de los demás. El camino de la vida es ancho... Lo que quiero decir..., lo que quiero decir, Krestyan Ivanovich, es que... Discúlpeme, Krestyan Ivanovich, no tengo el don de las frases bonitas.

—Usted..., usted dice...

—Digo que me disculpe, Krestyan Ivanovich, por no tener, a lo que veo, el don de las frases bonitas —dijo el señor Goliadkin en tono un tanto agraviado, perdiendo un poco el hilo y azorándose—. En ese respecto, Krestyan Ivanovich, no soy como otros —agregó con peculiar sonrisa—. No soy de los que hablan mucho. No he aprendido a acicalar mis frases. Pero, en cambio, soy hombre de acción. ¡Hombre de acción, Krestyan Ivanovich!

—Hum... ¿Qué dice?... ¿Que es hombre de acción? —replicó Krestyan Ivanovich.

Durante un momento los dos guardaron silencio. El médico miraba al señor Goliadkin con extrañeza e incredulidad. Por su parte, el señor Goliadkin también miraba de reojo y con incredulidad al médico.

—Yo, Krestyan Ivanovich —prosiguió el señor Goliadkin en el tono de antes, algo irritado y perplejo ante el obstinado mutismo del médico—, gusto de la tranquilidad y no del trajín mundano. Entre esa gente, quiero decir, en sociedad, hay que estar siempre saludando de cintura para arriba... —aquí el señor Goliadkin se inclinó profundamente—. Eso es lo que allí exigen, sí, señor. Y también exigen juegos de palabras..., saber emplear cumplidos almibarados, sí, señor... Eso es lo que allí exigen. Y yo no he aprendido nada de eso, Krestyan Ivanovich. Yo no he aprendido ninguno de esos trucos. No he tenido tiempo. Soy hombre sencillo y sin pretensiones y no me seduce el brillo superficial. En ese particular, Krestyan Ivanovich, rindo las armas, me rindo, si se permite la expresión.

Todo esto, por de contado, lo dijo el señor Goliadkin de modo que daba claramente a entender que no lamentaba rendirse, si se permitía la expresión, ni desconocer las patrañas mundanas, sino todo lo contrario. Escuchándolo, Krestyan Ivanovich miraba al suelo con mueca un tanto desagradable, como si tuviera algún presentimiento. A la diatriba del señor Goliadkin siguió una pausa larga y significativa.

—Me parece que se ha desviado un poco del tema —dijo por

fin Krestyan Ivanovich a media voz—. Debo confesar que no acierto a entenderle del todo.

—Yo no sé emplear frases bonitas, Krestyan Ivanovich. Ya he tenido el honor de hacerle saber que no sé emplear frases bonitas —dijo el señor Goliadkin, esta vez en tono brusco y decisivo.

—Hum...

—Krestyan Ivanovich —empezó de nuevo el señor Goliadkin en voz baja, pero expresiva y solemne, haciendo hincapié en cada frase—, cuando entré aquí empecé disculpándome. Ahora repito lo que dije entonces y vuelvo a solicitar la indulgencia de usted por un rato más. No tengo por qué ocultarle nada, Krestyan Ivanovich. Sabe usted que, como hombre, soy de la gente menuda, pero afortunadamente no me lamento de serlo. Más bien lo contrario, Krestyan Ivanovich, y a decir verdad estoy orgulloso de no ser un gran hombre y sí de serlo pequeño. No soy intrigante, de lo que también me enorgullezco. No hago las cosas a hurtadillas, sino abiertamente, sin trucos. Y aunque podría perjudicar a otros, y mucho por cierto —y hasta sé a quién y cómo hacerlo—, Krestyan Ivanovich, no quiero ensuciarme con esas cosas y me lavo las manos. ¡En ese sentido digo que me las lavo, Krestyan Ivanovich! —el señor Goliadkin guardó un silencio preñado de sentido durante un instante. Había estado hablando con perceptible acaloro.

—Yo, Krestyan Ivanovich, me voy derecho a las cosas —Continuó de pronto nuestro héroe—, abiertamente, sin rodeos, porque desprecio los rodeos y se los dejo a otros. No trato de humillar a quienes quizá son mejores que usted y yo..., quise decir mejores que yo, Krestyan Ivanovich, no mejores que usted. No me gustan las medias palabras, no aguanto la hipocresía miserable, detesto la calumnia y el chismorreo. Me pongo la máscara sólo para un baile de máscaras y no a diario, cuando estoy entre la gente. Lo único que le pregunto, Krestyan Ivanovich, es cómo se vengaría usted de un enemigo, de su peor enemigo, o de quien juzgase usted como tal —concluyó el señor Goliadkin, mirando provocativamente a Krestyan Ivanovich.

Pero aunque el señor Goliadkin dijo esto con la mayor precisión, claridad y suficiencia, ponderando las palabras y calculando su posible efecto, lo cierto era que ahora miraba a Krestyan Ivanovich con inquietud, con gran inquietud, con grandísima inquietud. Ahora se limitaba a mirar, aguardando tímidamente, con irritada y angustiosa impaciencia, la respuesta de Krestyan Ivanovich. Pero éste, no sin asombro y

consternación del señor Goliadkin, murmuró algo entre dientes, acercó el sillón a la mesa y explicó, seca aunque cortésmente, que el tiempo era oro para él, o algo por el estilo, y que no acertaba a comprender por completo el caso. Ahora bien, que estaba dispuesto a ayudarle en la medida de sus fuerzas y de su capacidad profesional, pero que en lo demás, en cosas que no eran de su incumbencia, prefería no entrometerse. Entonces tomó una pluma, acercó una hoja de papel, cortó un trozo del tamaño de una receta e indicó al señor Goliadkin que le recetaría lo conveniente.

—¡No, señor! ¡No es lo conveniente, Krestyan Ivanovich! ¡No, señor, eso no tiene nada de conveniente! —dijo el señor Goliadkin levantándose y agarrándole a Krestyan Ivanovich la mano derecha—. En este caso, Krestyan Ivanovich, eso no hace ninguna falta…

Y mientras tal decía se produjo un cambio raro en el señor Goliadkin. Sus ojos grises adquirieron un brillo singular. Le temblaban los labios. Todos sus músculos, todas sus facciones, comenzaron a contraerse y desencajarse. Le temblaba el cuerpo entero. Después del primer impulso y de haber sujetado la mano de Krestyan Ivanovich, el señor Goliadkin permanecía de pie, inmóvil, como si hubiese perdido la confianza en sí mismo y esperase la inspiración para lo que debía hacer seguidamente.

Entonces ocurrió una escena sumamente extraña.

Perplejo de momento, Krestyan Ivanovich pareció quedar clavado en su sillón y, sin saber qué partido tomar, miraba con fijeza al señor Goliadkin, quien a su vez le miraba de igual modo. Krestyan Ivanovich se levantó por fin, agarrándose en parte a las solapas del señor Goliadkin. Durante algunos instantes ambos permanecieron frente a frente, sin moverse ni apartar los ojos uno de otro. Entonces, sin embargo, se produjo el segundo impulso del señor Goliadkin y ello de manera singular. Le temblaron los labios, le tembló la barbilla y nuestro héroe rompió a llorar inopinadamente. Sollozando, sacudiendo la cabeza y golpeándose el pecho con la mano derecha, mientras con la mano izquierda agarraba a su vez la solapa del batín de Krestyan Ivanovich, trató de hablar y explicarse, pero no pudo decir palabra. Por fin, Krestyan Ivanovich logró salir de su perplejidad.

—¡Vamos, basta! ¡Cálmese! ¡Siéntese! —dijo, intentando sentar al señor Goliadkin en un sillón.

—Tengo enemigos, Krestyan Ivanovich, tengo enemigos. Tengo enemigos mortales que han jurado destruirme… —repuso el señor Goliadkin en un murmullo de pavor,

—¡Basta, basta! ¡Qué enemigos ni qué niño muerto! ¡No hay por qué pensar en enemigos! ¡No hace maldita la falta! Siéntese, siéntese —prosiguió Krestyan Ivanovich, logrando por fin que el señor Goliadkin tomara asiento en el sillón.

_ El señor Goliadkin se sentó por fin, sin apartar los ojos de Krestyan Ivanovich. Este, con cara de agudo descontento, se puso a deambular por el gabinete. A ello sucedió un largo silencio.

—Le estoy agradecido, Krestyan Ivanovich. Le estoy muy agradecido y aprecio mucho lo que ha hecho por mí. No olvidaré mientras viva las gentilezas que ha tenido conmigo, Krestyan Ivanovich —dijo al cabo el señor Goliadkin levantándose con semblante dolido.

—¡Basta, basta! ¡Le digo que ya basta! —respondió Krestyan Ivanovich con bastante severidad volviendo a sentar al señor Goliadkin en su sitio—. Vamos a ver, ¿qué le pasa? Dígame dónde se siente mal —prosiguió—. ¿De qué enemigos habla usted? ¿Qué es lo que tiene?

—No, Krestyan Ivanovich, mejor será que dejemos eso de momento —contestó el señor Goliadkin mirando al suelo—. Mejor será que dejemos eso a un lado hasta..., hasta otra vez, hasta otra ocasión más oportuna cuando todo se ponga en claro. Cuando se les caiga la máscara a ciertas personas y quede todo al descubierto. Pero de momento, por supuesto, después de lo ocurrido entre nosotros..., usted mismo comprenderá, Krestyan Ivanovich... Permítame desearle buenos días, Krestyan Ivanovich —dijo el señor Goliadkin, levantándose esta vez con gravedad y resolución y cogiendo el sombrero.

—Bien. Como quiera... Hum... —hubo una pausa momentánea—. Yo, por mi parte, ya sabe, en lo que pueda... Y sinceramente le deseo toda suerte de felicidades.

—Le comprendo, Krestyan Ivanovich, le comprendo. Ahora le comprendo perfectamente... En todo caso, discúlpeme por haberle importunado, Krestyan Ivanovich.

—Hum... No quería decir eso. Pero, en fin, como usted guste. Siga con los medicamentos de antes...

—Seguiré con ellos como usted dice, Krestyan Ivanovich. Seguiré, y los compraré en la misma farmacia... Hoy día, Krestyan Ivanovich, ser farmacéutico es cosa muy importante...

—¿Cómo? ¿En qué sentido?

—En un sentido muy corriente, Krestyan Ivanovich. Quiero decir que hoy día el mundo va de tal manera...

—Hum...

—Que cualquier pelagatos, y no sólo en las farmacias, mira por encima del hombro a un caballero.

—Hum... ¿Qué quiere decir con eso?

—Hablo, Krestyan Ivanovich, de un hombre conocido..., de un amigo común, Krestyan Ivanovich. Concretamente, de Vladimir Semionovich...

—¡Ah!

—Sí, Krestyan Ivanovich. Yo también conozco a algunas personas que se desvían de la usanza general lo bastante para decir la verdad de vez en cuando.

—¡Ah! ¿Qué me dice?

—Pues lo que oye. Pero, en fin, eso no viene ahora a cuento. Dan una sorpresa al lucero del alba.

—¿Cómo? ¿Qué es eso del lucero?

—Dar una sorpresa al lucero del alba. Es un modismo, Krestyan Ivanovich. Saben, por ejemplo, felicitarle a uno de vez en cuando. Hay gente así, Krestyan Ivanovich.

—¿Felicitarle?

—Sí, señor, felicitarle. Como lo hizo el otro día uno de mis íntimos amigos...

—Uno de sus íntimos amigos... ¡Ah! ¿Cómo fue eso? —preguntó Krestyan Ivanovich mirando atentamente al señor Goliadkin.

—Sí, señor, uno de mis íntimos amigos felicitó a otro íntimo amigo mío (un amigo de los de verdad, como se dice por lo común) por haber sido ascendido a Asesor. La cosa pasó como sigue: «Me alegro profundamente de tener ocasión de felicitarle por su ascenso, Vladimir Semionovich. Mi *más sincera* enhorabuena. Tanto más cuanto que hoy día, como todo el mundo sabe, se ha eliminado el nepotismo.»

En ese punto el señor Goliadkin movió maliciosamente la cabeza y, arrugando el entrecejo, miró a Krestyan Ivanovich.

—Hum... ¿Conque dijo eso?

—Eso dijo, Krestyan Ivanovich. Eso fue lo que dijo. Y miró también a Andrei Filippovich, tío de nuestro querido Vladimir Semionovich. Pero ¿a mí qué me importa, Krestyan Ivanovich, que lo hayan ascendido a Asesor? ¿A mí qué me va en ello? Y ahora quiere casarse, a pesar de que, si se permite la expresión, aún tiene fresca en los labios la leche materna. Así se lo dije: «¡Ahí tiene usted, Vladimir Semionovich!» Ahora ya se lo he dicho a usted todo y, con su permiso, me voy.

—Hum...

—Sí, Krestyan Ivanovich, me voy, con permiso de usted,

como digo. Pero ahora, para matar dos pájaros de un tiro: después de alentar a ese joven con lo de la eliminación del nepotismo, me dirigí a Klara Olsufievna (la cosa ocurrió anteayer en casa de su padre), que acababa de cantar una romanza sentimental, y le dije: «Canta usted las romanzas con mucho sentimiento, pero no todos los que la escuchan son limpios de corazón.» Y la alusión fue tan palmaria, Krestyan Ivanovich, ¿entiende usted?, que ya nadie ponía los ojos en Klara Olsufievna, sino más lejos...

—¡Ah! ¿Y él qué hizo?

—Pues, como se dice vulgarmente, puso cara de haber mordido un limón.

—Hum...

—Sí, Krestyan Ivanovich. Hablé también al viejo. Le dije: «Olsufi Ivanovich, sé que es mucho lo que le debo, y aprecio en lo que valen las mercedes que me ha hecho casi desde mí niñez. Pero abra los ojos, Olsufi Ivanovich. Mire a su alrededor. Yo, por mi parte, juego limpio y con las cartas boca arriba, Olsufi Ivanovich.»

—¡Ah, ya veo!

—Sí, Krestyan Ivanovich. Ya ve usted...

—¿Y él qué dijo?

—¿Qué dijo, Krestyan Ivanovich? Pues carraspeó, habló de varias cosas, dijo que ya me conocía, que Su Excelencia era hombre que hacía muchos favores. En fin, habló de esto, de lo otro y de lo de más allá... Pero ¿qué otra cosa cabe esperar de él? Apenas si se puede tener de viejo, como se dice.

—¡Ah! ¿Conque así están las cosas?

—Sí, Krestyan Ivanovich. ¡Así andamos todos! ¡Pobre viejo! Tiene ya un pie en la sepultura, huele a incienso, como se dice. Pero basta que haya un cotilleo de comadres para que se ponga a escuchar. Esa gente no puede vivir sin cotilleo...

—¿Dice usted que cotilleo?...

—Sí, Krestyan Ivanovich. Lo que es cotilleo, sí que lo hay. Nuestro oso y su querido sobrinito han tenido su parte en él. Se juntaron, por supuesto, con las viejas y prepararon el pastel. ¿Y querrá usted creer que se han conjurado para matar a un hombre; para matar moralmente a un hombre? Hicieron cundir un rumor... Sigo hablando de mi íntimo amigo...

Krestyan Ivanovich asintió con una sacudida de cabeza.

—Hicieron cundir un rumor acerca de él... Confieso que casi me avergüenza decirlo, Krestyan Ivanovich...

—Hum...

—Hicieron cundir el rumor de que había dado por escrito promesa de casarse aunque ya estaba casado. ¿Y a que no sabe usted con quién?

—No tengo idea.

—Pues con una cocinera, con una alemana descocada que le daba de comer. En vez de pagarle lo que le debía le ofreció su mano.

—¿Eso dicen?

—¿Querrá usted creerlo, Krestyan Ivanovich? Una alemana repugnante, mezquina y descarada, una alemana sin vergüenza. Karolina Ivanovna, si conoce usted...

—Por mí, le confieso...

—Le comprendo, Krestyan Ivanovich, y por mi parte siento también que...

—Dígame, por favor. ¿Dónde vive usted ahora?

—¿Que dónde vivo, Krestyan Ivanovich?

—Sí... Quisiera... Antes, si mal no recuerdo, vivía usted en...

—Sí, allí vivía, Krestyan Ivanovich. Allí solía vivir. ¿Cómo no iba a vivir allí? —repuso el señor Goliadkin, puntuando sus palabras con una ligera sonrisa y desconcertando a Krestyan Ivanovich con su respuesta.

—No. No me ha entendido usted. Yo quería...

—Yo, por mi parte, también quería, Krestyan Ivanovich. Yo también quería —continuó el señor Goliadkin rompiendo a reír—. Pero ya llevo aquí demasiado tiempo. Espero que ahora me permita... decirle adiós y buenos días...

—Hum...

—Sí, Krestyan Ivanovich, le comprendo a usted. Ahora le comprendo perfectamente —dijo nuestro héroe pavoneándose un poco ante el médico—. Así, pues, permítame que le dé los buenos días...

En este punto nuestro héroe se inclinó ligeramente y salió del gabinete, dejando a Krestyan Ivanovich en notable confusión. Cuando bajaba la escalera de la casa del médico, iba sonriendo y se frotaba las manos de gusto. Al llegar al portal, respirar el aire fresco y sentirse en libertad, poco faltó para que se tuviese como el más feliz de los mortales y a punto estuvo de ir directamente a su oficina... Pero de pronto llegó su coche con gran estrépito al pie del escalón de entrada. Le bastó una mirada para recordarlo todo. Petrushka abría ya la portezuela. Una sensación extraña y sumamente desagradable se apoderó del señor Goliadkin. Pareció ruborizarse momentáneamente. Sintió una punzada en el cuerpo. Estaba a punto de poner el pie en el estribo del coche cuando de

repente se volvió y fijó los ojos en la ventana de Krestyan Ivanovich. ¡Ya se lo figuraba! Krestyan Ivanovich estaba asomado a ella, alisándose las patillas y observando a nuestro héroe con bastante curiosidad.

—Este médico es tonto —pensaba el señor Goliadkin en su coche—, tonto redomado. Puede ser que cure bien a sus enfermos, pero, con todo..., es más tonto que un tarugo.

El señor Goliadkin tomó asiento, Petrushka gritó «¡En marcha!» y el vehículo se dirigió de nuevo al Nevski Prospekt.

Capítulo III

Toda esa mañana la pasó el señor Goliadkin en un trajín alucinante. Cuando llegó al Nevski Prospekt, mandó parar el coche en las Grandes Galerías. Saltó del vehículo y entró corriendo, acompañado de Petrushka, en una tienda de objetos de oro y plata. Bastaba ver su aspecto para hacerse cargo de que el señor Goliadkin estaba atareadísimo y tendría que multiplicar sus esfuerzos. Después de ajustar la compra de un servicio completo de mesa y te por mil quinientos rublos, junto con una cigarrera de intrincada forma y un estuche de plata para utensilios de afeitar por igual cantidad, y después de preguntar el precio de otras baratijas, cada una útil y agradable a su manera, el señor Goliadkin cerró el trato con la promesa de volver sin falta al día siguiente o incluso mandar por sus compras ese

mismo día. Apuntó el número de la tienda, escuchó atentamente al dueño de ésta, quien le pedía un pequeño depósito, y prometió que habría depósito a su debido tiempo. Con ello, se despidió a toda prisa del perplejo comerciante y, seguido de un enjambre de dependientes, recorrió la fila de establecimientos, volviéndose a cada paso para observar a Petrushka y mirando con cuidado a ver si hallaba una nueva tienda. De paso se detuvo un momento en el puesto de un cambista y cambió por pequeños todos sus billetes grandes y, aunque salió perdiendo en el trueque, engrosó notablemente su cartera, lo que por lo visto le causó grandísima satisfacción. Hizo alto, por fin, en un almacén de tejidos para señoras donde, después de regatear sobre una suma de consideración, prometió también al comerciante volver sin falta, tomó el número del establecimiento y, a la pregunta sobre un pequeño depósito, contestó una vez más que habría depósito en el momento oportuno. A continuación visitó otras tiendas, en todas las cuales preguntó precios de artículos y regateó sobre ellos, discutió a veces largo rato con los comerciantes, saliendo de las tiendas y volviendo a entrar en ellas hasta tres veces; en suma, desplegando insólita actividad. De las Grandes Galerías nuestro héroe pasó a un conocido almacén de muebles donde ajustó la compra de mobiliario para seis habitaciones y admiró un tocador de señora de compleja factura y última moda. Aseguró al comerciante que mandaría por todo ello sin falta, prometiendo al salir del almacén, según su costumbre, que haría un pequeño depósito. Seguidamente entró en otros sitios y negoció la compra de otras cosas. En resumen, que sus idas y venidas no parecían tener fin. Por último, todo ello acabó al parecer por fastidiar al propio señor Goliadkin. Más aún —y Dios sabe por qué motivo—, empezó a sentir remordimientos de conciencia. Por nada del mundo hubiera consentido ahora tropezar con Andrei Filippovich, por ejemplo, o hasta con Krestyan Ivanovich. Finalmente, los relojes de la ciudad dieron las tres. Cuando el señor Goliadkin montó de nuevo en su coche, el volumen real de todas las compras que había hecho esa mañana ascendía a un par de guantes y un frasco de perfume, con un importe total de rublo y medio. Como era aún bastante temprano, el señor Goliadkin ordenó al cochero detenerse junto a un célebre restaurante del Nevski Prospekt que hasta entonces sólo conocía de oídas. Se apeó del vehículo y corrió a tomar un refrigerio, descansar y esperar la hora señalada.

Después de comer como quien aguarda más tarde un opíparo banquete, a saber, echando mano de cualquier cosa como para

matar el gusanillo, según se dice, y de beber un vaso de vodka, el señor Goliadkin se sentó en una poltrona y, mirando discretamente a su alrededor, se puso a leer tranquilamente uno de nuestros desmedrados periódicos nacionales. Después de leer un par de renglones, se levantó, se miró en un espejo, se ajustó el traje y se alisó el pelo. Luego fue a la ventana para cerciorarse de que el coche seguía allí, volvió a sentarse en el mismo sitio y cogió el periódico. Era evidente que nuestro héroe estaba agitadísimo. Miró el reloj y, viendo que sólo eran las tres y cuarto y aún tenía que esperar bastante, y que no estaba bien hacerlo, sin más, allí sentado, el señor Goliadkin pidió un chocolate del que de momento maldita la gana que tenía. Después de tomarlo y notar que había pasado algún tiempo fue a pagar. De pronto alguien le dio una palmada en el hombro.

Volvióse y vio ante sí a dos colegas, los mismos que había visto esa mañana en la calle Liteinaya, jóvenes ambos y todavía de modesta graduación. Nuestro héroe no tenía especial relación con ellos, no sentía por ellos ni amistad ni inquina manifiesta. Por supuesto, había corrección por ambas partes, pero sólo eso. Y de hecho no podía haber más. El encuentro presente era sumamente enojoso para el señor Goliadkin, Arrugó un poco el entrecejo y quedó momentáneamente turbado.

—¡Yakov Petrovich! ¡Yakov Petrovich! —gorjearon los dos escribientes—. ¿Usted aquí? Pero ¿qué le trae?...

—¡Ah! ¿Son ustedes, señores? —interrumpió al momento el señor Goliadkin, un poco desconcertado y molesto por la sorpresa que delataban los escribientes, pero dándose, no obstante, aires de hombre despreocupado—. Conque han abandonado ustedes el puesto, ¿eh? ¡Ja, ja, ja. —y para no rebajarse y adoptar un tono condescendiente con la gente menuda de la oficina, de la que siempre se mantenía un tanto apartado, trató de dar una palmada en el hombro a uno de los jóvenes. Pero esta vez ese ademán tan popular no le salió tan bien como hubiera querido. En vez de un gesto de afabilidad resultó algo harto diferente—. Bueno, ¿qué? ¿Nuestro «oso» sigue allí sentado?...

—¿Qué quiere decir, Yakov Petrovich?

—¡Vamos, señores! ¡Como si no supieran ustedes a quién llaman «el oso»! —el señor Goliadkin rompió a reír y se volvió al cajero para recoger la vuelta—. Hablo de Andrei Filippovich, señores —prosiguió después de recogerla y encarándose, ahora severamente, con los dos jóvenes. Estos cambiaron miradas significativas.

—Allí sigue sentado y pregunta por usted, Yakov Petrovich —respondió uno de ellos.

—Conque sentado, ¿eh? Pues que siga sentado, señores. ¿Y pregunta por mí, eh?

—Sí, por usted preguntaba, Yakov Petrovich. ¿Pero por qué ese perfume y esa pomada? Está usted hecho un figurín...

—Sí, señores, en efecto. Pero basta... —contestó el señor Goliadkin, desviando la vista con sonrisa forzada.

Viéndole sonreír, los escribientes soltaron la carcajada. El señor Goliadkin se enfurruñó un tanto.

—Señores, voy a decirles algo, como amigo —continuó nuestro héroe tras breve pausa, como resuelto a sincerarse por fin con los jóvenes—. Todos ustedes, señores, me conocen, pero sólo han conocido hasta ahora una de mis facetas. No hay por qué culpar a nadie de ello, y hasta cierto punto yo mismo tengo la culpa —el señor Goliadkin frunció los labios y miró con intención a los escribientes.

Estos cambiaron guiños.

—Hasta ahora, señores, no me han conocido ustedes. No es éste el lugar ni la ocasión de explicarlo. Sólo les diré algo de pasada. Hay personas, señores, que no gustan de rodeos y se disfrazan sólo para ir a un baile de disfraces. Hay personas que no ven qué mérito tiene el que un hombre sepa hacer reverencias. Hay también personas, señores, que no dirán que son felices y gozan plenamente de la vida porque, por ejemplo, les sientan bien los pantalones. Y, por último, hay personas que no gustan de hacer cabriolas ni girar como peonzas sin tener por qué, que no gustan de adular ni hacer arrumacos y, sobre todo, de meter las narices donde no les importa... Yo ya he dicho casi todo, señores. Ahora, con su permiso, me voy...

El señor Goliadkin hizo una pausa y los escribientes, que habían quedado enteramente satisfechos, soltaron el trapo a reír de la manera más irrespetuosa. El señor Goliadkin enrojeció de cólera.

—¡Ríanse, señores, ríanse por ahora! Cuando tengan más años, ya verán —dijo con tono de dignidad ofendida, tomando el sombrero y dirigiéndose a la puerta—. Pero les diré algo más, señores, ahora que estamos aquí frente a frente —agregó, encarándose por última vez con los escribientes—. Mi regla, señores, es que si fallo la primera vez hago de tripas corazón, y si tengo éxito aguanto cuanto puedo. En todo caso, no echo la zancadilla a nadie. No soy intrigante, de lo cual me enorgullezco. No sirvo para diplomático. Dicen, señores, que es el pájaro el que

vuela hacia el cazador. Eso es verdad. De acuerdo. Pero ¿quién es aquí el cazador y quién el pájaro? Ahí tienen otra pregunta.

El señor Goliadkin guardó un silencio elocuente y con expresión muy significativa, esto es, arqueando las cejas y frunciendo los labios cuanto le era posible, saludó a los escribientes y salió, dejándolos con la boca abierta...

—¿Adonde vamos? —inquirió Petrushka un tanto ceñudo, cansado probablemente de aguardar con el frío que hacía—. ¿Adonde vamos? —preguntó al señor Goliadkin al topar con la terrible y pulverizante mirada con la que nuestro héroe ya se había protegido dos veces esa mañana y a la que ahora recurría por tercera vez al bajar la escalera.

—Al puente Izmailovski.

¡Al puente Izmailovski! ¡En marcha!

—En casa de ellos no empieza la comida hasta después de las cuatro o quizá hasta las cinco —pensaba el señor Goliadkin—. ¿No será temprano todavía? Pero bien puedo llegar un poco temprano, porque al fin y al cabo es comida de familia. Puedo presentarme allí *sans façon*, como dicen en la buena sociedad. ¿Por qué no *sans façon*? Nuestro «oso» dijo también que sería *sans façon*, y puede serlo también para mí...

Así iba pensando el señor Goliadkin, y mientras tanto subía de punto su agitación. Era evidente que se aprestaba a una empresa muy dificultosa, dicho sea sin exageración. Mascullaba algo entre dientes, gesticulaba con la mano derecha, miraba a cada instante por la ventanilla del coche y de tal modo que, viéndolo ahora, a duras penas se diría que iba a asistir a una comida de familia, más aún, como uno de la familia, o *sans façon*, como dicen en la buena sociedad.

Por fin, al llegar al puente Izmailovski el señor Goliadkin indicó una casa, el coche atravesó con estrépito el portón de entrada y se detuvo ante unos escalones que había a la derecha. Al ver una figura de mujer en la ventana del segundo piso, el señor Goliadkin le envió un beso con la mano. Sin embargo, ni él mismo sabía lo que hacía, porque en ese instante estaba en realidad más muerto que vivo. Pálido y aturdido, bajó del coche, subió los escalones, se quitó el sombrero, se arregló maquinalmente el traje y, con un ligero temblor en las rodillas, emprendió el ascenso de la escalera.

—¿Está en casa Olsufi Ivanovich? —preguntó al criado que le abrió la puerta.

—Sí, señor. Mejor dicho, no, señor. No está.

—Pero ¿cómo? ¿Qué quieres decir, amigo? Vengo a la comida.

¿Es que no me conoces?

—¡Cómo no, señor! Pero se me ha ordenado que no le admita.

—Tú... de seguro te equivocas, muchacho. Soy yo. Estoy invitado. He venido a la comida —dijo el señor Goliadkin, quitándose el gabán y con el propósito manifiesto de pasar adelante.

—Perdón, señor. Imposible, señor. Se me ha ordenado que no le admita. Eso es todo.

El señor Goliadkin palideció. En ese momento se abrió la puerta que daba a las habitaciones interiores y apareció Gerasimych, el anciano mayordomo de Olsufi Ivanovich.

—Aquí hay un señor que quiere entrar, Yemelyan Gerasimych, y yo...

—Y tú eres un imbécil, Alekseich. Anda y tráete a ese bribón de Semionych. Imposible, señor —dijo respetuosa, pero firmemente, volviéndose al señor Goliadkin—. Es de todo punto imposible. Mi señor ruega a usted que le perdone, pero no puede recibirle.

—¿Eso le ha dicho? ¿Que no puede recibirme? —preguntó indeciso el señor Goliadkin—. Perdone, Gerasimych, pero ¿por qué es imposible?

—De todo punto imposible, señor. Yo anuncié a usted y el señor dijo: «Ruégale que me disculpe. No puedo recibirle.»

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Lo siento, señor, lo siento.

—¿Pero a qué se debe eso? ¡Es imposible! Vaya a anunciarme... ¿Cómo puede suceder tal cosa? He venido a la comida...

—Lo siento, señor, lo siento...

—En fin, si me ruega que le disculpe ya es otra cosa. Pero, por favor, Gerasimych, ¿a qué se debe esto?

—¡Lo siento, señor, lo siento! —exclamó Gerasimych, empujando resueltamente al señor Goliadkin para abrir paso a dos señores que entraban en el vestíbulo en ese momento. Eran Andrei Filippovich y su sobrino Vladimir Semionovich. Ambos miraron perplejos al señor Goliadkin. Andrei Filippovich estuvo a punto de decir algo, pero el señor Goliadkin había tomado ya una determinación. Con los ojos bajos, colorado como un tomate, sonriente Y con semblante que delataba confusión, salía ya del recibimiento de Olsufi Ivanovich.

—Pasaré por aquí más tarde, Gerasimych. Me explicaré. Confío en que nada de esto impida una explicación a su debido

tiempo —dijo, empezando la frase en el umbral y terminándola en la escalera.

¡Yakov Petrovich, Yakov Petrovich! —se oyó la voz de Andrei Filippovich que iba en seguimiento del señor Goliadkin. Este estaba ya en el primer descansillo y se volvió para encararse con Andrei Filippovich.

—¿Qué se le ofrece, Andrei Filippovich? —preguntó con voz bastante firme.

—¿Qué le pasa, Yakov Petrovich? ¿Cómo es que?.,,

—Nada, Andrei Filippovich. Aquí estoy por cuenta propia. Esta es mi vida privada, Andrei Filippovich.

—¿Cómo? ¿Qué?

—Digo que es mi vida privada, Andrei Filippovich, y que, según entiendo, nada hay aquí censurable en cuanto a mis funciones oficiales.

—¿Qué quiere decir con eso de sus «funciones oficiales»?... Pero ¿qué le pasa, señor mío?

—Nada, Andrei Filippovich, absolutamente nada. Una mozuela insolente, nada más.

—¿Cómo? ¿Cómo? —Andrei Filippovich estaba visiblemente confuso.

El señor Goliadkin, que hasta entonces venía hablando desde el pie de la escalera y parecía estar a punto de lanzarse sobre Andrei Filippovich, al ver la confusión pintada en el rostro de éste dio un paso adelante casi sin darse cuenta. Andrei Filippovich dio un paso atrás. El señor Goliadkin subió un escalón, luego otro, Andrei Filippovich miró inquieto a su alrededor. El señor Goliadkin empezó de pronto a subir de prisa la escalera. Más de prisa aún, Andrei Filippovich se metió de un salto en la habitación y, dando un portazo, cerró tras sí. El señor Goliadkin quedó solo. Se le anublaron los ojos. Estaba completamente aturdido, sumido en una especie de reflexión dubitativa, como si recordase alguna circunstancia absurda ocurrida poco antes. «¡Ah, bueno!», murmuró intentando sonreírse. Mientras tanto habían empezado a oírse voces y pasos escaleras abajo, seguramente de otros invitados que venían a casa de Olsufi Ivanovich. El señor Goliadkin salió a medias de su abstracción, se alzó apresuradamente el cuello de piel del gabán, tapóse con él la cara lo mejor que pudo y, a trompicones, saltos y traspiés, se lanzó escaleras abajo. Allá en sus adentros se sentía flojo y entumecido. Su confusión llegó a tal punto que al salir a la calle no esperó a que se acercara su coche, sino que él mismo fue en su busca, cruzando el patio cubierto de fango. Cuando se

preparaba a montar, el señor Goliadkin hubiera preferido que se lo tragase la tierra o meterse en una ratonera con carruaje y todo. Le parecía que cuantos había en casa de Olsufi Ivanovich le acechaban desde todas las ventanas. Sabía que si se volvía para mirarlos quedaría muerto en el acto.

—¿De qué te ríes, gandul? —gritó a Petrushka, que se preparaba a acomodarlo en el vehículo.

—¿De qué iba a reírme? De nada. ¿Adonde vamos ahora?

—A casa.

—¡A casa, cochero! —gritó Petrushka montándose en el estribo trasero.

—Tiene voz de cuervo —pensó el señor Goliadkin. Mientras tanto el coche se hallaba ya bastante lejos del puente Izmailovski. De improviso nuestro héroe tiró con fuerza de la cuerda y gritó al cochero que diera la vuelta inmediatamente. El cochero hizo volver a los caballos y un par de minutos después estaban de nuevo en el patio de Olsufi Ivanovich.

—¡No, idiota! ¡No es preciso! ¡Da la vuelta! —gritó el señor Goliadkin. Y el cochero, como si esperase tal orden y sin rechistar, no detuvo el vehículo ante la entrada, sino que dio una vuelta completa al patio y salió de nuevo a la calle.

Pero el señor Goliadkin no fue a casa. Después de atravesar el puente Semionovski, ordenó al cochero que torciera por una calle lateral y detuviera el coche delante una taberna de pinta bastante modesta. Nuestro héroe se apeó, pagó al cochero y prescindió así del vehículo, mandó a Petrushka que volviera a casa y esperase su regreso, y él entró en la taberna, tomó un reservado y pidió que le trajesen de comer. Se sentía muy mal, con la cabeza sumamente trastornada. Largo tiempo estuvo deambulando, agitadísimo, por la habitación. Por fin se sentó a la mesa, apoyó la frente en las manos y se dispuso, con toda la energía de que era capaz, a meditar sobre su situación actual y a tratar de encontrarle una solución.

Capítulo IV

El día —ese día festivo del cumpleaños de Klara Olsufievna, hija única del consejero civil Berendeyev, antaño benefactor del señor Goliadkin— fue celebrado con una soberbia y magnífica comida como no se había visto desde hacía mucho tiempo en casa de un funcionario público en los alrededores del puente Izmailovski. Una comida que más que tal era un banquete del rey Baltasar, pues algo de babilónico tenía en cuanto a suntuosidad, elegancia y pertinencia: con champaña Veuve-Clicquot, ostras, fruta de las casas Yeliseyev y Miliutin, ternera jugosa y tarjeta con indicación del rango de cada comensal. Ese día festivo, celebrado con tan opíparo festín, concluyó con un baile brillante, un pequeño e íntimo baile de familia, aunque brillante en cuanto a gusto, lucimiento y decoro. Reconozco, por supuesto, que no faltan bailes de esa índole, pero se dan raras veces. Bailes así, más Parecidos a festejos familiares que a bailes propiamente dichos, pueden darse sólo en casas como, por ejemplo, la del consejero civil Berendeyev. Diré algo más: dudo que todos los consejeros civiles puedan dar bailes de ese género. ¡Oh, si fuera poeta! Entiéndase, claro está, como Hornero o Pushkin, porque sería vano propósito intentarlo con menos talento. Si fuera poeta pintaría a grandes rasgos y vivos colores, ¡oh lector!, todo ese día tan notablemente festivo. Mejor aún, empezaría mi poema con la comida, subrayando en particular ese momento mágico y triunfal en que se levantó la primera copa en honor de la reina de la fiesta. En primer lugar describiría a los invitados, sumidos en reverente y expectante silencio que, como silencio, tenía toda la elocuencia de Demóstenes. Luego dibujaría a Andrei Filippovich, como al mayor en edad de los invitados, con cierto derecho a la primacía por sus canas venerables y las condecoraciones pertinentes a ellas, poniéndose de pie y alzando en brindis la copa de vino espumoso traído exprofeso de un reino lejano para ser saboreado en momentos como éste, vino que más que vino parecía néctar de los dioses. Retrataría a los invitados y a los felices padres de la reina de la fiesta, alzando también sus copas

después de hacerlo Andrei Filippovich y clavando en él miradas de expectación. Narraría cómo este Andrei Filippovich, tan a menudo mentado, dejando caer primero una lágrima en su copa, pronunciaría unas palabras de bienvenida y felicitación, propondría un brindis y bebería a la salud de... Pero confieso —lo confieso sin ambages— que no tengo bastante talento para describir lo excelso del momento en que la propia reina de la fiesta, Klara Olsufievna, como rosa temprana ruborizada por la felicidad y el pudor, cayó vencida por la emoción en los brazos de su tierna madre. Cómo su tierna madre derramaba también alguna lágrima y cómo su padre, el venerable anciano y consejero civil Olsufi Ivanovich, que había perdido el uso de una pierna durante sus largos años de servicio y a quien la suerte había premiado su celo con un pequeño capital, una casita, algunas fincas rústicas y una hija hermosa, rompió a llorar como un chicuelo y proclamó entre lágrimas que Su Excelencia era el espíritu mismo de la beneficencia. Yo no podría —¡no, de ninguna manera podría!— describir al lector el entusiasmo clamoroso que después de eso inundó los corazones y que se manifestó bien a las claras en la conducta de un joven escribiente (que en ese momento más parecía un consejero civil que un humilde escribiente), quien también derramó su lagrimita escuchando a Andrei Filippovich. Por su parte, en ese momento triunfal Andrei Filippovich ya no se parecía en lo más mínimo a un consejero civil y jefe de negociado de un departamento. No, señores..., se parecía a otra cosa, pero desde luego no a un consejero civil. A otra cosa mucho más elevada. Y por último... ¡Ay! ¿Por qué no poseo el secreto de un estilo vigoroso y altisonante, de un estilo solemne capaz de reproducir esos momentos tan bellos como edificantes de la vida humana que parecen existir como prueba de que la virtud triunfa a veces del vicio, la envidia, la incredulidad y la mala intención? No diré nada, pero sí apuntaré en silencio —lo que será mejor que la elocuencia— a un afortunado joven que ha cumplido sus veintiséis primaveras: al sobrino de Andrei Filippovich, Vladimir Semionovich, que se levanta a su vez y propone un brindis, y en quien se fijan los ojos arrasados de lágrimas de los padres de la reina de la fiesta, los ojos orgullosos de Andrei Filippovich, los ojos pudorosos de la propia Klara Olsufievna, los ojos extáticos de los invitados y aun los ojos cortésmente celosos de algunos colegas jóvenes del brillante mozo. No diré nada, si bien no puedo menos de observar que todo en este joven — que más que un joven parece un viejo, dicho sea en favor suyo —, desde sus mejillas

sonrosadas hasta el rango de asesor que ostenta, revela lo alto a que puede llegar un hombre de buenos modales. No describiré cómo, por último, Antón Antonovich Setochkin, vejete de pelo blanco, oficial mayor de un departamento, colega de Andrei Filippovich y anteriormente de Olsufi Ivanovich, y también antiguo amigo de la casa y padrino de Klara Olsufievna, propuso a su vez un brindis, imitó el canto del gallo y recitó versos jocosos. Y cómo con este decoroso quebranto del decoro — si se permite la expresión — hizo partirse de risa a todos los presentes, con lo que la propia Klara Olsufievna, siguiendo instrucciones de sus padres, premió con un beso tal regocijo e hilaridad. Sólo diré, por último, que los invitados, quienes tras comida semejante se mirarían sin duda como hermanos e íntimos amigos, se levantaron de la mesa. Cómo después los caballeros mayores y formales, tras breve rato de amigable conversación y, por supuesto, de confidencias amables y sumamente correctas, pasaron sosegadamente a otra sala donde sin perder un tiempo precioso se dividieron en grupos y, con la dignidad conveniente, se sentaron a las mesas cubiertas de bayeta verde. Cómo las señoras, instaladas en el salón, se tornaron de pronto insólitamente amables y se pusieron a hablar de varias materias. Cómo, por fin, el muy estimable anfitrión, que había sacrificado una pierna en aras de la fe y la verdad y que fue recompensado por ello con lo indicado más arriba, empezó a circular entre sus invitados apoyado en sus muletas y sostenido por Vladimír Semionovich y Klara Olsufievna, Y cómo, volviéndose también muy amable, resolvió improvisar un bailecito modesto sin parar mientes en los gastos. Cómo con tal objeto mandó a un joven muy capaz (el mismo que durante la comida más parecía un consejero civil que un joven) en busca de músicos. Cómo llegaron los músicos, nada menos que once. Y cómo, por último, a las ocho y media en punto se oyeron los cautivantes acordes de una *quadrille* francesa, seguidos de otra música de baile...

Huelga decir que mi pluma es demasiado torpe, roma e imprecisa para describir como Dios manda el baile improvisado con inusitada amabilidad por nuestro venerable anfitrión. ¿Y cómo puedo yo —pregunto—, humilde cronista de las aventuras del señor Goliadkin —aunque muy curiosas a su manera—, describir esa rara y honorable combinación de belleza, esplendor, decoro, amable probidad, proba amabilidad, jocundidad y regocijo? ¿Cómo puedo representar los retozos y risas de las esposas e hijas de esos funcionarios, damas que más que damas parecían hadas —dicho sea en favor suyo—, con hombros y

rostros en que se mezclaban la rosa y el lirio, talles cimbreantes, piececitos ligeros y juguetones, *homeopáticos*, por decirlo con pedantería? ¿Cómo, en fin, puedo retratar a esos brillantes caballeros de la administración pública, correctos a la vez que alegres, mozos sobrios, joviales al par que modosamente melancólicos, algunos de los cuales, en el descanso entre los bailes, fuman una pipa en un remoto cuartito verde, mientras que otros no fuman? Caballeros del primero al último, de buena familia, que ocupan buenos puestos en el escalafón. Caballeros con un fino sentido de la elegancia y la dignidad personal. Caballeros que en su mayoría hablan francés con las damas, y si hablan ruso emplean frases altisonantes, galanterías y locuciones profundas. Caballeros que, acaso sólo en el fumador, se permiten alguna amable desviación del lenguaje de buen tono, alguna frase de amistosa y afable intimidad, como, por ejemplo: «Oye, Petka, ¡vaya polca que te has tirado!» o «¡Anda, Vasia, picarón, que no te has aprovechado, que digamos, de tu parejita!» Para todo eso, como he tenido el honor de indicar arriba, ¡oh lector!, no basta mi pluma y por eso me callo. Más vale que volvamos al señor Goliadkin, verdadero héroe de nuestra veraz historia.

Se trata, pues, de que estaba ahora en una situación que, sin exagerar, cabe llamar harto insólita. Él también, señoras y señores, se encontraba allí, es decir, no precisamente en el baile, sino casi en el baile. Se encontraba bien y seguía por su camino, aunque de momento ese camino no fuera exactamente recto. Estaba ahora —casi cuesta trabajo decirlo— en el descansillo de la escalera de servicio de Olsufi Ivanovich. Pero nada de particular tiene que estuviera allí. Se sentía bien. Se hallaba en un rincón acurrucado en un espacio exiguo que, si no caliente, estaba cuando menos oscuro, disimulado a medias por un enorme aparador y unos biombos vetustos, entre un montón de trastos viejos, materiales de desecho y toda suerte de basura. Ahí estaba oculto hasta que llegara la hora, y mientras tanto se limitaba a seguir el curso de los acontecimientos como observador imparcial. Ahora, señoras y señores, se limitaba a observar. Si él quisiera, también podría entrar... ¿y por qué no entrar? Bastaría dar un paso y entraría. Entraría tan campante. Fue sólo entonces, cuando llevaba ya más de dos horas pasando frío, de pie entre el aparador y los biombos, en medio del montón de trastos viejos, desperdicios y basuras, cuando en justificación propia citó una frase del llorado ministro francés Villèle, a saber: «Todo llega a su debido tiempo para quien sabe esperar»; frase que el señor Goliadkin había leído tiempo atrás en un libro que

versaba sobre un tema por completo diferente, pero cuyo recuerdo venía muy a propósito en el momento actual. En primer lugar, la frase resultaba pintiparada para su situación presente y, en segundo, ¿qué no pasará por el magín de un hombre que espera el desenlace feliz de su embrollo al cabo de casi tres horas de plantón en el oscuro y frío descansillo de una escalera? Después de citar, como queda indicado, la muy oportuna frase del ministro francés Villèle, el señor Goliadkin recordó, no se sabe por qué, al antiguo visir turco Martsimiris y a la bellísima margravina Luisa, de cuyas vidas se había enterado por otro libro leído hacía tiempo. Seguidamente le vino a la memoria que los jesuitas tienen como máxima la de dar por buenos todos los medios que conducen al fin propuesto. Alentado un tanto por ese dato histórico, el señor Goliadkin se preguntó qué eran los jesuitas. ¡Mentecatos el que más y el que menos! ¡Él los eclipsaría, los dejaría tamañitos! Y bastaría con que el *buffet* (que era la habitación cuya puerta daba acceso al descansillo de la escalera de servicio donde ahora estaba el señor Goliadkin) quedase un instante libre de gente para que él, a despecho de todos los jesuitas habidos y por haber, lo atravesase en un abrir y cerrar de ojos, pasase de allí al salón de té, luego a la sala donde estaban jugando a las cartas, y de allí directamente al salón donde ahora estaban bailando la polca. Y atravesaría todo eso, ¡claro que lo atravesaría, a pesar de todos los pesares!, se colaría por allí sin que nadie lo notara. Y una vez allí, bien sabría lo que habría que hacer.

He aquí la situación, señoras y señores, en que encontramos ahora al héroe de nuestra verídica historia, aunque sería arduo explicar lo que precisamente le ocurría. Había conseguido llegar hasta la escalera y el descansillo, por la sencilla razón de que todos los demás lo habían conseguido. ¿Por qué no iba a conseguirlo él también? Pero estaba claro que no osaba pasar adelante..., no porque no supiera hacerlo, sino porque no quería, porque prefería obrar a la chita callando. Y he aquí por qué, señoras y señores, esperaba allí en silencio y llevaba ya dos horas esperando. ¿Y por qué no esperar? El propio Villèle había esperado. «¿Pero qué pinta aquí Villèle —preguntaba el señor Goliadkin—. ¿A santo de qué mezclarlo en esto? ¿Y si ahora... me arrancase y entrara?... ¡Ay, no eres más que un comparsa! —dijo el señor Goliadkin pellizcándose la aterida mejilla con los dedos ateridos—. ¡Qué tonto eres, Goliadkin!»

Estas lisonjas dirigidas en tal momento a la propia persona las decía porque sí, de pasada, sin ningún propósito ostensible.

Estaba a punto de arrancarse y, en efecto, dio un paso adelante. Había llegado el momento. En el *buffet* no había nadie, como pudo comprobar mirando por un ventanillo. Dio dos pasos más, llegó a la puerta y la abrió un poco. ¿Entrar o no entrar? ¿Entrar o no? «Sí, entraré, ¿por qué no? ¡Para el audaz siempre está franco el camino!» Espoleándose de ese modo, nuestro héroe se refugió, veloz e inesperadamente, tras un biombo.

—No —pensaba—. ¿Y si entra alguien? ¡Ahí está la prueba! ¡Alguien acaba de entrar! ¿Por qué me quedé embobado cuando no había nadie? ¡Nada! ¡Liarse la manta a la cabeza y entrar! ¿Pero por qué decir eso cuando uno es como es? ¡Qué pésima índole la mía! Me he asustado como una gallina. ¡Lo que es cobarde, lo soy! No tiene vuelta de hoja. Siempre echándolo todo a perder. De eso no cabe duda. ¡Y aquí estoy de plantón como un Pazguato! Podría estar en casa tomando una taza de té... ¡Con lo bien que me vendría una taza de té! Si llego tarde, Petrushka se pondrá a rezongar. ¿Por qué no irme a casa? ¡Al cuerno con esto! Bueno, andando.

Una vez resuelta así la situación, el señor Goliadkin dio un paso adelante con tal prisa que pareció haber saltado por resorte. En dos zancadas se encontró en el *buffet*, se despojó del gabán y el sombrero, metió todo ello en un rincón, se estiró el uniforme y se alisó el pelo. Entonces..., entonces entró en el salón de té; de allí se precipitó a otra sala, escurriéndose inadvertido entre los jugadores absortos en su partida de cartas; luego... en ese punto el señor Goliadkin perdió la noción de cuanto sucedía en torno suyo y, de pronto, como caído de las nubes, se encontró en el salón de baile.

Como de propósito, en ese momento no se bailaba, Las damas, en enjambres pintorescos, paseaban por el salón. Los caballeros formaban pequeños corros o volaban de aquí para allá en busca de pareja. El señor Goliadkin no se percató de nada de ello. Vio sólo a Klara Olsufievna, luego a Vladimir Semionovich, a dos o tres oficiales del ejército y a dos o tres jóvenes de porte interesante que, a primera vista, confirmaban las esperanzas cifradas en ellos. Vio a otras personas. O, mejor dicho, no. Ya no veía a nadie ni a nadie miraba... E impelido por el mismo resorte que lo había lanzado a un baile a que no había sido invitado, siguió avanzando resueltamente. Tropezó en su avance con un consejero y le dio un pisotón. Puso el pie en el borde del vestido de una dama venerable y se lo desgarró ligeramente. Dio un empujón a un criado portador de una bandeja, chocó con alguien más y, sin notar nada de ello, mejor dicho, *notándolo*, pero sin

mirar a nadie, siguió adelante hasta que se encontró de pronto frente a Klara Olsufievna. Sin duda se hubiera agazapado bajo tierra en ese momento, sin pestañear y con el mayor gusto del mundo. Pero a lo hecho pecho, ya que era imposible volverse atrás. Pero, bueno, y ahora ¿qué?

—Si se falla la primera vez, hacer de tripas corazón, y si se tiene éxito, perseverar. —El señor Goliadkin, por supuesto, no era intrigante ni amigo de hacer reverencias a nadie... Así, pues, sucedió lo que tenía que suceder, sin contar que en ello parecían andar metidos también los jesuitas... Pero el señor Goliadkin no tenía ahora tiempo para ocuparse de ellos. Como en respuesta a una señal, todas las idas y venidas, todos los ruidos, coloquios, risas, cesaron de pronto y poco a poco se fue agolpando una multitud en torno al señor Goliadkin. Ahora bien, éste no parecía oír ni ver nada. Tampoco podía mirar... ¡Ni por pienso miraría a nada o a nadie! Clavó la vista en el suelo y así estuvo, dándose, no obstante, palabra de honor de pegarse un tiro esa misma noche. Después de darse esa palabra, el señor Goliadkin se dijo mentalmente «¡Manos a la obra!» y con gran asombro suyo rompió de improviso a hablar.

El señor Goliadkin comenzó con felicitaciones y parabienes. Las felicitaciones le resultaron bien, pero tropezó en los parabienes. Había presentido que, si tropezaba, todo saldría al momento manga por hombro. Y así fue. Tropezó y se quedó cortado. Se quedó cortado y enrojeció. Enrojeció y se azoró. Se azoró y levantó los ojos. Levantó los ojos y los paseó a su alrededor. Los paseó a su alrededor y quedó helado de espanto... Todos estaban de pie, todos callaban, todos aguardaban. Alguien, más lejos, decía algo en voz baja. Alguien, más cerca, rompió a reír a carcajadas. El señor Goliadkin lanzó una mirada humilde y abochornada a Andrei Filippovich. Andrei Filippovich le contestó con una mirada tal que si el señor Goliadkin no estuviera ya reventado por completo hubiera quedado reventado por segunda vez, de ser posible. El silencio se prolongó bastante.

—Esto es cuestión de mis circunstancias personales y de mi vida privada, Andrei Filippovich —dijo el señor Goliadkin más muerto que vivo y con voz apenas perceptible—. Este no es asunto oficial, Andrei Filippovich.

—¡Debiera darle vergüenza, señor mío! —dijo Andrei Filippovich en el mismo tono, con cara de indecible irritación, cogiendo de la mano a Klara Olsufievna y apartándola del señor Goliadkin.

—No tengo por qué avergonzarme, Andrei Filippovich —

repuso el señor Goliadkin, también casi en un susurro, azorado, abarcando su entorno con cuitados ojos y tratando de hallar su propio ambiente y nivel social entre esa multitud desconcertada.

¡No es nada, señores, nada! ¿Qué tiene de particular? Esto puede ocurrirle a cualquiera —murmuró el señor Goliadkin, echándose a un lado para zafarse de la muchedumbre circundante. Le abrieron paso. Nuestro héroe avanzó con algún trabajo entre dos filas de espectadores curiosos y perplejos. Su sino le arrastraba. Él mismo sentía que su sino le arrastraba. Ni que decir tiene que hubiera dado cualquier cosa por poder hallarse ahora, sin perjuicio del decoro, donde había estado antes, a saber, en el descansillo de la escalera de servicio. Pero como ello era absolutamente imposible, trataba de meterse en algún rincón y plantarse allí con modestia e independencia, sin molestar a nadie, sin llamar la atención, pero ganándose la buena voluntad del anfitrión y los invitados. Ahora bien, el señor Goliadkin sentía como si algo se deslizara bajo sus pies, como si estuviera tambaleándose y acabara por caer. Llegó por fin a un rincón y se instaló en él con aire de observador independiente y bastante neutral, con las manos apoyadas en el respaldo de dos sillas, agarrándolas como si tomase posesión de ellas y procurando en lo posible mirar ufano a los invitados de Olsufi Ivanovich que se congregaban a su alrededor. Quien estaba más cerca de él era un oficial del ejército, alto y gallardo, junto al cual el señor Goliadkin se sentía como mísero insecto.

—Estas dos sillas, teniente, están ocupadas. Una es para Klara Olsufievna y la otra para la princesa Chevchehanova, que está bailando. Se las estoy guardando, teniente —dijo el señor Goliadkin con voz entrecortada, mirando suplicante al oficial. Este se apartó de allí sin decir palabra y con una sonrisa despectiva. Viéndose desairado en un sitio, nuestro héroe decidió probar fortuna en otro y dirigió la palabra a un consejero de aspecto pomposo con una importante condecoración al cuello. Pero el consejero le midió de arriba abajo con una mirada tan gélida que el señor Goliadkin sintió como si se le hubiera echado encima un cubo de agua helada. El señor Goliadkin guardó silencio. Creyó que más valía callar, no decir esta boca es mía, dar a entender que estaba perfectamente bien, que era como cualquier hijo de vecino, y que su situación, a su manera de ver, era de todo punto irreprochable. Con este fin clavó los ojos en los puños de su uniforme, luego levantó la mirada y la posó en un caballero de aspecto sumamente venerable.

—Este caballero lleva peluca —pensó el señor Goliadkin—, y si

se la arrancaran le quedaría una cabeza como bola de billar.

Una vez hecho descubrimiento de tanta monta, el señor Goliadkin se acordó de los emires árabes, a quienes, si se les quita el turbante verde que llevan en señal de parentesco con el profeta Mahoma, les quedan también unas cabezas como bolas de billar. A continuación, seguramente por una peculiar asociación de ideas con los turcos, el señor Goliadkin abordó el tema de las babuchas turcas y recordó a propósito que Andrei Filippovich llevaba botas que más parecían babuchas. Es de notar que el señor Goliadkin se iba habituando hasta cierto punto a su situación.

—Esa araña de luces de ahí arriba —pensó—, si se desprendiera y cayera sobre la concurrencia... me lanzaría al momento a salvar a Klara Olsufievna. Después de salvarla le diría: «No se inquiete, señorita, que no es nada. Yo soy su salvador.» Luego...

Aquí el señor Goliadkin miró de reojo buscando a Klara Olsufievna y vio que Gerasimych, el viejo mayordomo de Olsufi Ivanovich, venía derecho hacia él con el aire preocupado de quien cumple un solemne deber oficial. El señor Goliadkin se estremeció y una sensación tan enojosa como inexplicable le contrajo el rostro. Maquinalmente miró a su alrededor. Tenía idea de que de algún modo, escurriéndose de costado, podría soslayar el peligro, disolverse en la escena, esto es, obrar como si tal cosa, como sí nada de aquello tuviera que ver con él. Sin embargo, antes de que tuviera tiempo de resolver lo que haría, Gerasimych ya estaba delante de él.

—¿Ve usted, Gerasimych, la bujía de ese candelabro? preguntó nuestro héroe sonriendo ligeramente—. Está a punto de caer. Lo mejor será que mande a alguien que la sujete bien en su sitio. Estoy seguro de que va a caer, Gerasimych…

—¿La bujía, señor? No, señor. La bujía está derecha... Hay alguien ahí fuera que pregunta por usted.

—¿Quién hay ahí fuera que pregunta por mí, Gerasimych?

—En verdad, señor, no sé precisamente quién es. El criado de alguien. Ha preguntado si estaba aquí Yakov Petrovich Goliadkin. «Si está, llámenle», nos ha dicho. Es un asunto importante que no admite dilación... Eso es lo que ha dicho, señor.

—No, Gerasimych, se equivoca usted. En eso, Gerasimych, está usted equivocado.

—A duras penas, señor...

—No, Gerasimych. No hay «duras penas» que valgan. Nadie pregunta por mí, Gerasimych, porque no hay nadie que pueda

preguntar. Aquí estoy muy a gusto, es decir, estoy donde debo estar, Gerasimych.

El señor Goliadkin hizo una pausa para recobrar el aliento y miró en torno suyo. ¡Ya se lo había figurado! Todo el mundo en el salón estaba ojo avizor y oído atento, en actitud de solemne espera. Los hombres se acercaban, apretujándose aún más y aguzando el oído. Las señoras, algo más apartadas, cambiaban murmullos de alarma. El propio anfitrión tampoco estaba lejos del señor Goliadkin y, aunque no aparentaba tener un interés directo e inmediato en la situación de éste —pues todo se hacía con la mayor delicadeza—, todo ello, no obstante, dio sin duda a entender al héroe de nuestra historia que había llegado el minuto decisivo. Comprendió que se acercaba el momento de dar un golpe audaz, el momento de sacar los colores a sus enemigos. Estaba agitado. Sentía algo análogo a la inspiración y con voz trémula aunque solemne se dirigió una vez más a Gerasimych:

—No, amigo. Nadie me llama. Te equivocas. Digo más, y es que también te equivocabas hace un rato al asegurarme..., digo que al *osar* asegurarme —el señor Goliadkin alzó la voz— que Olsufi Ivanovich, mi benefactor desde tiempo inmemorial, que hasta cierto punto hizo las veces de mi padre, me cerraba su puerta en ocasión en que su corazón paterno rebosa de gozo familiar —el señor Goliadkin, muy satisfecho de sí mismo, pero con honda emoción, miró a su alrededor. En sus pestañas brillaban las lágrimas—. Repito, amigo, que te has equivocado, y equivocado de manera cruel e imperdonable...

Fue un momento de triunfo. El señor Goliadkin sentía que el efecto había sido capital y aguardaba, con la vista modestamente baja, el abrazo de Olsufi Ivanovich. Los concurrentes daban claras señales de turbación y desasosiego. Incluso el inflexible e imponente Gerasimych tartamudeó al decir «a duras penas, señor»... Pero de pronto, sin que se sepa por qué, la inmisericorde orquesta rompió a tocar una polca. Todo quedó perdido, todo se lo llevó el viento. El señor Goliadkin sintió un escalofrío, Gerasimych dio un paso atrás y el salón entero ondeó como la superficie del mar. Vladimir Semionovich arrastró tras sí a Klara Olsufievna en la primera pareja seguido del apuesto teniente con la princesa Chevchehanova. Los espectadores, llenos de curiosidad y entusiasmo, se agolparon a observar a quienes bailaban la polca, baile nuevo e interesante que hacía furor en todas partes. El señor Goliadkin quedó olvidado por el momento. Pero de repente todo se agitó, se alteró, se turbó. Cesó la música... Algo extraño había ocurrido.

Fatigada por el baile y casi sin aliento, con las mejillas encendidas y el pecho jadeante, Klara Olsufievna había caído casi agotada en un sillón. Todos los corazones convergieron en la hechicera joven. Cada cual trataba de ser el primero en cumplimentarla y agradecerle el placer que procuraba, cuando de pronto se presentó ante ella el señor Goliadkin. Estaba pálido, azorado en extremo, y daba también la impresión de sentirse rendido de cansancio, ya que apenas podía moverse. Por algún motivo sonreía mientras alargaba la mano en señal de invitación. Klara Olsufievna, en su asombro, no tuvo tiempo de retirar la suya y se levantó mecánicamente ante la invitación del señor Goliadkin. Este dio un paso tambaleante, luego otro. Después levantó un pie, hizo algo así como una reverencia, dio una especie de patadita y tropezó... Él también quería bailar con Klara Olsufievna.

Klara Olsufievna lanzó un grito. Todos se precipitaron a rescatar su mano de la del señor Goliadkin y, en un abrir y cerrar de ojos, nuestro héroe se vio empujado por la multitud a casi diez pasos de distancia. A su alrededor se formó asimismo un pequeño grupo. Se oyeron los gritos y aullidos de dos viejas a quienes el señor Goliadkin casi atropelló en su retirada. La confusión fue extraordinaria: todo el mundo hacía preguntas, todos vociferaban, todos discutían. La orquesta cesó de tocar. Nuestro héroe se revolvió dentro de su corro e involuntariamente, sonriendo a medias, dijo para sus adentros: «¿Por qué no él también? La polca, a su modo de ver, era baile nuevo, sumamente interesante, inventado para el deleite de las damas... Pero si la cosa iba a terminar así, él consentía en no bailarlo.» Ahora bien, nadie por lo visto requería el consentimiento del señor Goliadkin. Nuestro héroe notó que una mano caía de pronto sobre su brazo, que otra se apoyaba ligeramente en su espalda, y se sintió conducido con especial solicitud en cierta dirección. Al fin cayó en la cuenta de que iba derecho a la puerta. El señor Goliadkin hubiera querido decir o hacer algo... Pero no, ya no lo quería. Sólo se reía maquinalmente de todo ello. Entonces sintió que le endosaban el gabán, que le encasquetaban el sombrero hasta los ojos, que estaba en el descansillo, en la oscuridad y el frío y, por último, en la escalera. Dio un tropezón y creyó hundirse en un abismo. Quiso gritar y de pronto se encontró en el patio. El aire fresco le azotó el rostro. Se detuvo y en ese mismo instante percibió los sonidos de la orquesta que rompía de nuevo a tocar. De súbito el señor Goliadkin recordó todo lo ocurrido. Parecía recobrar una

vez más la energía perdida. Se arrancó del lugar donde hasta ahí había estado como clavado y salió como una flecha del patio, hacia el aire libre, hacia la libertad, hacia donde le llevaran los pies...

Capítulo V

Acababan de sonar las doce de la noche en los relojes que

marcan y dan la hora en todas las torres de Petersburgo cuando el señor Goliadkin, fuera de sí, corrió al muelle de la Fontanka, junto al puente Izmailovski, para zafarse de los enemigos que le perseguían, de los insultos que en aluvión caían sobre él, de los gritos de alarma de las viejas, de los lamentos y suspiros de otras mujeres y de las miradas aplastantes de Andrei Filippovich. Había quedado aniquilado en el pleno sentido de la palabra, y si aún podía correr era sólo por un milagro en que él mismo se negaba a creer. La noche era horrenda, noche de noviembre, húmeda, neblinosa, lluviosa, nivosa, noche preñada de catarros, resfriados, flemones, calenturas, anginas, fiebres de todo género y gravedad, en suma, una ¿e esas noches con que el mes de noviembre galardona a la ciudad de Petersburgo. El viento aullaba en las calles desiertas, alborotando el agua negra de la Fontanka, que brincaba por encima de las argollas de amarre, y haciendo rechinar con su empuje los débiles faroles del muelle, que a su vez respondían con esos chirridos agudos y ensordecedores que forman el incesante concierto de sonidos inaguantables tan conocidos de los habitantes de Petersburgo. Llovía y nevaba al mismo tiempo. Los chorros de agua en que el viento convertía la copiosa lluvia cruzaban horizontalmente, como lanzados por la manga de un bombero, pinchando y cortando la cara del infortunado señor Goliadkin como otros tantos alfileres y agujas. En el silencio nocturno, sólo interrumpido por el lejano retumbar de los carruajes, el ulular del viento y el rechinar de los faroles, se oía el lúgubre gluglú del agua que caía de todos los tejados, cobertizos, canalones y cornisas sobre las aceras de granito. No se veía un alma por ninguna parte, ni se contaría con verla a tal hora y con tal tiempo. Así, pues, únicamente el señor Goliadkin, a solas con su congoja, trotaba en esa ocasión por la acera de la Fontanka, con su paso habitual, corto y ligero, ansiando llegar cuanto antes a su calle Shestilavochnaya, a su cuarto piso, a su domicilio.

Aunque la nieve, la lluvia y otras tribulaciones nefandas, cuando en Petersburgo ruge la tempestad en el cielo de noviembre, atacaron de pronto y como de común acuerdo al señor Goliadkin, ya aniquilado por los pesares, sin darle respiro ni sosiego, calándolo hasta los huesos, anublándole los ojos, congelándolo por los cuatro costados, sacándolo a empellones de su camino y de sus casillas..., aunque todo esto, repito, había descargado sobre él de un golpe, como confabulándose y cooperando con todos sus enemigos para dar remate a un día, una tarde y una noche que no olvidaría jamás..., a despecho de

todo esto, el señor Goliadkin permaneció casi insensible a esta última prueba de su adversa fortuna: tanto le aturdió y consternó lo que le había acontecido unos minutos antes en casa del consejero civil Berendeyev. Si ahora un observador externo e imparcial echase un vistazo al señor Goliadkin y viese su atormentada fuga, comprendería al punto el espantoso horror de sus infortunios y diría sin más que tenía el aspecto de un hombre que quería escaparse y esconderse de sí mismo. Sí, eso precisamente. Más aún, ahora el señor Goliadkin no sólo deseaba escapar de sí mismo, sino destruirse por completo, dejar de ser, convertirse en polvo. En ese momento no tenía noción alguna de lo que le rodeaba, no entendía nada de lo que a su alrededor sucedía, y daba la impresión de que no existían para él las humillaciones de esa malhadada noche, ni la larga carrera, ni la lluvia, ni la nieve, ni el viento, ni el tiempo de perros que hacía. Un chanclo que se le desprendió de la bota del pie derecho quedó donde había caído, en la nieve y el lodo de la acera de la Fontanka, y el señor Goliadkin no pensó en volver a recogerlo, pues ni siquiera advirtió la pérdida. Su trastorno era tal que de vez en cuando, a despecho de cuanto le rodeaba, transido por la magnitud de su reciente desliz, hacía alto en su carrera y se quedaba inmóvil, clavado en medio de la acera. En momentos tales se esfumaba, dejaba de existir. Luego arrancaba otra vez como enloquecido y corría, corría desalentado, como si se viese perseguido y quisiese escapar a todo trance de una calamidad todavía mayor... Era horrible, en efecto, su situación...

Por fin, agotadas sus fuerzas, el señor Goliadkin se detuvo, se acodó en la barandilla del muelle como hombre a quien de pronto empieza a sangrarle la nariz, y se puso a mirar fijamente las aguas negras y revueltas de la Fontanka. No se sabe cuánto tiempo pasó de ese modo. Lo único que se sabe es que ya para entonces el señor Goliadkin había llegado a extremo tal de desesperación, se sentía tan lacerado, tan exhausto, tan gastado, tan vaciado de bríos —de los que en todo caso no le quedaban muchos—, que se olvidó de todo, del puente Izmailovski, de la calle Shestilavochnaya y de su propia situación... ¿Para qué preocuparse? Porque a él le tenía sin cuidado. Lo hecho estaba hecho y punto final: firmado y sellado. ¿A él qué le importaba?... De pronto..., de pronto se estremeció de pies a cabeza, e instintivamente, de un respingo, se apartó dos pasos de donde estaba. Con inquietud explicable miró en torno suyo, pero no vio a nadie ni ocurría nada de particular. Y, sin embargo..., sin embargo le pareció que alguien había estado allí, en ese preciso

momento y en ese lugar preciso, allí junto a él, apoyado también en la barandilla del muelle y, ¡cosa rara!, hasta le había hablado, le había dicho algo con rapidez, en voz entrecortada, algo no del todo inteligible, pero que le atañía muy de cerca, que le concernía directamente.

—¿Qué es esto? ¿Lo habré soñado? —dijo el señor Goliadkin mirando una vez más a su alrededor—. ¿Pero dónde estoy? ¡Vaya, vaya! —concluyó, sacudiendo la cabeza, mientras que con dolorosa inquietud, más aún, con pavor, empezó a otear la lóbrega lejanía, aguzando cuanto pudo la mirada y esforzándose por penetrar con sus ojos miopes la húmeda tiniebla que ante sí tenía. Pero no había nada nuevo. Nada de particular se ofreció a la vista del señor Goliadkin. Todo parecía estar en orden, como Dios manda, esto es, la nieve caía más copiosa y espesa, no se veía ni gota a veinte pasos de distancia, el rechinar de los faroles era más agudo que antes y el viento silbaba su melancólica canción en tono más triste y plañidero, como mendigo importuno que pide un ochavo para poder comer.

—¡Vaya, vaya! ¿Pero qué me pasa? —repitió el señor Goliadkin, poniéndose de nuevo en camino y todavía mirando en tomo de vez en cuando. Entre tanto una nueva sensación hizo presa de él, mezcla de congoja y pavor... y un escalofrío febril le recorrió todo el cuerpo. Fue un momento intolerablemente penoso.

—Bueno, no es nada —dijo para envalentonarse—. Quizá no sea nada que mancille la honra de nadie. Quizá haya sido necesario —prosiguió sin entender él mismo lo que decía—. Quizá todo esto sea a la larga para bien. Quizá no haya de qué quejarse y todo el mundo quede justificado.

Razonando de esa suerte y confortándose con sus propias palabras, el señor Goliadkin se enderezó de una sacudida, barrió a manotazos la espesa capa de nieve que le cubría el sombrero, el cuello, el gabán, la corbata, las botas y todo lo demás, pero no pudo desembarazarse de aquella extraña sensación, de la congoja imprecisa que le invadía. A lo lejos se oyó el disparo de un cañón.

—¡Valiente tiempo! —pensó nuestro héroe—. ¿No será ese cañonazo por una inundación? Bien claro está que el agua ha subido mucho de nivel.

No bien hubo dicho o pensado esto el señor Goliadkin cuando vio venir hacia él a un transeúnte que probablemente también se había retrasado por algún motivo. La cosa era fortuita y no parecía tener mayor importancia. Pero, no se sabe por qué, el

señor Goliadkin se turbó y hasta se acobardó. Perdió pie. No temía que fuese algún sujeto peligroso, pero quizá...

—¡Quién sabe lo que será este rezagado! —cruzó por su mente—. Bien puede ser lo más importante de este asunto y que no pase por aquí casualmente, sino con intención de cortarme el paso y provocarme.

Ahora bien, es posible que el señor Goliadkin no pensara exactamente así, sino que sintiera de momento algo igual de desagradable. Pero no había tiempo para pensar o sentir. El transeúnte estaba ya a dos pasos. Al momento, y por sempiterna costumbre suya, el señor Goliadkin se aprestó a dar a su semblante una expresión peculiar que decía a las claras que él, Goliadkin, iba por su camino, que no le pasaba nada, que la calle era bastante ancha para todos, y que él, Goliadkin, no perjudicaba a nadie. De pronto quedó inmóvil, clavado en el sitio, como alcanzado por un rayo, y al momento se volvió para mirar al viandante que acababa de pasar, y se volvió como constreñido a hacerlo, como veleta impulsada por el viento. El transeúnte desapareció rápidamente en un torbellino de nieve. Caminaba de prisa también y, al igual que el señor Goliadkin, iba arropado y embozado de pies a cabeza y, también como él, trotaba por la acera de la Fontanka con pasos cortos y rápidos.

—¿Qué es esto? —murmuró el señor Goliadkin sonriendo incrédulo, pero temblando todo él y sintiendo un escalofrío a lo largo del espinazo. Mientras tanto, el transeúnte había desaparecido por completo y ya no se oía el ruido de sus pasos, pero el señor Goliadkin seguía plantado allí, mirando por donde se había ido. Al cabo volvió en su acuerdo.

—¿Pero qué es esto? —pensó irritado—. ¿Acaso me estoy volviendo loco?

Giró sobre los talones y prosiguió su camino, apretando aún más el paso y haciendo lo posible por no pensar en nada. Hasta cerró los ojos con ese fin. De pronto, a través del viento ululante y el fragor de la tempestad, volvió a llegar a sus oídos el ruido de pasos bastante cercanos. Se estremeció y abrió los ojos. A veinte pasos de él se perfiló la figura de un hombre que se le acercaba apresuradamente, a un buen trote, acortando veloz la distancia que mediaba entre ellos. El señor Goliadkin pudo al fin ver con claridad a su nuevo compañero noctámbulo y lanzó una exclamación de asombro y horror. Le flaquearon las piernas. Era el mismo transeúnte junto al cual había pasado diez minutos antes, que ahora reaparecía inopinadamente. Pero no fue sólo ese portento lo que maravilló al señor Goliadkin, y tan

maravillado estaba que hizo alto, lanzó un chillido e intentó decir algo. Echó a correr tras el desconocido, gritándole algo, con la probable intención de detenerlo lo antes posible. El desconocido se detuvo, en efecto, a unos diez pasos del señor Goliadkin, donde la luz de un farol alumbraba toda su figura, dio la vuelta para encararse con él y, con inquietud e impaciencia, esperó a ver qué decía.

—Perdón. Quizá me he equivocado —dijo nuestro héroe con voz trémula.

El desconocido le volvió la espalda irritado y a toda prisa reemprendió la marcha como afanoso de recuperar los dos segundos que había perdido con el señor Goliadkin. En cuanto a éste, le temblaba el cuerpo entero, se le doblaban las piernas, se desmadejaba todo él, y con un gemido se sentó en el borde de la acera. Pero, bien mirado, tenía motivo bastante de trastorno, pues creyó que el desconocido le era de algún modo familiar. Esto, en sí, no tenía nada de particular. Ahora bien, conocía a ese hombre, estaba casi seguro de conocerlo. Lo había visto a menudo, incluso hacía poco. ¿Pero dónde? ¿El día antes? Lo importante, sin embargo, no era tampoco haberlo visto a menudo. En ese hombre nada llamaba la atención a primera vista. Era un hombre como otro cualquiera, un hombre, por supuesto, respetable como lo son todos los hombres respetables, y hasta quizá con algunas buenas cualidades. En suma, un hombre que iba por su camino. El señor Goliadkin no sentía odio, ni inquina, ni la más mínima antipatía hacia ese hombre; antes bien, todo lo contrario. Y, sin embargo —y esto sí era lo principal —, no hubiera querido encontrarse con él por todo el oro del mundo y, en particular, encontrarse con él en circunstancias como las actuales. Más aún, el señor Goliadkin conocía plenamente a ese hombre, sabía incluso cómo se llamaba, cuál era su apellido. Y, sin embargo, para decirlo una vez más, no hubiera pronunciado su nombre por todo el oro del mundo ni hubiera confesado que se llamaba así, que tal era su patronímico y tal su apellido. No puedo decir si el aturdimiento del señor Goliadkin duró poco o mucho, ni cuánto tiempo permaneció sentado al borde de la acera, pero al fin se repuso un tanto y echó a correr cuanto le permitían sus piernas, sin mirar atrás. Iba jadeante, casi desalentado. Tropezó un par de veces y a punto estuvo de caer, y una de esas veces el otro chanclo del señor Goliadkin se despidió de su correspondiente bota. Finalmente el señor Goliadkin acortó un poco el paso para tomar aliento, echó una ojeada fugaz a su alrededor y vio que, sin advertirlo, había

recorrido su camino habitual a lo largo de la Fontanka, cruzado el puente Anichkov, seguido un trozo del Nevski Prospekt, y que estaba ahora en la esquina de la calle Liteinaya. Su estado en ese momento era análogo al de un hombre que se halla al borde de un horrible precipicio cuando la tierra se desmorona bajo sus pies, tiembla, se mueve, oscila por última vez y se hunde, arrastrándolo, en el abismo, mientras el cuitado carece de bríos o fuerza de voluntad para dar un salto atrás, para desviar los ojos de la sima voraz. El abismo lo llama y él mismo acaba por lanzarse en él, ansioso de apresurar su fin. El señor Goliadkin presentía, sabía, estaba absolutamente seguro, de que algo maligno le sobrevendría en el camino, de que un nuevo infortunio descargaría sobre él, por ejemplo, que volvería a tropezar con su desconocido. Pero, por extraño que parezca, él mismo deseaba ese encuentro, lo juzgaba inevitable, e imploraba sólo que todo acabara cuanto antes, que su situación se resolviese de algún modo con tal que, repetimos, fuera lo más pronto posible. Y entre tanto seguía corriendo, como empujado por una fuerza ajena, puesto que su cuerpo sólo albergaba debilidad y embotamiento. No podía pensar en nada, aunque su mente, como la lapa, se agarraba a todo. Una inmunda perrita extraviada, toda temblorosa y calada hasta los huesos, se apegó al señor Goliadkin y se puso a correr junto a él, gachas las orejas y abatido el rabo, mirándolo de vez en cuando con ojos tímidos e inteligentes. Una idea largo tiempo olvidada —el recuerdo de algo que sucedió tiempo atrás— penetró de nuevo en la cabeza de nuestro héroe, golpeándosela, irritándolo y sin dejarle en paz.

—¡Vaya, hombre! ¡Qué perra tan asquerosa! —murmuró el señor Goliadkin sin comprender él mismo lo que decía. Finalmente vio a su desconocido en la esquina de la calle Italyanskaya. Pero ahora, en vez de venir a su encuentro, iba en la misma dirección, corriendo a unos cuantos pasos delante de él. Llegaron por fin a la calle Shestilavochnaya. Al señor Goliadkin le faltaba el aliento. El desconocido se detuvo justamente ante la casa en la que el señor Goliadkin tenía su vivienda. Se oyó el tintineo de la campanilla y casi simultáneamente el chirrido del cerrojo. Se abrió el postigo, el desconocido se agachó, quedó visible un momento y desapareció. Casi en el mismo instante llegó allí el señor Goliadkin y se deslizó veloz por el postigo. Sin escuchar al portero, que refunfuñaba algo, entró corriendo en el patio, casi sin poder respirar, y por un segundo alcanzó a ver a su interesante compañero al pie de la escalera que conducía al piso del señor Goliadkin. Este se lanzó en pos de él. La escalera

estaba oscura, húmeda y mugrienta. En los descansillos había montones de basura depositados allí por los inquilinos. Un extraño que subiese esa escalera después de anochecido necesitaría media hora para hacerlo; sin contar el riesgo de quebrarse una pierna, y acabar maldiciendo la escalera y a los amigos que se habían ido vivir a semejante lugar. Pero el compañero del señor Goliadkin parecía ser conocido allí, mejor dicho, parecía alguien de la casa. Subía a paso ligero, sin esforzarse y con pleno conocimiento del sitio. El señor Goliadkin estuvo a punto de alcanzarlo. Dos o tres veces le rozó la nariz el borde del gabán del desconocido. De pronto se le cayó el alma a los pies. El misterioso personaje se detuvo frente a la puerta misma del apartamento del señor Goliadkin, llamó con los nudillos y (lo que en otra ocasión hubiera sorprendido al señor Goliadkin) Petrushka, como si hubiera estado esperando sin acostarse, abrió al punto la puerta y con una bujía en la mano alumbró la entrada del desconocido. Fuera de sí, nuestro héroe entró corriendo en su domicilio. Sin despojarse del gabán y el sombrero siguió por el corto pasillo y se detuvo, como alcanzado por un rayo, en el umbral de su habitación. Todos los presentimientos del señor Goliadkin se habían cumplido. Todo lo que temía y sospechaba se había trocado en realidad. Se le cortó el aliento y sintió un mareo. El desconocido estaba sentado en su propia cama, sin quitarse el gabán y el sombrero; y con una ligera sonrisa, frunciendo levemente el entrecejo, le dirigía un amistoso movimiento de cabeza. El señor Goliadkin quiso gritar, pero no pudo; protestar de alguna manera, pero le fallaron las fuerzas. Se le erizó el cabello y se desplomó exánime del horror que sentía. ¿Y cómo no? El señor Goliadkin había reconocido enteramente a su amigo nocturno. Su amigo nocturno no era otro que él mismo, el propio señor Goliadkin, otro señor Goliadkin, pero absolutamente idéntico a él... En una palabra, su doble...

Capítulo VI

A las ocho en punto del día siguiente el señor Goliadkin se despertó en su propia cama. Al momento, y en todo su horrible alcance, reaparecieron en su imaginación y memoria los insólitos acontecimientos de la víspera y de toda esa noche inverosímil, frenética, con sus lances punto menos que imposibles. La cruel y diabólica malicia de sus enemigos y, en particular, la evidencia final de esa malicia le helaron el corazón. Por añadidura, todo había sido tan extraño, tan incomprensible y absurdo que, en efecto, resultaba difícil darle crédito. El señor Goliadkin no hubiera tenido empacho en considerarlo como febril pesadilla, como momentáneo trastorno de la fantasía, como ofuscación del entendimiento, si afortunadamente no hubiera sabido, por su amarga experiencia de la vida los extremos a que puede la malicia empujar a un hombre, hasta dónde puede llegar a veces la furia de un enemigo empeñado en vengar su honor o su amor propio. Como si ello no bastara, los doloridos miembros del señor Goliadkin, su aturdida cabeza, su molida cintura, su maligno resfriado, atestiguaban y confirmaban de sobra la realidad de esa carrera nocturna y, en parte también, lo demás que ocurrió durante ella. Y finalmente el señor Goliadkin sabía desde hacía largo tiempo que se tramaba algo contra él y que en la conjura andaba otra persona, pero, bueno, ¿y qué? Después de pensarlo debidamente resolvió no decir nada, resignarse y reservar su

protesta hasta el momento oportuno.

—Puede que sólo quisieran darme un susto. Y como verán que no les hago caso, que no pongo el grito en el cielo, sino que me resigno y aguanto todo con humildad, serán los primeros en darse por vencidos.

Tales eran los pensamientos que rebullían en el magín del señor Goliadkin cuando, desperezándose en la cama y confortando sus asendereados miembros, esperaba la aparición habitual de Petrushka en el aposento. Llevaba ya un cuarto de hora esperando, oyendo cómo el haragán de su criado trajinaba con el samovar al otro lado del tabique, pero resolvió no llamarlo. A decir verdad, el señor Goliadkin parecía temer en ese momento una confrontación con Petrushka.

—Dios sabe qué pensará el bribón de este asunto —razonaba —. Ahí está callado, pero es más taimado que un zorro.

Por fin rechinó la puerta y apareció Petrushka con una bandeja en las manos. El señor Goliadkin lo miró de reojo, tímidamente, esperando impaciente que ocurriera alguna cosa, que dijera algo sobre el asunto de marras. Pero Petrushka no dijo nada. Al contrario, parecía más taciturno, adusto y malhumorado que de costumbre. Lo miraba todo con ceño fruncido. Era evidente que estaba muy descontento de algo. No miró a su amo una sola vez, lo que, dicho sea de paso, irritó un tanto al señor Goliadkin. Puso lo que había traído en la mesa, giró sobre los talones y desapareció tras el tabique sin decir palabra.

¡Lo sabe! ¡Lo sabe todo este holgazán! —murmuró el señor Goliadkin preparándose a beber el té. Sin embargo, nuestro héroe no hizo pregunta alguna a su criado aunque éste entró más de una vez en la habitación con varios quehaceres. El estado de ánimo del señor Goliadkin era de lo más agitado. Le aterraba la idea de ir a la oficina. Tenía el fuerte presentimiento de que allí le acechaba alguna contrariedad.

—Si uno va allí cae de bruces en el ajo —cavilaba— ¿No será mejor aguantar por ahora? ¿No será mejor aguardar un poco más? ¡Que se las arreglen como puedan! Puedo esperar aquí hoy, recobrar fuerzas, reponerme y pensar en el asunto. Luego aprovecharía un momento oportuno, los cogería por sorpresa y haría como si no hubiese ocurrido nada de particular.

Mientras así meditaba, el señor Goliadkin fumaba una pipa tras otra. El tiempo volaba. Eran ya casi las nueve y media.

—Bueno. Ya son las nueve y media —pensaba—. Es tarde para ir allá. Además, estoy enfermo. ¡Claro que estoy enfermo! ¡Indiscutiblemente enfermo! ¡A ver quién dice que no lo estoy! Y

si mandan a investigar, ¡pues que venga el inspector! ¿A mí qué? Me duele la espalda, estoy tosiendo y tengo un catarro. En fin, no puedo ir. De ninguna manera puedo ir con este tiempo. Podría ponerme malo de veras y hasta morirme. Hay mucha mortandad estos días...

Con tales razonamientos acabó el señor Goliadkin por apaciguar del todo su conciencia y justificarse de antemano ante la reprimenda que esperaba recibir de Andrei Filippovich por no ir a la oficina. En situaciones parecidas nuestro héroe gustaba de justificarse a sus propios ojos con diversas argucias irrefutables y tranquilizar así sus escrúpulos de conciencia. Habiéndolos, pues, tranquilizado por completo, tomó una pipa, la llenó y apenas le hubo dado la primera chupada saltó del diván, arrojó la pipa, se lavó a toda prisa, se afeitó, se peinó, se puso el uniforme y todo lo demás, cogió unos papeles y fue volando a la oficina.

El señor Goliadkin entró en su negociado con timidez en trémula anticipación de que sucedería algo mortificante, anticipación que, aunque vaga e inconsciente, era, no obstante, desagradable. Se sentó medrosamente en su sitio habitual, junto al oficial mayor Antón Antonovich Serochtkin. No miró en torno suyo ni se permitió distracción alguna, sumiéndose en el estudio de los papeles que ante sí tenía. Había resuelto, y se había prometido, dar de lado en lo posible a cuanto pudiera ser provocativo o pudiera comprometerlo de algún modo: a preguntas indiscretas, a bromas y alusiones improcedentes sobre lo ocurrido la noche antes. Incluso decidió prescindir de las cortesías habituales con sus compañeros, tales como preguntarles por la salud, etc. Pero bien se veía que le era imposible mantener esa actitud durante mucho tiempo. La inquietud y la ignorancia de una cosa que tan de cerca le atañía le acongojaban más que la cosa misma. Y he ahí por qué, a despecho de la promesa que se había hecho de no mezclarse en nada, fuera lo que fuese, y de apartarse de todo, fuera lo que fuese, alzaba la cabeza de vez en cuando, a hurtadillas, y miraba furtivamente las caras de sus compañeros, a derecha e izquierda, tratando de inferir por ellas si había algo nuevo, algo especial que tuviera que ver con él y que por algún motivo inconfesable procuraban ocultarle. Sospechaba que había un nexo inequívoco entre lo acontecido la noche antes y lo que en ese momento le rodeaba. Por último, en su angustia empezó a desear que todo se resolviera cuanto antes, como Dios quisiera, hasta con un desastre..., ¡no importaba! El destino vino a secundar su anhelo. No bien hubo formulado su deseo cuando quedaron despejadas

sus dudas. Ahora bien, del modo más extraño e insospechado...

La puerta de la sala contigua se abrió silenciosa y tímidamente como anunciando que quien entraba era persona de poca monta. Y una figura bien conocida del señor Goliadkin apareció con aire timorato ante la mesa misma tras la cual estaba sentado nuestro héroe. Este no levanto la cabeza. No. Miró a esa figura con el rabillo del ojo. Fue una mirada fugaz, pero al punto lo reconoció todo, lo comprendió todo, hasta el más mínimo detalle. Enrojeció de vergüenza y hundió su humillada cabeza en los papeles, con el mismo propósito con que el avestruz asediado por el cazador esconde la suya en la ardiente arena. El recién llegado se inclinó ante Andrei Filippovich y seguidamente se oyó esa voz ceremoniosamente afectuosa con que los jefes de los departamentos administrativos reciben a los subordinados que acaban de llegar.

—Siéntese aquí —dijo Andrei Filippovich señalando al novato el escritorio de Antón Antonovich—. Aquí, frente al señor Goliadkin, y en seguida le daremos algún trabajo. —Andrei Filippovich terminó dirigiendo un rápido y decoroso gesto de advertencia al recién llegado y al momento se sumió en el examen de varios papeles, de los que tenía todo un montón delante.

El señor Goliadkin levantó al cabo la vista y si no se desmayó fue sólo porque lo había presentido todo desde el primer instante, porque había sido advertido de antemano, porque en su corazón había adivinado quién era el recién venido. El primer movimiento del señor Goliadkin fue lanzar una rápida ojeada en torno suyo para va si alguien estaba cuchicheando, o contaba algún chiste oficinesco sobre el caso, o hacía una mueca de sorpresa, o si, por último, alguien, presa de espanto, se había desplomado bajo su pupitre. Pero con grandísimo asombro suyo nada de ello se produjo. El comportamiento de sus camaradas y colegas le sorprendió. Parecía rebasar las lindes del buen juicio. El señor Goliadkin llegó a asustarse de tan insólito mutismo. La realidad hablaba por si misma: era un caso extraño, feo, absurdo. ¡Bien había de qué alterarse! Todo esto, por de contado, pasaba sólo fugazmente por el caletre del señor Goliadkin, quien se sentía como si estuvieran asándolo a fuego lento. Y no sin razón. Quien ahora estaba sentado enfrente del señor Goliadkin era el terror del señor Goliadkin, la vergüenza del señor Goliadkin, su pesadilla de la víspera, en una palabra, era el propio señor Goliadkin. No el que ahora boquiabierto, estaba sentado en su silla con una pluma seca en la mano. No el

ayudante del oficial mayor. No al que le gustaba disolverse y perderse en la multitud. No aquél, por último, cuyo continente al andar proclamaba «No me toque usted y yo no le tocaré», o «no me toque, que no le voy a hacer nada». No. Ese era otro señor Goliadkin, enteramente diferente y, sin embargo, enteramente idéntico al primero, de la misma altura, del mismo talle, vestido del mismo modo, con la misma calvicie. En suma, nada, absolutamente nada, faltaba para una semejanza completa, de tal modo que si los colocasen uno junto a otro nadie, absolutamente nadie, se hubiese comprometido a decir cuál era el auténtico Goliadkin y cuál el falso, cuál el viejo y cuál el nuevo, cuál el original y cuál la copia...

Nuestro héroe, si cabe la comparación, se parecía a un hombre sobre el cual, por vía de diversión, un bromista ha enfocado una lente cóncava.

—¿Qué es esto? ¿Es sueño o no? —pensaba—. ¿Es algo real o continuación de lo de ayer? ¿Pero cómo puede ser? ¿Con qué derecho se hace esto? ¿Quién ha admitido a este empleado? ¿Quién lo ha autorizado? ¿Estoy dormido? ¿Estoy soñando?

El señor Goliadkin probó a pellizcarse y hasta pensó en pellizcar a alguien más... No. No era sueño, y sanseacabó. Sentía que el sudor le brotaba copiosamente, que lo que le pasaba era algo sin precedentes, algo hasta allí nunca visto y, por ello mismo, vergonzoso, para colmo de su infortunio, pues se hacía perfecto cargo del perjuicio que suponía ser el primer ejemplo de tamaña bufonada. Llegó, por fin, a dudar de su propia existencia, y aunque antes estaba dispuesto a todo con tal de despejar sus dudas fuese como fuese, en la índole misma del caso iba, por supuesto, anejo un elemento de sorpresa. La congoja le agobiaba, le torturaba. A veces perdía el discernimiento y le fallaba la memoria. Al volver en su acuerdo tras un momento así notó que su pluma corría maquinal e inconscientemente sobre el papel. Sin fiarse de sí mismo leyó lo que había escrito... y no entendió nada.

Finalmente, el otro señor Goliadkin, que en el ínterin continuaba sentado tranquila y decorosamente, se levantó y desapareció por la puerta de otra sección para atender a algún trámite. El señor Goliadkin echó un vistazo a su alrededor. Nada. Todo estaba en calma. Lo único que se oía era el garrapatear de las plumas sobre el papel, el crujido de las hojas al ser repasadas y el runrún de las conversaciones en rincones algo apartados de donde estaba Andrei Filippovich. El señor Goliadkin lanzó una mirada a Antón Antonovich y como, con toda probabilidad, la

fisonomía de nuestro héroe reflejaba su estado de ánimo en ese momento y correspondía a la marcha general del asunto, amén de que en cierto modo llamaba mucho la atención, el bueno de Antón Antonovich soltó la pluma y preguntó con interés nada común por la salud del señor Goliadkin.

—Yo..., yo, Antón Antonovich... —tartamudeó el señor Goliadkin—, estoy perfectamente, Antón Antonovich, De momento no tengo nada, Antón Antonovich —añadió indeciso, sin fiarse aún por completo de este Antón Antonovich cuyo nombre tanto repetía.

—¡Ah! Me pareció que no estaba usted bien. Claro, nada de extraño tendría, ¿sabe usted? Hay por aquí tantas enfermedades, sobre todo ahora...

—Sí, Antón Antonovich. Sé que las hay... Pero yo, Antón Antonovich, yo ni sé cómo decirle..., o sea, desde qué ángulo abordar el asunto, Antón Antonovich.

—¿Qué dice? Francamente, confieso que no le entiendo bien... Dígame con más detalle qué apuros tiene aquí —sugirió Antón Antonovich, quien al ver lágrimas en los ojos del señor Goliadkin empezó también a sentir algunos apuros.

—Yo, la verdad... Aquí, Antón Antonovich..., aquí hay un empleado, Antón Antonovich...

—Bueno, ¿qué? Sigo sin entenderle.

—O sea, Antón Antonovich, hay un empleado que acaba de ingresar.

—Sí, lo hay. Y tiene el mismo apellido que usted.

—¿Qué me dice? —gritó el señor Goliadkin.

—Digo que tiene el mismo apellido que usted. Goliadkin también. ¿Es acaso hermano suyo?

—No, Antón Antonovich. Yo…

—¡Hum! ¡Vaya, hombre! ¡Y yo que pensaba que sería pariente cercano de usted! ¿Sabe? Hay un cierto aire de familia.

El señor Goliadkin quedó paralizado de asombro y algún tiempo no pudo decir palabra. ¿Cómo era posible aludir de modo tan trivial a algo tan insólito y grotesco, a una cosa tan rara que hubiera dejado patidifuso al observador más imparcial? ¿Cómo era posible hablar de un «aire de familia» cuando a ojos vistas era como una imagen reflejada en un espejo?

.—¿Sabe lo que le aconsejo, Yakov Petrovich? —agregó Antón Antonovich—. Que consulte con un médico. Porque, francamente, no tiene usted muy buena cara. Sobre todo en los ojos tiene usted algo raro.

—No, Antón Antonovich. Yo siento, naturalmente..., o sea,

quiero saber qué clase de persona es ese empleado.

—Bueno, sí.

—Mejor dicho, ¿no ha notado algo especial en él, Antón Antonovich?... ¿Algo muy significativo?

—¿A saber?

—Quiero decir, Antón Antonovich, un parecido sorprendente con alguien, por ejemplo, conmigo, sin ir más lejos. Hace un momento, Antón Antonovich, mencionó usted de pasada un aire de familia... ¿Sabe usted que a veces hay mellizos que se parecen como dos gotas de agua, hasta el extremo de que es imposible distinguirlos? Pues bien, a eso me refiero...

—Sí —dijo Antón Antonovich reflexionando un momento como si por vez primera se diese cuenta del caso—. Sí. Justamente. El parecido es, en efecto, sorprendente Y no se equivoca usted. Podría confundirse al uno con el otro —agregó asombrado, abriendo los ojos cada vez más—. ¿Y sabe, Yakov Petrovich? Es un parecido prodigioso, fantástico, como se dice a veces... El es igual que usted... ¿Lo ha notado, Yakov Petrovich? Yo también quería preguntárselo, aunque al principio no me fijé mucho. ¡Prodigioso! ¡Verdaderamente prodigioso! Y dígame, Yakov Petrovich, usted no es de por aquí, ¿verdad?

—No, señor.

—Él tampoco es de por aquí. Quizá sea del mismo sitio que usted. Su madre de usted, ¿dónde pasó la mayor parte de su vida, si me permite la pregunta?

—¿Dice usted..., dice usted, Antón Antonovich, que él tampoco es de por aquí?

—No, no lo es. Pues sí, es algo prodigioso —prosiguió el locuaz Antón Antonovich, para quien chacharear de cualquier cosa era un genuino deleite—. Es algo que no puede menos de despertar curiosidad. ¡Hay que ver las veces que pasa uno junto a él, se roza o incluso tropieza con él, y no se da uno cuenta! Pero no se preocupe. Estas cosas pasan pronto. Mire, le voy a decir algo. Eso mismo le ocurrió a una tía materna mía. Antes de morir vio a su propio doble delante de ella...

—No, señor. Yo..., perdone que le interrumpa, Antón Antonovich..., yo, Antón Antonovich, lo que quisiera saber es cómo este empleado..., o sea, en qué situación está aquí.

—Ocupa el puesto que quedó vacante con la muerte de Semion Ivanovich. Quedó vacante ese puesto y ahí lo han colocado. ¡Qué buena persona era el difunto Semion Ivanovich! Dicen que ha dejado tres hijos, los tres todavía pequeños. La viuda cayó a los pies de Su Excelencia, Sin embargo, dicen que

ella tiene algo puesto a buen recaudo, algún dinerillo, y que lo esconde...

—No, Antón Antonovich. Yo en lo que pienso es todavía en lo otro.

—¿Y eso qué es? ¡Ah, sí! ¿Pero por qué se preocupa tanto por ello? Ya le he dicho que no tiene por qué inquietarse. Eso es cosa del momento. ¿Y qué más da? ¿Qué le va a usted en ello? Es un designio de Dios, es Su voluntad, y sería pecado refunfuñar contra ello. En eso se revela Su infinita sabiduría. Y, por lo que se me alcanza, Yakov Petrovich, en ello no lleva usted culpa alguna. ¡Como si no hubiera bastantes cosas raras en este mundo! La madre Naturaleza es generosa. Y no le pediré que conteste a eso, porque a eso no puede uno contestar. A propósito, por vía de ejemplo, supongo que habría oído hablar de los..., ¿cómo los llaman? ¡Ah, sí! Hermanos siameses, que nacieron pegados por la espalda, y así viven y comen y duermen. Tengo entendido que ganan mucho dinero.

—Permítame, Antón Antonovich...

—Le comprendo, le comprendo. Sí, pero ¿a qué viene eso? No es nada. Ya le digo que, a mi entender, no hay por qué preocuparse. ¿Qué tiene de particular? Es un empleado como otro cualquiera y, por lo visto, hombre capaz. Habló personalmente con Su Excelencia.

—¡Ah! ¿Y de qué?

—De nada especial. Dicen que dio cuenta cabal de sí mismo y que presentó su caso de modo razonable: «Que esto, que aquello, que lo de más allá, Excelencia. Carezco de medios. Quisiera ingresar en el servicio y muy particularmente bajo su digna dirección...» En fin, que dijo bien lo que se dice en tales casos. Debe de ser listo. Y, por supuesto, se presentó con recomendaciones. Porque sin ellas no se va a ninguna parte...

—Bueno, pero ¿de quién?... Lo que quiero saber es quién anda metido en este indecente asunto.

—Por lo visto fue una buena recomendación. Dicen que Su Excelencia se lo contó riendo a Andrei Filippovich,

—¿Que se lo contó riendo?

—Sí. Se rió y dijo que bueno, que por su parte no había inconveniente con tal que hiciese bien su trabajo...

—¿Y qué más hubo? Me anima usted bastante, Antón Antonovich. Le ruego que me diga lo que hubo después.

—Perdone, pero todavía no... Bueno, sí, no importa. Algo muy sencillo. Le digo una vez más que no tiene por qué inquietarse, porque el caso nada tiene de inquietante...

—No, señor. Lo que quiero preguntarle, Antón Antonovich, es si Su Excelencia dijo algo más..., algo de mí, por ejemplo.

—¡Pues claro! ¡Sí, señor! O, mejor dicho, no. No dijo nada. Puede usted estar completamente tranquilo. Por supuesto, ¿sabe usted?, hay algo sorprendente, y al principio... Bueno, yo mismo casi no lo noté al principio. Francamente, no sé por qué no lo noté hasta que usted me lo advirtió. Pero puede estar perfectamente tranquilo. No dijo nada de particular. Absolutamente nada —añadió el bueno de Antón Antonovich levantándose de su asiento.

—Pues es que yo, Antón Antonovich...

—¡Ah, perdone! He estado chapurreando nimiedades y tengo un asunto importante y urgente. Debo atender a él.

—¡Antón Antonovich! —se oyó la llamada cortés de Andrei Filippovich—. Su Excelencia pregunta por usted.

—¡Al momento, Andrei Filippovich, al momento voy! —y cogiendo un montón de papeles, Antón Antonovich se acercó a toda prisa a Andrei Filippovich y luego fue al despacho de Su Excelencia.

—¡Conque ésas tenemos! —dijo para sí el señor Goliadkin—. ¡Conque ése es el juego! No está mal. La cosa ha dado un giro inmejorable —se decía nuestro héroe para su capote, frotándose las manos y olvidándose en su gozo de cuanto le rodeaba—. Así, pues, nuestro asunto es común y corriente. Todo acaba en agua de borrajas, sin dejar rastro. Nadie ha notado nada. ¡Y esos pillos no dicen ni pío! Siguen sentados trabajando en sus cosas. ¡Estupendo! ¡Estupendo! Estimo a ese buen hombre, lo he estimado siempre y estoy siempre dispuesto a respetarlo... Pero ahora que lo pienso, temería mucho fiarme de él. Este Antón Antonovich está demasiado chocho y casi se cae de viejo. No obstante, lo estupendo y capital es que Su Excelencia no ha dicho nada y ha echado tierra al asunto. ¡Eso es lo bueno! Sólo que... ¿por qué tiene Andrei Filippovich que meterse con sus risitas donde no lo llaman? ¿A él qué le va en ello? ¡Viejo zorro! Siempre se me atraviesa en el camino. Siempre se cruza por delante como un gato negro. Siempre cruzándose y fastidiando...

Una vez más el señor Goliadkin miró a su alrededor y cobró ánimos. Sin embargo, le inquietaba un pensamiento vago y enojoso. Incluso llegó a acariciar la idea de provocar a sus compañeros, de tomarles la delantera y, al salir de la oficina o al acercarse a ellos so pretexto de algún asunto, decirles entre una cosa y otra: «Pues tal y tal señores, tal y tal... ¡Hay que ver qué parecido! ¡Cosa rara! ¡Una comedia de errores!...» En suma,

tomarlo todo a chirigota y sondear de ese modo la hondura del peligro por aquello de que de donde menos se piensa salta la liebre. Así cavilaba nuestro héroe. Pero eran sólo cavilaciones y cambió de parecer a tiempo. Comprendió que eso sería llevar las cosas demasiado lejos.

—¡Qué talante el tuyo! —se dijo, golpeándose la frente con la mano—. Ahora te sientes retozón. Estás feliz. ¡Qué alma cándida la tuya! No, Yakov Petrovich, más vale que tengamos paciencia. Que esperemos y tengamos paciencia.

En todo caso, como ya se ha indicado, el señor Goliadkin se sintió renacer con nueva esperanza, como si hubiera resucitado de entre los muertos.

—¡Nada, nada! —pensaba—. ¡Igual que si me hubiesen quitado una losa de encima! «Basta con levantar la tapa», como dice Krylov en su fábula. Y Krylov lleva razón. Sí, Krylov lleva razón. ¡Qué ojo el de ese Krylov! ¡Y qué gran fabulista! En cuanto al otro sujeto, pues bien, que trabaje aquí, que trabaje enhorabuena. Con tal que no se meta en nada ni fastidie a nadie. ¡Que trabaje! Estoy conforme y doy mi visto bueno.

Entre tanto pasaban fugaces las horas y dieron las cuatro antes de que el señor Goliadkin se percatara de ello. Se cerraron las oficinas. Andrei Filippovich tomó el sombrero y, como de costumbre, todos le imitaron. El señor Goliadkin se retrasó un poco, sólo el tiempo necesario, y salió adrede después de los demás, en último lugar, cuando ya todos sus compañeros se dispersaban en varias direcciones. Una vez en la calle, se vio en la gloria, tanto así que sintió el deseo de dar un rodeo e ir por el Nevski Prospekt.

—¡Así es la suerte! —dijo nuestro héroe—. Un cambio radical e inesperado en el asunto. Y, además, el tiempo ha mejorado. Hay helada y se ven trineos. Al ruso le sienta bien la helada. Hace buenas migas con ella. Amo a los rusos. Y hay una nievecilla recién caída, «en polvo», como diría un cazador. ¡Tiempo de cazar liebres, con la nieve «en polvo»! En fin, no importa.

Así se manifestaba el contento del señor Goliadkin, pero algo semejante a una congoja seguía hurgándole en la cabeza. De vez en cuando notaba punzadas en el corazón que no acertaba a calmar.

—Sin embargo, esperemos un día más antes de cantar victoria. ¿Pero qué es lo que me pasa? Bueno, pensemos y veamos. A ver, joven amigo mío, pongámonos a reflexionar. En primer lugar, es un hombre igual que tú, exactamente igual que

tú. Bueno, ¿y qué? ¿Acaso he de echarme a llorar porque hay un hombre así? ¿A mí qué? Yo estoy fuera de todo. ¡No me importa un comino, y basta! Lo acepto, y nada más. ¡Que trabaje! Pero es extraño y prodigioso eso que dicen de los hermanos siameses... ¿Pero por qué sacarlos a colación? Pongamos que son mellizos, pero ¿es que no hay también grandes hombres que a veces parecen ridículos? Hasta la historia nos dice que el célebre Suvorov cantaba como un gallo... Claro que por motivos políticos. Y hasta los grandes generales..., sí, pero ¿qué son los generales? Yo sigo mi camino, eso es todo. No quiero saber de nadie y, siendo inocente, desprecio a mis enemigos. No soy un intrigante y de ello me enorgullezco. Franco, probo, pulcro, afable, aseado...

El señor Goliadkin calló de pronto, se echó a temblar como un azogado y cerró los ojos momentáneamente. En la esperanza, sin embargo, de que la causa de su terror fuera una ilusión, volvió a abrirlos y tímidamente miró de reojo a su derecha. ¡No, no era una ilusión!... Junto a él trotaba sonriente el sujeto a quien había conocido esa mañana. Y éste le miraba cara a cara y aguardaba, por lo visto, una coyuntura para entablar conversación con él. Pero no hubo conversación. Ambos caminaron de tal guisa cincuenta pasos. Todo el afán del señor Goliadkin se cifraba en embozarse todo lo posible, en sepultarse en su gabán y encasquetarse el sombrero hasta los mismísimos ojos. Para colmo de agravio, también el abrigo y el sombrero del otro eran idénticos a los del señor Goliadkin. Diríase que se los habían arrancado de su propio cuerpo.

—Señor mío —dijo al cabo nuestro héroe, procurando reducir su voz a un susurro y sin mirar a su acompañante—, me parece que llevamos camino diferente... Estoy seguro de ello —agregó tras breve pausa—. Estoy seguro de que me entiende usted perfectamente —añadió en conclusión con notable severidad.

—Yo quisiera... —dijo por fin el acompañante del señor Goliadkin—, yo quisiera..., perdóneme, por favor..., no sé a quién acudir aquí..., en mi situación. Espero que perdone mi impertinencia, pero llegó a parecerme que, movido por la simpatía, mostró usted algún interés por mí esta mañana. Yo, por mi parte, me sentí atraído hacia usted desde el primer instante. Yo...

En este punto el señor Goliadkin deseaba secretamente que a su nuevo colega se lo tragara la tierra.

—Si me atreviera a esperar, Yakov Petrovich, que se dignase escucharme...

—Aquí..., aquí estamos... Lo mejor será que vayamos a mi casa —repuso el señor Goliadkin—. Crucemos ahora al otro lado del Nevski Prospekt. Será más conveniente para los dos... Y luego por esa callejuela... Mejor será que hagamos eso.

—Sí, muy bien. Tomemos por esa callejuela —dijo con timidez el sumiso acompañante del señor Goliadkin, dando a entender por el tono de su respuesta que a él no le cumplía escoger y que, en su situación, estaba dispuesto a contentarse con la callejuela. El señor Goliadkin, a su vez, no comprendía nada de lo que le pasaba. No daba crédito a sus sentidos. Todavía no había salido de su asombro.

Capítulo VII

Logró reponerse un poco en la escalera, ante la puerta de su domicilio.

—¡Qué cabeza de chorlito la mía! —se increpó mentalmente—. ¿Pero a dónde le llevo? Me estoy echando yo mismo la soga al cuello. ¿Qué pensará Petrushka al vernos juntos? ¿Qué pensará ese pícaro ahora? Con lo suspicaz que es...

Pero ya era tarde para volverse atrás. El señor Goliadkin llamó, se abrió la puerta y Petrushka empezó a despojar de los abrigos a su amo y al acompañante de éste. El señor Goliadkin lanzó una mirada fugaz a Petrushka, tratando de descifrar por la expresión de su cara lo que estaba pensando. Pero, con gran asombro suyo, vio que su criado no manifestaba sorpresa alguna. Al contrario, parecía haber esperado algo semejante. Por supuesto, tenía el gesto ceñudo de siempre, miraba de través y parecía estar a punto de emprenderla a mordiscos con alguien.

—¿No estaremos todos embrujados hoy? ¿No andará suelto algún demonio por aquí? Sin duda algo singular le ocurre hoy a la gente. ¡Vaya mortificación!

A este género de reflexiones estaba entregado el señor Goliadkin mientras conducía a su cuarto a su acompañante y le invitaba humildemente a tomar asiento. El visitante daba muestra de agudo azoramiento y no menos aguda timidez. Seguía dócilmente con la vista los movimientos del dueño de la casa y recogía las miradas de éste como esforzándose por adivinar lo que pensaba. Había algo abyecto, servil, espantadizo, en cada uno de sus gestos, hasta el punto de que, si cabe la comparación, se parecía en ese momento a un hombre que, no teniendo ropa propia, se ha puesto la ajena, nota que se le suben las mangas, que lleva la cintura cerca del cogote y que a cada instante tiene que tirar del exiguo y deleznable chaleco; a un hombre que trata de escurrir el bulto, de desaparecer metiéndose

en cualquier sitio, o que, por el contrario, mira a la gente cara a cara para ver si habla de él por razón de su atavío, o se ríe o se avergüenza de él; o a un hombre que se abochorna, se aturulla y que se siente lastimado en su amor propio... El señor Goliadkin había puesto su sombrero en la repisa de la ventana. A causa de un movimiento descuidado el sombrero cayó al suelo. El visitante se lanzó veloz a recogerlo, le limpió el polvo, lo volvió a colocar en el sitio de antes, a la vez que ponía el suyo en el suelo, junto a una silla, al borde de la cual tomó asiento sumisamente. Este pequeño incidente sirvió en cierto modo de lección al señor Goliadkin. Habiendo comprendido lo extremada que era la necesidad de su visitante, no tuvo ya que preocuparse de cómo empezar la conversación, sino que dejó a éste, como era debido, que la iniciara. El visitante, por su parte, tampoco se arrancaba, aunque si era por timidez, por vergüenza o por esperar a que lo hiciera el dueño de la casa es difícil de saber. En ese momento se presentó Petrushka, que se quedó plantado en la puerta, fijos los ojos en el rincón del aposento lo más alejado posible de aquel en que estaban el visitante y su amo.

—¿Quiere que traiga comida para dos? —preguntó con voz bronca y apática.

—No..., no sé... Sí, tráela para dos.

Petrushka salió. El señor Goliadkin lanzó una ojeada a su visitante. Este enrojeció hasta la raíz del cabello. El señor Goliadkin era hombre de buen corazón y al momento formuló una teoría.

—¡Pobre hombre! —pensó—. Lleva sólo un día en la oficina. En su tiempo de seguro las habrá pasado negras. Quizá toda su hacienda sea lo que lleva encima y no tenga que comer. ¡Hay que ver lo agobiado que está! En fin, no importa. Hasta cierto punto así es mejor...

—Perdone que... —empezó el señor Goliadkin—. Permítame preguntarle cómo debo llamarlo.

—Pues..., pues... Yakov Petrovich —respondió el visitante en un medio susurro, como si algo le remordiera y abochornara, como si se disculpara por llamarse también Yakov Petrovich.

—¡Yakov Petrovich! —repitió nuestro héroe, incapaz de ocultar su confusión.

—Sí, señor... Exactamente... Soy tocayo de usted —respondió el apocado visitante, atreviéndose a sonreír y decir algo festivo. Pero notando que el señor Goliadkin no estaba para bromas guardó silencio y puso cara grave y hasta desconcertada.

—Usted... ¿Puedo preguntarle a qué debo el honor?...

—Sabiéndolo generoso y honrado —le interrumpió, rápido aunque tímido, el visitante, medio levantándose de su silla—, me he atrevido a dirigirme a usted para solicitar... su amistad y protección... —concluyó el visitante, que por lo visto se expresaba con empacho y escogía palabras ni demasiado lisonjeras para su interlocutor ni humillantes para sí mismo, a fin de no herir su amor propio, pero tampoco lo bastante atrevidas para sugerir una improcedente igualdad. Cabe decir que, en general, el visitante se comportaba como un mendigo bien nacido, con una levita remendada y un pasaporte en el bolsillo que atestigua su buena estirpe, como un mendigo que aún no ha aprendido a alargar la mano.

—Me desconcierta usted —respondió el señor Goliadkin, mirándose a sí mismo y mirando luego a su visitante y las paredes de la habitación—. ¿En qué puedo yo?... Lo que quiero decir es ¿en qué puedo yo serle útil?

—Yo, Yakov Petrovich, me sentí atraído hacia usted desde el primer instante y (apelo a su generosidad para que me perdone) me he atrevido a cifrar en usted mis esperanzas. Aquí me siento perdido. Soy pobre, he sufrido mucho, Yakov Petrovich, y tengo que volver a empezar. Habiéndome enterado de que usted, con las buenas cualidades innatas de un noble espíritu, tiene el mismo nombre que yo...

El señor Goliadkin arrugó la frente.

—... que tenemos el mismo nombre y somos del mismo sitio, he decidido dirigirme a usted y exponerle mi precaria situación.

—Bien. Francamente, no sé qué decirle —contestó turbado el señor Goliadkin—. Mire, hablaremos después de la comida...

El visitante se inclinó. Trajeron la comida. Petrushka puso la mesa y anfitrión y huésped se dispusieron a satisfacer el apetito. Le comida no duró mucho porque ambos comieron de prisa: el anfitrión porque no las tenía todas consigo y, por añadidura, se avergonzaba de que el condumio fuese tan malo, cuando hubiera deseado obsequiar bien a su visitante y mostrarle que no vivía en la indigencia; el invitado, a su vez, porque era muy apocado y estaba azotadísimo. Habiendo tomado un primer trozo de pan, temía, después de comérselo, alargar la mano para tomar un segundo. Procuraba escrupulosamente no servirse lo mejor de nada y afirmaba a cada momento no tener el menor apetito. Aseguraba que la comida era deliciosa, que por su parte estaba plenamente satisfecho y la recordaría el resto de sus días. Cuando terminaron de comer, el señor Goliadkin encendió su pipa y ofreció al invitado otra que guardaba para los amigos.

Ambos se sentaron frente a frente y el visitante empezó a narrar sus aventuras.

La historia del señor Goliadkin II duró tres o cuatro horas, aunque estaba compuesta de incidentes baladíes y, casi cabe decir, mezquinos. Era algo relativo a su servicio en una audiencia de provincia, a fiscales y presidentes de tribunal, a intrigas oficinescas, a la depravación de cierto oficial mayor, a un inspector general, a la sustitución sumaria de un jefe de negociado, y a cuánto había padecido el señor Goliadkin II sin culpa alguna de su parte. Habló de una anciana tía suya llamada Pelageya Semionovna; de cómo por intrigas de sus enemigos había perdido su destino y venido a pie a Petersburgo; de sus privaciones y penalidades aquí; de cuánto tiempo anduvo buscando en vano un empleo en la capital; de cómo se había quedado sin fondos, habiendo gastado los últimos en comer; de cómo había vivido casi en la calle, manteniéndose de pan duro humedecido con sus propias lágrimas y durmiendo en el suelo; y de cómo, por fin, una buena persona se había tomado la molestia de venir en su ayuda, recomendándolo y encontrándole generosamente una nueva colocación. El visitante del señor Goliadkin lloró mientras contaba todo ello, enjugándose las lágrimas con un pañuelo azul a cuadros que más parecía un pedazo de hule. Concluyó abriendo su pecho al señor Goliadkin y confesando que de momento no sólo no tenía con qué vivir ni dónde vivir con decencia, sino que tampoco podía vestirse como Dios manda. Agregó en conclusión que ni siquiera había podido procurarse dinero para un par de botas usadas y que el uniforme que llevaba se lo habían prestado por breve tiempo.

El señor Goliadkin quedó conmovido, genuinamente afectado. Aunque la historia de su visitante era de lo más trivial, las palabras con que la había contado cayeron sobre su corazón como maná venido del cielo. Lo cierto era que el señor Goliadkin había olvidado sus incertidumbres de antes, abierto su corazón a la libertad y al gozo y, por último, tildándose para sus adentros de mentecato. ¡Era todo tan natural! ¿Acaso había habido motivo de aturdimiento y alarma? Pero quedaba, no obstante, un punto delicado aunque de poca importancia, algo que no podía deshonrar a un hombre, ni herir su amor propio, ni perjudicar su carrera, dado que ese hombre era inocente y que la Naturaleza misma andaba metida en el asunto. A mayor abundamiento el visitante solicitaba protección, lloraba, culpaba su mala suerte. ¡Parecía tan simple, tan falto de maña y malicia, tan lamentable y poca cosa! Además, aunque quizá por otros motivos, él también

se avergonzaba de la extraña semejanza que tenía con su anfitrión. Su conducta no podía ser más intachable. Su expresión denotaba el deseo de agradar al dueño de la casa y era la de un hombre a quien le remuerde la conciencia y se siente culpable ante otro. Si la conversación versaba, por ejemplo, sobre alguna cuestión debatible, el invitado se manifestaba al momento conforme con la opinión del señor Goliadkin. Si por error su parecer contradecía el del señor Goliadkin y se percataba del error, al punto rectificaba lo dicho, se explicaba y daba a entender que sus ideas concordaban en todo con las del anfitrión, que pensaba igual que éste y lo veía todo desde idéntico punto de vista. En resumen, el invitado hizo cuanto pudo para granjearse la simpatía del señor Goliadkin, por lo que éste concluyó que era un sujeto en todo respecto amabilísimo.

Mientras tanto Petrushka había servido té. Hacía rato que habían dado las ocho. El señor Goliadkin se hallaba en excelente estado de ánimo, se puso contento, retozón, se «soltó» un poco y acabó por entablar una conversación animada y entretenida con su huésped. Cuando estaba de buen humor, el señor Goliadkin gustaba de contar algo interesante. Así ocurrió esta vez. Contó a su invitado muchas cosas acerca de la capital, de sus bellezas y diversiones, del teatro, de los clubs, del cuadro de Briullov. Le refirió cómo habían venido de Inglaterra a Petersburgo dos ingleses con el único propósito de ver la verja del Jardín de Verano y cómo habían regresado a su país inmediatamente después de verla. Le habló de la oficina, de Olsufi Ivanovich y Andrei Filippovich; de que Rusia se acercaba por momentos a la perfección y del crecimiento de las ciencias y las letras; de una anécdota que había leído poco antes en La Abeja del Norte; de que en la India hay una serpiente boa sumamente fuerte; y, finalmente, del barón Brambeus. En una palabra, el señor Goliadkin se sentía enteramente satisfecho: primero, porque estaba absolutamente tranquilo; segundo, porque no sólo no temía a sus enemigos, sino que estaba dispuesto a retarlos a un combate decisivo, y tercero, porque se había erigido en protector de alguien, con lo que por fin hacía algo bueno. En su fuero interno, sin embargo, se confesaba que aún no era del todo feliz en ese momento, que todavía le hurgaba en el corazón un ligerísimo malestar. Lo que más le atormentaba era el recuerdo de lo sucedido la víspera en casa de Olsufi Ivanovich. En ese momento daría cualquier cosa por borrar de su memoria algo de lo ocurrido el día anterior.

—Pero, en fin, no importa —pensó, decidiendo que en

adelante se portaría como era menester y no daría resbalones semejantes.

Ahora que se sentía relajado y se juzgaba casi plenamente feliz, al señor Goliadkin se le metió entre ceja y ceja que debía disfrutar de la vida. Petrushka trajo ron y preparó un ponche. El anfitrión y su invitado tomaron un vaso, seguido pronto de otro. El visitante se mostraba aún más amable que antes y dio a su vez repetidas muestras de tener un carácter franco y festivo. Compartió de buen grado el excelente humor del señor Goliadkin, pareció gozar con el gozo de éste y llegó a tenerle por su único bienhechor verdadero. Tomó una pluma y una hojita de papel, pidió al señor Goliadkin que no mirase y cuando hubo concluido le mostró lo que había escrito. Resultó ser una cuarteta harto sentimental, pero compuesta con buen estilo y hermosa letra y, sin duda, de su propia cosecha:

Yo siempre pensaré en ti
aunque llegues a olvidarme.
Si bien la vida es voluble,
no dejes de recordarme.

Con lágrimas en los ojos el señor Goliadkin abrazó a su visitante y, embargado de emoción, acabó por confiarle algunos de sus secretos, en particular los relativos a Andrei Filippovich y Klara Olsufievna.

—Sí, Yakov Petrovich, tú y yo seremos amigos —dijo nuestro héroe a su visitante—. Tú y yo, Yakov Petrovich, seremos como la uña al dedo. Como gemelos. Ya verás cómo les ganaremos por la mano. Sí, señor, les ganaremos tú y yo. Les armaremos nuestra propia trampa para que se joroben..., eso es, para que se joroben. No te fíes un pelo de ninguno de ellos. Como te conozco, Yakov Petrovich, y sé cómo eres, irás y se lo contarás todo. Porque eres limpio de corazón. ¡Pero no te acerques a ninguno de ellos, amigo!

El visitante asintió a todo, dio las gracias al señor Goliadkin y derramó también unas lágrimas.

—¿Sabes lo que te digo, Yasha? —prosiguió el señor Goliadkin con voz débil y trémula—. Pues que te vengas a vivir conmigo por algún tiempo o incluso para siempre. Nos llevaremos bien. ¿Qué te parece? ¿Eh? No te preocupes ni murmures avergonzado por lo del extraño parecido entre nosotros. Murmurar es un pecado, amigo. ¡Esto es cosa de la Naturaleza! Y la madre Naturaleza es generosa, amigo Yasha. Te digo esto porque te

estimo, porque te estimo fraternalmente. Les ganaremos por la mano, Yasha. Les ganaremos tú y yo. Les armaremos nuestra propia trampa y veremos quién es el último que se ríe.

Habían tomado un tercer vaso de ponche y luego un cuarto, y el señor Goliadkin empezó a notar dos cosas: primera, que era insólitamente feliz, y segunda, que no podía tenerse de pie. El visitante fue invitado, por supuesto, a pasar la noche. De algún modo se improvisó una cama con dos filas de sillas. El señor Goliadkin II dijo que bajo un techo amigo el duro suelo es cama blanda y que dormiría en cualquier sitio con humildad y agradecimiento; que ahora estaba en el paraíso; que durante su vida había conocido muchas desgracias y sinsabores; que había visto y sobrellevado muchas cosas y que, habida cuenta del futuro incierto, acaso tendría que sobrellevar muchas más todavía. El señor Goliadkin I protestó contra esto e intentó demostrar que el hombre debe poner toda su confianza en Dios. El visitante manifestó su completa conformidad y dijo que, por supuesto, no hay nadie como Dios. Aquí el señor Goliadkin I hizo notar que, hasta cierto punto, los turcos tienen razón cuando aun en sueños invocan el nombre de Dios. Sin aceptar las imposturas y calumnias con que algunos eruditos tratan al profeta turco Mahoma, y reconociendo que a su modo fue un gran político, el señor Goliadkin I comentó a continuación un relato muy interesante acerca de una barbería argelina que había leído en alguna miscelánea. Anfitrión e invitado se rieron mucho de la simpleza de los turcos, pero no pudieron menos de maravillarse de la fantasía que tienen alimentada por el opio...

Por fin el visitante empezó a desnudarse y el señor Goliadkin I pasó al otro lado del tabique, en parte porque, siendo bondadoso, pensaba que aquél quizá no tuviera una camisa decente y no era cosa de avergonzar una vez más a un hombre que ya había sufrido bastante; y en parte también, para tranquilizarse en lo posible respecto a Petrushka, sondear a éste, ponerle de buen humor si cabía, mostrarse amable con él para que todos fuesen felices y no quedase cabo por atar. Debe advertirse que Petrushka seguía preocupando un poco al señor Goliadkin.

—Ve a acostarte, Petrushka —dijo con dulzura, entrando en el cuarto de su criado—. Acuéstate ahora y despiértame mañana a las ocho. ¿Entiendes?

El señor Goliadkin hablaba con suavidad y amabilidad desusadas, pero Petrushka guardaba silencio. Trajinaba alrededor de su cama y ni siquiera se volvió para mirar a su amo, lo que

debiera haber hecho por simple respeto.

—¿Me has oído, Petrushka? —prosiguió el señor Goliadkin—. Acuéstate ahora y despiértame mañana a las ocho. ¿De acuerdo?

—¿Es que no tengo memoria? —murmuró Petrushka entre dientes.

—Vaya, vaya, Petrushka. Te lo digo sólo para que estés tranquilo y contento. Ahora que todos somos felices, tú también debes estar tranquilo y contento. Y ahora te deseo que pases una buena noche. Duerme, Petrushka, duerme. Todos tenemos que trabajar... Y no vayas a pensar que...

El señor Goliadkin no concluyó lo que iba a decir.

—¿No habrá sido demasiado? —cavilaba—. ¿No habré ido demasiado lejos? Así me sucede siempre. Siempre me paso de rosca.

Nuestro héroe salió del cuarto de Petrushka muy descontento de sí mismo. Además, la grosería y tozudez de su fámulo le habían ofendido un tanto.

—Trata uno de congraciarse con él, de honrarlo, y el muy bribón no lo agradece —pensaba el señor Goliadkin—. Pero así es la gente de esta laya.

Tambaleándose un poco volvió a su habitación y, al ver a su visitante acostado, se sentó un momento junto a él.

—Vamos, Yasha, reconócelo —murmuró sacudiendo la cabeza —. Tú tienes la culpa, ¡so pillo! Tú eres el que ha tomado mi nombre... —agregó, chanceándose familiarmente con su visitante.

Al cabo, el señor Goliadkin se despidió de él amistosamente y se fue a dormir. El visitante empezó a roncar. A su vez, el señor Goliadkin se metió en la cama y se dijo con una risita:

—Hoy estás borracho, amigo Yakov Petrovich. ¡Menudo pícaro eres! ¡Pobre Goliadkin! ¡Y vaya apellido que gastas! ¿De qué estás tan contento? Porque mañana será la de llorar. ¡Con lo quejica que eres! ¿Qué voy a hacer contigo?

En ese momento el señor Goliadkin se sintió penetrado de una extraña sensación análoga a la duda o el remordimiento. «Me he sobrepasado un poco —pensaba—. Ahora me zumban los oídos y estoy borracho. Y no me contuve, ¡idiota que soy! No decía más que bobadas cuando quería decir agudezas. Por supuesto, perdonar y olvidar las ofensas es la primera de todas las virtudes. ¡Pero está mal de todos modos! ¡Está mal!»

En ese punto el señor Goliadkin se levantó, tomó la bujía y fue de puntillas a mirar otra vez al durmiente. Largo tiempo estuvo observándolo, sumido en honda meditación.

—El cuadro no es nada bonito. ¡Una parodia! ¡Una verdadera parodia! ¡Ni más ni menos!

Por fin se acostó. Le zumbaban los oídos, le retumbaba y estallaba la cabeza. Empezó a aletargarse... Hacía esfuerzos por pensar en algo, por recordar algo sumamente interesante, por decidir algo tan importante como peliagudo, pero no pudo. El sueño descendió sobre su victoriosa cabeza y se durmió como por lo común se duermen los que no están habituados a beberse de un tirón cinco vasos de ponche durante una amistosa velada.

Capítulo VIII

A la mañana siguiente el señor Goliadkin se despertó, como de costumbre, a las ocho. No bien se hubo despertado cuando recordó todo lo ocurrido la noche anterior. Lo recordó y arrugó el entrecejo.

—¡Me sobrepasé anoche como un tonto redomado! —pensó, incorporándose un poco para mirar la cama del visitante. ¡Mas cuál no sería su sorpresa al ver que ni éste ni su cama estaban en

la habitación!

_—¿Qué es esto? —estuvo por gritar—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué significa este nuevo incidente?

Mientras el señor Goliadkin miraba perplejo y boquiabierto el sitio vacío, chirrió la puerta y entró Petrushka con la bandeja del té.

—¿Pero dónde está? ¿Dónde está? —preguntó nuestro héroe con voz apenas perceptible, indicando el sitio que había cedido la víspera al visitante.

Al principio Petrushka no respondió ni miró siquiera a su amo, sino que volvió los ojos al rincón de la derecha de tal modo que el señor Goliadkin se vio obligado a hacer lo propio. Pero tras breve silencio Petrushka contestó ruda y destempladamente que el amo no estaba en casa.

—¡Yo soy tu amo, Petrushka, mastuerzo! —exclamó el señor Goliadkin con voz entrecortada, clavando la vista en su criado.

Petrushka no respondió, pero lanzó una mirada de tan ofensivo reproche, tan semejante a un insulto a su amo, que éste enrojeció hasta la raíz del cabello. El señor Goliadkin se dio, como se dice, por vencido. Finalmente Petrushka explicó que el otro había salido hacía hora y media sin haber querido esperar. Esta explicación era, por supuesto, verosímil y plausible. Bien se veía que Petrushka no mentía, que la mirada ofensiva y la expresión «el otro» no eran sino resultado del repulsivo incidente que ya conocemos. Pero, con todo, comprendía, aunque vagamente, que había algo que no estaba bien y que el destino le preparaba alguna otra sorpresa no del todo agradable.

—Bueno, ya veremos —pensaba—. Ya veremos. Y a su debido tiempo entraremos en el fondo del asunto... ¡Ay, Dios mío! —concluyó gimiendo y en tono distinto—. ¿Por qué lo invité? ¿Con qué objeto lo hice? ¿Por qué me he puesto yo mismo la soga al cuello y he apretado el nudo? ¡Ay, qué cabeza la mía! ¿Por qué no puedo dominarme, sino que salgo cotorreando como un chicuelo, como un escribiente de poco más o menos, como un cualquiera sin oficio ni beneficio, como un miserable desarrapado e indecente? ¡Chismorrero! ¡Vieja comadre!... ¡Ay, santos del cielo! ¡Y el bribón escribió versos y dijo que me tenía afecto!... ¿Cuál será la mejor manera de enseñarle la puerta si vuelve? Por supuesto, hay muchos modos de hacerlo. Podría decirle, por ejemplo, que con mi sueldo modesto... O asustarlo diciéndole, por ejemplo, que, después de tomar en cuenta tal y cual, me veo obligado a hacerle comprender que... debe pagar por adelantado la mitad del alquiler y la comida. ¡Hum! ¡Eso no puede ser! ¡Qué

demonio! Eso me desacredita. Eso no es lo bastante cortés. Quizá lo mejor será sugerir a Petrushka que le haga algún desaire, que le diga alguna grosería o se porte mal con él, y así quitármelo de encima. Ponerlos de uñas uno con otro... ¡No, qué demonio! Eso es peligroso y desde cierto punto de vista no está bien. ¡Nada bien! Pero ¿y si no vuelve? Eso tampoco estará bien. ¡Me fui de la lengua anoche!... ¡La cosa tiene mal cariz, no cabe duda! ¡Qué mal va el asunto! ¡Maldita cabeza la mía! No acierto a meter en ella lo que necesita. ¡Ni a martillazos puedo meter en ella sentido común! Pero ¿y si vuelve y dice que no? ¡Que vuelva, por Dios santo! Me gustaría mucho que volviera. Daría cualquier cosa porque volviera...

Así cavilaba el señor Goliadkin mientras bebía el té a toda prisa sin apartar los ojos del reloj.

—Las nueve menos cuarto ya. Hora de irse. Algo va a pasar, pero ¿qué será? Me gustaría saber qué es precisamente lo que aquí se oculta: con qué propósito, con qué intención, y cuáles serán los escollos. Me gustaría saber qué fin se proponen estos señores y cuál será el primer paso que den...

El señor Goliadkin no pudo aguantar más y, dejando la pipa a medio fumar, se vistió y fue a la oficina con el deseo de salir al encuentro del peligro y cerciorarse de todo con sus propios ojos. Y en cuanto a peligro, lo había. ¡Bien sabía él que lo había!

—Ahora desentrañaremos lo que hay en ello —dijo el señor Goliadkin despojándose del gabán y los chanclos en el vestíbulo-. Ahora llegaremos al fondo del asunto.

Habiendo resuelto, pues, lo que le cumplía hacer, nuestro héroe se estiró la levita y asumió un porte decoroso y oficial. Estaba a punto de pasar a la sala contigua cuando tropezó de pronto, en la misma puerta, con su amigo y compañero de la víspera. El señor Goliadkin II no pareció advertir la presencia del señor Goliadkin I, aunque casi se dio de narices con él. El señor Goliadkin II parecía atareado e iba de prisa, jadeante, a algún sitio. Su aspecto era tan protocolario, tan de hombre de negocios, que cualquiera que le viese diría: «Lleva un encargo especial...»

—¡Ah! ¿Eres tú, Yakov Petrovich? —dijo nuestro héroe cogiendo del brazo a su visitante de la víspera.

—Ahora no. Perdone. Dígamelo más tarde —exclamó el señor Goliadkin II, avanzando a toda prisa.

—Pero disculpe, Yakov Petrovich. Yo creía que usted...

—¿Qué dice? ¡Explíquese de prisa! —el visitante del señor Goliadkin se detuvo, como haciendo un esfuerzo y a

regañadientes, y puso el oído delante de la nariz del señor Goliadkin.

—Confieso, Yakov Petrovich, que me asombra su comportamiento..., comportamiento que de ningún modo esperaba de usted.

—Cada asunto requiere su trámite particular. Preséntese al secretario de Su Excelencia y luego, como es de rigor, solicítelo al jefe de negociado. ¿Trae una solicitud?

—¡Vamos, hombre! ¡Me asombra usted, Yakov Petrovich! O no me reconoce usted o está usted de broma, por la innata jovialidad de su carácter.

—¡Ah! ¿Es usted? —dijo el señor Goliadkin II como si sólo ahora hubiese reconocido al señor Goliadkin I— ¿Conque es usted? Bueno, ¿qué? ¿Pasó una buena noche?

Aquí el señor Goliadkin II sonrió levemente; una sonrisa formularia y oficial, aunque no como la que hubiera convenido, porque en fin de cuentas estaba en deuda de gratitud con el señor Goliadkin I. Y así, pues, sonriendo formularia y oficialmente, agregó que se alegraba mucho de que el señor Goliadkin hubiera pasado una buena noche. Luego hizo una leve reverencia, dio con ligereza dos o tres pasos, miró a derecha e izquierda y al suelo, se dirigió a una puerta lateral y, murmurando atropelladamente que «llevaba un encargo especial», se coló en e cuarto contiguo. Desapareció como por ensalmo.

—¡Pues sí que es broma! —susurró nuestro héroe quedándose momentáneamente estupefacto—. ¡Pues que es broma! ¡Conque así está la cosa!... —en ese momento el señor Goliadkin sintió un escalofrío por todo el cuerpo—. Ahora bien —prosiguió para sus adentros, dirigiéndose a su negociado—, hace ya mucho tiempo que hablé de esto. Hace ya tiempo que presentía que él tenía un encargo especial. Sin ir más lejos, ayer mismo dije que tenía sin duda un encargo especial...

—Yakov Petrovich, ¿ha terminado ya el documento en que trabajaba ayer? —preguntó Antón Antonovich Setochkin cuando el señor Goliadkin se sentó junto a él.

—Aquí está —murmuró el señor Goliadkin mirando a su oficial mayor con expresión algo turbada.

—Muy bien. Lo digo porque Andrei Filippovich ya ha preguntado por él dos veces. Puede que pregunte una vez más...

—No importa. Está listo.

—¡Ah! ¡Muy bien!

—Que yo sepa, Antón Antonovich, siempre cumplo

escrupulosamente con mi deber, hago con gusto las tareas que me encargan mis superiores y me aplico a ellas con asiduidad.

—Sí. ¿Pero a qué viene eso?

—A nada, Antón Antonovich. Sólo quiero explicar que yo... Lo que quiero decir es que a veces la mala intención y la envidia no perdonan a nadie cuando salen a buscar su abominable pan de cada día...

—Perdone, pero no le entiendo. ¿A quién alude usted ahora?

—Sólo quiero decir, Antón Antonovich, que yo voy derecho por mi camino, que detesto los rodeos, que no soy intrigante y que, si se me permite decirlo, puedo estar justamente orgulloso de ello...

—Sí. Santo y bueno. Y, si lo entiendo bien, reconozco que lo que dice es justo. Pero déjeme advertirle, Yakov Petrovich, que en buena sociedad no se permiten comentarios sobre otras personas. Yo, por ejemplo, estoy dispuesto a tolerar lo que se dice a mis espaldas —porque iquién no cotillea a espaldas de otro!—, pero delante de mí no permito, señor mío, que se digan impertinencias. He llegado a viejo, señor mío, en el servicio a mi patria y en mi vejez no permito que se digan de mí impertinencias…

—No, Antón Antonovich, vea usted... Usted, por lo visto, no ha comprendido lo que he querido decir. Por Dios santo, Antón Antonovich, yo por mi parte no puedo menos de considerar como un honor...

—En ese caso yo también le pido que me perdone. He sido educado a la antigua y ya es tarde para aprender los nuevos modos de la generación de usted. Hasta ahora he tenido bastante ingenio para servir a mi patria. Corno sabe, señor mío, se me ha concedido una medalla por veinticinco años de intachable servicio...

—Lo sé, Antón Antonovich. Me consta plenamente. Pero no hablaba de eso. Hablaba de una máscara, Antón Antonovich...

—¿De una máscara?

—O sea, una vez más... Temo que tampoco me entienda usted a derechas, o, como usted mismo dice, Antón Antonovich, que no capte el sentido de lo que digo. Sólo estoy abordando un tema, desarrollando la idea de que no es rara la gente que lleva máscara, y que hoy día es difícil reconocer al hombre que se oculta tras ella...

—Pues mire, no es tan difícil. A veces incluso es fácil. A veces no hay que ir lejos para encontrarlo.

—No, Antón Antonovich. De mí sé decir que si, por ejemplo,

me pongo una máscara, lo hago sólo cuando hay necesidad de ello, es decir, sólo para el carnaval o una reunión festiva, en el sentido literal de la palabra, pero en sentido figurado, no me pongo una máscara cuando circulo a diario entre las gentes. Eso fue lo que quise decir, Antón Antonovich.

—Bueno. Dejemos eso por el momento. Ahora no tengo tiempo —dijo Antón Antonovich levantándose y recogiendo unos papeles sobre los que iba a informar a Su Excelencia—. Supongo que el asunto de usted no tardará mucho en aclararse. Usted mismo verá a quién debe culpar y a quién acusar. Y le ruego que me ahorre otras explicaciones y comidillas de índole particular que perjudican al trabajo...

—No, Antón Antonovich —dijo el señor Goliadkin palideciendo ligeramente. Pero Antón Antonovich ya se alejaba—. Yo, Antón Antonovich, no pensaba en eso...

—¿Pero qué es esto? —dijo para sí nuestro héroe al quedarse solo—. ¿De dónde vienen los vientos que soplan por aquí? ¿Qué significa esta nueva trapacería?

En ese instante, mientras nuestro héroe, aturdido y casi aplastado, se disponía a despejar esa nueva incógnita, se oyó ruido y considerable movimiento en la sala vecina, se abrió la puerta y Andrei Filippovich, que acababa de estar en el despacho de Su Excelencia atendiendo a algún asunto, apareció jadeante y llamó al señor Goliadkin. Sabiendo éste de qué se trataba y no queriendo hacer esperar a Andrei Filippovich, se levantó de un salto y, como era menester, empezó a trajinar de lo lindo, preparando y ordenando los papeles solicitados y aprestándose él mismo a ir con ellos y con Andrei Filippovich al despacho de Su Excelencia. De repente, y casi por debajo del brazo de Andrei Filippovich, que en ese momento estaba en la puerta, entró precipitadamente el señor Goliadkin II, casi sin aliento por el apremio de su trabajo, con cara de quien cumple una misión protocolaria y sin duda importante. Se fue derecho al señor Goliadkin I, quien estaba lejos de esperar tal embestida...

—¡Los papeles, Yakov Petrovich, los papeles!... Su Excelencia se ha servido preguntar si están listos —murmuró el amigo del señor Goliadkin I en voz rápida y agitada—. Andrei Filippovich le está esperando.

—Lo sé sin que usted me lo diga —dijo el señor Goliadkin I también en voz baja y rápida.

—No, Yakov Petrovich. No quise decir eso. ¡En absoluto quise decir eso, Yakov Petrovich! Lo siento por usted. Lo que me mueve es una sincera preocupación.

—¡Ahórresela, se lo ruego! Y ahora disculpe...

—Los pondrá usted, por supuesto, en una carpeta, Yakov Petrovich, y, por favor, ponga una señal en la tercera página. Permítame, Yakov Petrovich... Pero, por favor, déjeme...

—¡Pero si hay aquí un borrón, Yakov Petrovich! ¿Ha notado que hay un borrón?

En ese momento Andrei Filippovich llamó por segunda vez al señor Goliadkin.

—En seguida, Andrei Filippovich. Sólo un instante.. Tengo aquí..., señor mío, ¿es que no entiende usted el ruso?

—Lo mejor será rasparlo con el cortaplumas, Yakov Petrovich. Déjemelo usted a mí. Usted no lo toque, Yakov Petrovich, y déjemelo a mí. Yo, con el cortaplumas...

Andrei Filippovich llamó al señor Goliadkin por tercera vez.

—Pero, por los clavos de Cristo, ¿dónde está el borrón? ¡Si aquí no hay borrón alguno!

—Pues es enorme. ¡Ahí está! ¡Donde yo lo vi! Usted déjeme hacer, Yakov Petrovich. Yo con este cortaplumas... Lo hago por amistad hacia usted y con la mejor voluntad del mundo... ¡Mire, ya está!...

Victorioso del señor Goliadkin I en la breve contienda surgida entre ambos, el señor Goliadkin II, de improviso y sin motivo manifiesto, aunque en todo caso contra la voluntad de su tocayo, se apoderó del documento requerido por el jefe y, en vez de aplicarle el cortaplumas «por amistad a usted», como había dicho pérfidamente al señor Goliadkin I, lo enrolló a prisa y corriendo, se lo metió bajo el brazo y en dos saltos se puso al lado de Andrei Filippovich, que no se había apercibido de ninguna de sus tretas, y corrió con él al despacho del director. El señor Goliadkin I se quedó clavado en el sitio, con el cortaplumas en la mano, como pronto a raspar algo con él...

Nuestro héroe no había comprendido aún del todo este nuevo incidente. Todavía no había vuelto en su acuerdo. Había sentido el golpe, pero no creía que fuese cosa mayor. En estado de angustia indescriptible se arrancó por fin de donde estaba y voló al despacho del director, pidiendo en camino al cielo que de algún modo todo acabara bien y la cosa quedase en agua de borrajas… En la última sala antes del despacho del director, tropezó de manos a boca con Andrei Filippovich y con su propio tocayo, que volvían de la entrevista. El señor Goliadkin I se hizo a un lado. Andrei Filippovich hablaba animadamente y sonreía. El tocayo del señor Goliadkin I también sonreía, mientras trotaba a respetuosa distancia de Andrei Filippovich, pero haciéndole la pelotilla, y de

vez en cuando susurrándole con deleite algo a que este último asentía con afables movimientos de cabeza. En un abrir y cerrar de ojos nuestro héroe se hizo cargo del estado de cosas. Su trabajo (como supo más tarde) había colmado las esperanzas de Su Excelencia y había sido presentado en el plazo previsto. Su Excelencia había quedado altamente satisfecho. Incluso se dijo que Su Excelencia había dado las gracias al señor Goliadkin II, gracias muy efusivas, y había dicho que lo tendría en cuenta oportunamente y no lo olvidaría... Claro está que lo primero que hizo el señor Goliadkin fue quejarse, quejarse todo lo enérgicamente que pudo. Pálido como un difunto y casi fuera de sí corrió a ver a Andrei Filippovich. Pero éste, al oír que el asunto del señor Goliadkin era de índole personal, se negó a escucharle, diciendo sin contemplaciones que no tenía un minuto libre ni aun para sus propios asuntos. Su negativa terminante y sequedad de tono dejaron atónito al señor Goliadkin...

—Quizá convenga abordar el asunto por otro lado... Mejor será ver a Antón Antonovich.

Por desgracia, Antón Antonovich tampoco estaba disponible. Se hallaba en otro sitio atendiendo a algún negocio.

—Así, pues, su intención tenía cuando me dijo que no le fuera con explicaciones y comidillas —pensó nuestro héroe—. ¡Conque eso era lo que tramaba! ¡Zorro viejo! En ese caso, lo que me cumple es hacer llegar una súplica a Su Excelencia.

Pálido aún y con la cabeza trastornada, sin la menor idea de lo que convenía resolver, el señor Goliadkin se sentó en su silla.

—Lo mejor sería que esto acabara siendo una futesa —no cesaba de decirse—. En efecto, un asunto tan turbio como éste es por entero inverosímil. En primer lugar absurdo, y en segundo, no puede ocurrir. De seguro habrá sido una alucinación. Pareció algo diferente de lo que en realidad sucedió, o fui yo el que entró en el despacho del director y de alguna manera me tomé por otro. En suma, esto es de todo punto imposible.

No bien hubo decidido que ello era de todo punto imposible cuando de pronto entró corriendo en la sala el señor Goliadkin II con papeles en ambas manos y bajo ambos brazos. Diciendo dos palabras necesarias a Andrei Filippovich, cambiando otras tantas con alguien más, haciendo una observación amistosa a éste, bromeando con aquél, el señor Goliadkin II, que por lo visto no tenía tiempo que gastar inútilmente, se disponía, al parecer, a salir otra vez de la sala cuando, afortunadamente para el señor Goliadkin I, se detuvo en la puerta y dijo de paso unas palabras a dos o tres empleados jóvenes. El señor Goliadkin fue veloz hacia

él. En cuanto el señor Goliadkin II vio la maniobra del señor Goliadkin I, empezó a mirar con inquietud en torno suyo para ver por dónde podría escurrir el bulto. Pero nuestro héroe ya sujetaba por la manga a su visitante de la víspera. Los empleados que rodeaban a los dos Goliadkin se apartaron un poco, esperando con curiosidad a ver qué pasaba. Goliadkin I comprendió perfectamente que de momento la opinión no estaba de su lado y que se intrigaba contra él. Con mayor motivo, pues, necesitaba mantenerse firme. El momento era decisivo.

—Bueno, ¿qué? —dijo con bastante descaro el señor Goliadkin II mirando al señor Goliadkin I.

El señor Goliadkin I apenas podía respirar.

—No sé, señor mío, cómo puede explicar su extraña conducta conmigo —empezó diciendo.

—Bueno, siga —el señor Goliadkin II miró a su alrededor y guiñó el ojo a los otros empleados como dando a entender que iba a empezar una comedia.

—El descaro y la desvergüenza con que se comporta usted en el momento presente le ponen en evidencia mejor de lo que podrían hacerlo mis palabras. No confíe demasiado en sus tretas. No son de lo mejor...

—Bueno, Yakov Petrovich, ahora dígame cómo pasó la noche —repuso el señor Goliadkin II clavando sus ojos en los del señor Goliadkin I.

—Se está usted propasando, señor mío —dijo nuestro héroe, ya perplejo del todo y sin saber dónde tenía la cabeza—. Espero que cambie de tono...

—¡Mi querido compinche! —exclamó el señor Goliadkin II, haciendo una mueca harto indecorosa al señor Goliadkin I y, como si fuera a acariciarle, dándole de improviso un pellizco en la mofletuda mejilla. El rostro de nuestro héroe se amorató de vergüenza. Tan pronto como el amigo del señor Goliadkin I se dio cuenta de que su rival, temblando de pies a cabeza, mudo de indignación, rojo como un tomate y sin poder aguantar más, podría intentar una agresión en regla, decidió impedirlo del modo más insolente. Tras darle un par de palmaditas en la mejilla, de hacerle cosquillas, de jugar unos segundos más con él (que estaba paralizado y ciego de rabia), ante el gran alborozo de los jóvenes que los rodeaban, el señor Goliadkin II, con un descaro punto menos que ultrajante, acabó dando al señor Goliadkin I un ligero golpe en el orondo vientre y diciendo con sonrisa insinuante y ponzoñosa:

—¡Eres un pillín, Yakov Petrovich! ¡Eres un pillín, muchacho!

¡Entre tú y yo les haremos la pascua!

Luego, antes de que nuestro héroe tuviera tiempo de reponerse del último ataque, el señor Goliadkin II, con una previa sonrisa a los circunstantes, adoptó de nuevo una expresión enérgica, protocolaria, de hombre atareado, bajó los ojos, se encogió, y diciendo apresuradamente que llevaba «un encargo especial», puso en movimiento sus cortas piernas y entró al trote en la sala vecina. Nuestro héroe no daba crédito a sus ojos y no acertaba a serenarse...

Por fin lo logró. Conociendo al momento que estaba perdido, que en cierto sentido se había aniquilado, que se había deshonrado y había infamado su buen nombre, que había sido objeto de irrisión y vejamen en presencia de otros, que había sido insultado alevosamente por alguien a quien sólo la víspera había tenido por su mejor y más fiel amigo, y, por último, que había fallado en toda la línea, el señor Goliadkin salió en persecución de su enemigo. En ese momento procuraba desentenderse de quienes habían presenciado el ultraje.

—Están todos conchabados —se dijo—. Cada uno apoya y azuza al otro contra mí.

Sin embargo, tras una docena de zancadas, nuestro héroe se percató de que la persecución era inútil y volvió sobre sus pasos.

—¡No te escaparás! —pensó—. Te daré tu merecido cuando llegue la hora. Ya me pagarás el mal que me has hecho.

Con rabiosa sangre fría y enérgica determinación volvió el señor Goliadkin a su silla y se sentó.

—¡No te escaparás! —repitió.

Ahora ya no se trataba de una defensa pasiva. Algo decisivo, violento, se notaba en el ambiente. Quien viera en ese instante cómo el señor Goliadkin, al rojo vivo y sin poder apenas refrenar su agitación, clavaba rabiosamente la pluma en el tintero y con qué furia garrapateaba en el papel, vaticinaría que la cosa no quedaría así, que no acabaría en agua de borrajas. En las entretelas de su alma anidaba una resolución y desde el fondo del corazón juraba que la llevaría a cabo. A decir verdad, aún no sabía a punto fijo lo que debía hacer; mejor dicho, no tenía la menor idea de qué debía hacer. Pero no importaba.

—Con la impostura y el descaro, señor mío, no se va hoy día a ninguna parte. La impostura y el descaro no conducen a nada bueno, más bien a todo lo contrario. El Falso Demetrio fue el único, señor mío, que sacó algún provecho de la impostura, explotando la ceguera del pueblo, pero tampoco por mucho tiempo.

No obstante, el señor Goliadkin determinó esperar hasta que se les cayera la máscara a ciertas personas y algunas cosas se pusieran en claro. Para ello era preciso, como primera providencia, que las horas de oficina terminaran cuanto antes, y nuestro héroe acordó no hacer nada hasta que tal ocurriera. Después tomaría una medida. Para entonces ya sabría cómo conducirse, cómo trazar su plan entero de acción, cómo romper el cuerno de la arrogancia y aplastar la serpiente que mordía el polvo con rabia impotente. El señor Goliadkin no podía tolerar que nadie se limpiase en él sus botas sucias como si fuera un guiñapo. No podía consentir tal cosa, y menos en el caso presente. De no haber sido por la última humillación, quizá habría decidido hacer de tripas corazón, incluso callarse, resignarse y no quejarse demasiado; habría discutido un poco, mostrado algún disgusto, probado que tenía razón, y entonces habría aflojado el nudo; sí, incluso quizá lo habría deshecho casi del todo, y luego habría llegado a un acuerdo. Y después de eso, sobre todo después de que la parte contraria reconociera solemnemente que tenía razón, sólo entonces, quizá, haría las paces, se reconciliaría, mostraría incluso un poco de emoción; hasta, ¿quién sabe?, podía resultar de ello una nueva amistad, firme, cálida y de mayor hondura que la de la víspera, que pudiera eclipsar enteramente lo desagradable de la indecorosa semejanza entre ambos, de tal modo que quedasen la mar de contentos, viviesen cien años, etc., etc.

Digámoslo todo: el señor Goliadkin hasta empezó a arrepentirse de haber insistido tanto en su honor y sus derechos, de lo que, por lo demás, no había sacado sino sinsabores.

—Si se da por vencido — pensaba el señor Goliadkin — Y dice que era en broma, lo perdonaría, y más aún si lo declarase en voz alta. Pero lo que no consiento es que se me use como guiñapo de limpiabotas. Y como no he consentido que la gente me trate de ese modo, menos habré de consentir que lo haga un individuo perverso como él. ¡Yo no soy un guiñapo! ¡No, señor, yo no soy un guiñapo!

En una palabra, nuestro héroe había tomado una determinación.

—¡Es usted, señor mío, el que tiene la culpa!

Decidió protestar, y protestar con toda la energía de que era capaz. ¡Así era el hombre! De ninguna manera consentía que se le ofendiese, y mucho menos servir de guiñapo a un sujeto depravado para que se limpiase las botas. Pero que no quepa duda de una cosa. Si alguien hubiese deseado —más aún, se

hubiese decidido de pronto— convertir al señor Goliadkin en un guiñapo, lo habría conseguido con toda impunidad y sin la menor oposición (el propio señor Goliadkin lo había reconocido así alguna vez), y el resultado hubiera sido un guiñapo y no un señor Goliadkin. Y no un guiñapo común y corriente, sino asqueroso, inmundo, aunque en todo caso un guiñapo con amor propio, un guiñapo vivo y con sentimientos, aun si el amor propio y los sentimientos fueran humildes y estuvieran recatados en los pliegues mugrientos de ese guiñapo, pero que serían sentimientos al fin y al cabo…

Las horas pasaban con increíble lentitud, pero al fin dieron las cuatro. Poco después todos se levantaron y, precedidos del jefe de negociado, se aprestaron a encaminarse a sus hogares. El señor Goliadkin iba entre la muchedumbre, ojo avizor para no perder de vista a su presa. Por fin, nuestro héroe vio que su amigo se acercaba corriendo a los ordenanzas que repartían los abrigos y, según su indigna costumbre, trataba de congraciarse con ellos mientras esperaba que le entregasen el suyo. Era el momento decisivo. De algún modo el señor Goliadkin consiguió escurrirse entre la multitud y, no queriendo quedarse a la zaga, trató de recoger su abrigo. Pero el primero en recibir el suyo fue el amigo del señor Goliadkin, porque también ahora había logrado, con su manera de siempre, insinuarse, congraciarse y abrirse paso murmurando cumplidos.

Al echarse encima el abrigo, el señor Goliadkin II dirigió al señor Goliadkin I una mirada irónica, que delataba un desdén paladino e insolente. Después paseó los ojos en torno con su descaro habitual, dio una rápida vuelta alrededor de sus colegas —probablemente para dejarles con una buena impresión de sí mismo—, dijo una palabra a éste, murmuró algo a aquél, se deshizo en cortesías con un tercero, dirigió una sonrisa a un cuarto, estrechó la mano de un quinto y finalmente descendió rápidamente la escalera. El señor Goliadkin I fue tras él y con satisfacción indecible logró alcanzarlo en el último peldaño y agarrarlo por el cuello del gabán. El señor Goliadkin II pareció amedrentarse un poco y miró a su alrededor con ojos extraviados.

—¿Qué quiere decir esto? — preguntó a media voz al señor Goliadkin.

—Señor mío, si es usted un caballero espero que recuerde nuestro amistoso trato de anoche — dijo nuestro héroe.

—¡Ah, sí! Pues bien, ¿pasó usted una buena noche?

Durante un momento el señor Goliadkin quedó mudo de furia.

—Sí, la pasé muy buena... Pero permítame decirle, señor mío, que el juego de usted es enrevesado en demasía...

—¿Quién dice tal? ¡Mis enemigos! — respondió brusco el que a sí mismo se nombraba señor Goliadkin, al par que se libraba de las débiles manos del auténtico señor Goliadkin. Una vez libre, salió del edificio, miró a un lado y otro y, viendo un coche de punto, se precipitó a él, tomó asiento y en un tris el señor Goliadkin I lo perdió de vista. Desesperado y abandonado de todos, nuestro humilde funcionario miró a su alrededor, pero no vio otro coche. Intentó correr, pero le flaqueaban las piernas. Cabizbajo, boquiabierto, apabullado y marchito, se apoyó exhausto en el poste de un farol y allí estuvo algunos minutos, en medio de la acera. Se hubiera dicho que para el señor Goliadkin todo estaba perdido…

Capítulo IX

Todo, al parecer, sin exceptuar a la Naturaleza misma, militaba contra el señor Goliadkin; pero él seguía en pie e invicto. En su fuero interno se daba por invicto. Estaba dispuesto a luchar. Bastaba ver la determinación y el vigor con que, tras su inicial sorpresa, se frotaba las manos para deducir que no se daría por vencido. No obstante, el peligro, un peligro evidente, le acechaba a la vuelta de la esquina. El señor Goliadkin lo presentía. ¿Pero cómo atajarlo? He ahí la cuestión. Hasta hubo un instante en que le cruzó por el magín el siguiente pensamiento:

—¿Por qué no dejar las cosas tal como están? ¿Por qué no dar de espalda al caso sencillamente? ¿Por qué no? Nada más sencillo. Me mantendré al margen, como si no fuera yo. Dejaré pasar la procesión. No soy yo, y basta. Él también se mantendrá al margen. Quizá incluso abandone el campo. El muy granuja me acosará algún tiempo y luego me volverá la espalda y saldrá por pies; Eso será lo que pase. Venceré con la mansedumbre. ¿Que peligro hay en ello? ¿Y dónde está ese peligro? ¡A ver quién me

dice dónde está! ¡Una pura bagatela! ¡Algo que pasa un día sí y otro también!...

Aquí el señor Goliadkin se interrumpió. Las palabras murieron en sus labios; más aún, renegó de haber pensado de tal modo y se tachó de mezquino y cobarde. Sin embargo, el asunto no progresaba. Sentía que era absolutamente preciso tomar una resolución en este instante mismo, y aun habría dado una buena gratificación a quien le hubiera dicho qué hacer. Porque ¿cómo adivinarlo? Además, no había tiempo para meterse en adivinanzas. En todo caso, para no malgastar más tiempo, tomó un coche y fue a casa a toda prisa.

—Bueno, ¿qué? ¿Cómo te sientes ahora, Yakov Petrovich? —se preguntaba para sus adentros—. ¿Qué vas a hacer? ¿Qué vas a hacer ahora, pícaro miserable? Tú mismo te has puesto en el brete y ahora todo se te vuelve gemir y llorar.

De este modo se mortificaba a sí mismo el señor Goliadkin, zarandeándose como un pelele en su destartalado vehículo. Sentía en ese momento un profundo deleite, rayano en voluptuosidad, en hostigarse y enconar sus heridas.

—Si ahora apareciese un mago —pensaba— o si alguien me dijese autorizadamente: «Goliadkin, sacrifica un dedo de la mano derecha y quedamos en paz. No habrá otro Goliadkin y vivirás feliz con un dedo menos», sacrificaría de buena gana ese dedo, lo sacrificaría sin la menor queja. ¡Al demonio con todo ello! —acabó por gritar desesperado—. ¿A qué viene esto? ¿Qué necesidad había de que ocurriera esto y no otra cosa? ¡Con lo bien que se estaba al principio! ¡Todo el mundo feliz y satisfecho! Pero no, ¡tenía que ocurrir esto! En todo caso, con palabras no se resuelve nada. ¡Es preciso poner manos a la obra!

Así, pues, tan pronto como llegó a su domicilio dispuesto a hacer algo, el señor Goliadkin tomó la pipa y, dándole recias chupadas y arrojando nubes de humo a diestro y siniestro, se puso a deambular por el cuarto poseído de agudísima agitación. Entre tanto Petrushka se aprestó a poner la mesa. De pronto, habiendo tomado una determinación, el señor Goliadkin arrojó la pipa, se endosó el gabán, dijo que no comía en casa y salió de ella como una exhalación. En la escalera lo alcanzó Petrushka que, jadeante, le traía el sombrero que había olvidado. El señor Goliadkin lo tomó y quiso justificarse a los ojos de Petrushka diciéndole algo así como «¡Vaya, vaya! ¡Con que olvidaba el sombrero!» para que no imaginase nada fuera de lo común. Pero como Petrushka no lo miró siquiera y se volvió en seguida, el señor Goliadkin se limitó a ponerse el sombrero y bajó corriendo

la escalera, diciéndose que quizá todo al cabo sería para bien y que el asunto se arreglaría de algún modo. No obstante, sentía entre otras cosas un escalofrío por todo el cuerpo. Salió a la calle, tomó un coche de punto y fue a toda prisa a casa de Andrei Filippovich.

—¿No sería mejor dejarlo para mañana? —se preguntó agarrando el tirador de la campanilla al llegar a la puerta de Andrei Filippovich—. Además, ¿tengo algo especial que decirle? De especial no tengo nada. Es un asunto tan mezquino... Eso, tan baladí es el caso...

De pronto tiró de la campanilla, ésta sonó y dentro se oyeron pasos... y en ese instante el señor Goliadkin se maldijo por su precipitación y arrojo. Los recientes infortunios, que casi había olvidado mientras trabajaba en la oficina, y su malentendido con Andrei Filippovich reaparecieron al punto en su memoria. Pero ya era tarde para escapar. Se abrió la puerta. Por suerte del señor Goliadkin, le hicieron saber que Andrei Filippovich no había vuelto de la oficina y no comería en casa.

—Sé dónde estará. Cerca del puente Izmailovski. Allí es donde va a comer —pensó nuestro héroe rebosante de alegría.

Al preguntarle el fámulo si quería dejar recado, respondió:

—No se preocupe, amigo. Volveré más tarde.

Y se lanzó escaleras abajo casi con gallardía. Ya en la calle, resolvió prescindir del coche y pagar al cochero. Cuando éste le pidió una propina, señalando que la espera había sido larga y había llevado el caballo a buen trote para complacer al señor, le dio cinco kopeks de más y de buena gana y prosiguió su camino a pie.

—El asunto es de ésos que, la verdad sea dicha, no cabe dejar tal como están. Por otra parte, pensándolo bien, pensándolo a derechas, ¿a qué viene ahora tanto ajetreo? ¿Para qué matarme sudando, luchando, sacrificándome? A lo hecho, pecho, puesto que ya no se puede remediar... ¡Claro que no! Pensemos del modo siguiente: se presenta un hombre bien cualificado, funcionario capaz, de buena conducta, sólo que pobre y que ha padecido diversas penalidades..., sufrido muchos ahogos. Ahora bien, la pobreza no es un vicio. Nada de eso tiene que ver conmigo. Entonces, ¿por qué esta tontería? Pues bien, da la casualidad de que la Naturaleza misma ha dictado que ese hombre se parezca exactamente a otro, que sea su copia exacta. ¿Se le va a impedir por eso que ingrese en un negociado? Si sólo el azar, o la ciega fortuna, tienen la culpa, ¿se puede acaso tratar a ese hombre como un trapo viejo y no dejarle trabajar?... En tal

caso, ¿dónde está la justicia? Ese hombre está sin fondos, desvalido, asustado... Da pena verlo. La compasión exige que se le socorra. ¡Sí, señor! ¡Vaya, vaya! ¡Buenos estarían los jefes de Administración si pensaran como un pillo como yo! ¡Qué cabeza de chorlito la mía! ¡A veces pienso como una docena de imbéciles juntos! ¡No, no! Hicieron bien y les agradezco el haber ayudado a ese pobre diablo…

— Bueno, sí, pongamos que somos gemelos, hermanos gemelos. ¿Y qué? ¡Pues nada! ¿Qué hay en ello? ¡Nada! Todos los compañeros de la oficina se acostumbrarán a ello... Y si un extraño entra en nuestro negociado, de seguro que no encontrará en ello nada indecoroso u ofensivo. El caso tiene incluso su lado conmovedor. Habrá quien piense que la Divina Providencia ha creado a dos seres idénticos y que la Administración filantrópica, entendiendo la intención divina, les ha facilitado un refugio. Claro está —prosiguió el señor Goliadkin tomando aliento y bajando un poco la voz— que sería preferible que nada de este asunto conmovedor hubiera ocurrido y que tampoco hubiera habido gemelos... ¡Maldita sea! ¿Por qué tuvo que haberlos? ¿Qué necesidad había de ello? ¿Qué especial necesidad había y por qué no se pudo esperar un poco? ¡Dios mío! ¡Menudo lío se ha armado! Porque ¡hay que ver qué tipo es ése! Frívolo y ruin. Un granuja, siempre de la ceca a la meca, un pelotillero, un lameculos. ¡Vaya Goliadkin! Quizá el muy sinvergüenza se porte de modo que llegue hasta deshonrar mi apellido. ¡Y ahora tengo que mirar por él y hacerle la rueda! ¡Pues sí que es castigo! Bueno, ¿y qué? No importa. Sí, es un granuja... ¡Pues bien, que lo sea! El otro señor Goliadkin es honrado. Ese otro será el granuja y yo el honrado. Y la gente dirá: «Ese es el Goliadkin granuja, no le hagáis caso ni lo confundáis con el otro, que es honrado, virtuoso, tierno, clemente, consagrado a su trabajo y merecedor de un ascenso.» ¡Eso es! Bueno, pero..., pero ¿y si nos confunden? Él es capaz de cualquier cosa. ¡Ay, Dios mío!... Es un granuja que le reemplazará a uno porque sí, que le tratará a uno como si fuera un trapo viejo y que ni pensará siquiera que uno no es un trapo viejo. ¡Ay, Dios mío! ¡Qué desgracia!

Razonando y lamentándose de esta suerte, iba corriendo el señor Goliadkin aturdido y sin rumbo fijo. Se percató de que había llegado al Nevski Prospekt sólo porque se dio de bruces con un transeúnte, y de modo tan contundente que vio las estrellas. Sin levantar la cabeza, el señor Goliadkin murmuró una disculpa, y sólo cuando el transeúnte, musitando a su vez algo nada cortés, había pasado ya, alzó los ojos para ver dónde estaba y

cómo había llegado allí. Viendo que se hallaba junto al restaurante en que había descansado antes de ir a la comida de Olsufi Ivanovich, nuestro héroe sintió de pronto punzadas y retumbos en el estómago y recordó que no había comido. Así, pues, consciente de que no había perspectiva de otra invitación a comer y sin perder un tiempo precioso, subió apresuradamente la escalera del restaurante para tomar un bocado sin mayor demora. Y aunque el restaurante era bastante caro, ese pequeño detalle no arredró al señor Goliadkin en esta ocasión. Además, no había tiempo para fijarse ahora en tales menudencias, en la sala brillantemente iluminada, ante un mostrador repleto de los manjares variados que la gente de alto copete consume a guisa de tentempié, se apiñaba un nutrido grupo de clientes. El camarero se veía y deseaba para llenar vasos, servir, cobrar el importe y dar la vuelta. El señor Goliadkin aguardó su turno y, cuando llegó, alargó la mano a un pastel de pescado. Fue a un rincón, volvió la espalda a los circunstantes y comió con apetito. Cuando hubo terminado, devolvió el plato al camarero y, como sabía el precio, sacó una moneda de diez kopeks y la dejó en el mostrador, llamando la atención del camarero para hacerle saber que había tomado un pastel de pescado y que ahí quedaba el dinero, etc.

—Debe usted un rublo y diez kopeks —dijo el camarero entre dientes.

El señor Goliadkin mostró considerable asombro.

—¿Qué me dice?... Que yo sepa, no he tomado más que un pastel.

—Ha tomado usted once —repuso con firmeza el camarero.

—Me parece..., me parece que se equivoca usted. He tomado sólo un pastel, se lo aseguro.

—Tomó usted once. Los conté. Debe usted pagar por los que tomó. Aquí no se da nada de balde.

El señor Goliadkin quedó estupefacto. «¿Qué es esto? ¿Arte de birlibirloque? ¿Qué me está pasando?», pensó. El camarero aguardaba mientras tanto la decisión del señor Goliadkin. Este se vio rodeado de gente. Metió la mano en el bolsillo para sacar un rublo con que pagar al momento y evitar más sonrojo.

—Pues si dice que son once, serán once —pensó, colorado como un cangrejo—. ¡Bah! ¿Qué hay de raro en comerse once pasteles? Si uno tiene hambre y se come once pasteles, ¡buen provecho le hagan! Nada de particular ni de ridículo tiene eso...

De pronto, como si hubiese sentido un pinchazo, levantó los ojos y al momento descifró el misterio, el mágico escamoteo.

Todas las dificultades quedaron resueltas... En la puerta de la habitación vecina, casi justamente a espaldas del camarero y de cara al señor Goliadkin —puerta que hasta allí el señor Goliadkin había tomado por un espejo— estaba un hombrecillo. Estaba él, él mismo, el señor Goliadkin, no el señor Goliadkin I, héroe de nuestra historia, sino el otro, el nuevo, el señor Goliadkin II. Este se hallaba, por lo visto, de excelente humor. Dirigió una sonrisa al señor Goliadkin I, le hizo un saludo con la cabeza al par que le guiñaba el ojo, retozaba y daba a entender que, con el menor pretexto, huiría a otra habitación y se escaparía por una puerta trasera..., lo que haría inútil todo intento de persecución. Tenía en la mano el último bocado del décimo pastel, que se llevó a la boca ante los mismísimos ojos del señor Goliadkin, relamiéndose de gusto.

—¡El granuja se ha hecho pasar por mí! —pensó el señor Goliadkin enrojeciendo de vergüenza—. ¡No se abochorna de hacerlo en público! ¿Lo habrán visto los demás? Parece que nadie se ha dado cuenta...

El señor Goliadkin echó en el mostrador el rublo como si le quemara los dedos y, sin notar la insolente sonrisa de triunfo y prepotencia del camarero, se apartó del grupo y salió sin mirar atrás.

—Menos mal que no ha comprometido a nadie —pensó el señor Goliadkin. I—. Gracias al muy ladrón y a la suerte por que todo haya salido bien. Lo único ha sido la grosería del camarero. Pero, por otro lado, en su derecho estaba. Dijo que allí no se daba nada de balde. ¡Si hubiera sido más cortés!... ¡Tío más grosero!

Esto se decía el señor Goliadkin mientras bajaba la escalera y llegaba a la puerta de la calle. Sin embargo, se quedó clavado en el último escalón y de repente se puso como la grana y se le saltaron las lágrimas: tan lastimado había quedado su amor propio. Al cabo de un minuto de inmovilidad, dio una patada en el suelo, salió de un salto a la calle y, sin mirar tras sí, anhelante y sin notar el cansancio, fue a su casa en la calle Shestilavochnaya. Una vez allí, sin despojarse del gabán, no obstante su costumbre de vestir «a la casera» en su domicilio, y sin fumar una primera pipa, se sentó en el diván, acercó un tintero, tomó una pluma y una hoja de papel de cartas y, con mano insegura por la agitación interior que sentía garrapateó la siguiente misiva:

Muy señor mío, Yakov Petrovich:

Jamás hubiera tomado la pluma de no ser porque las circunstancias en que me hallo y usted mismo, señor mío, me empujan a hacerlo. Créame que sólo la necesidad me obliga a entrar en explicaciones con usted. Por ello le ruego como primera providencia que considere este paso mío no como un propósito deliberado de insultarle, sino como consecuencia inevitable de los incidentes que ahora nos vinculan.

—Eso me parece bien. Decoroso, cortés, y al mismo tiempo firme y vigoroso... No creo que haya nada que pueda ofenderle. Sin contar que estoy en mi derecho —pensó el señor Goliadkin releyendo lo escrito.

Su inopinada y extraña aparición, señor mío, en una noche tempestuosa, tras la grosera e indigna conducta de mis enemigos, cuyos nombres omito por el desprecio que me inspiran, fue el origen de todos los equívocos que ahora existen entre nosotros. La porfía de usted, señor mío, en inmiscuirse en el ámbito de mi existencia y de todas mis relaciones en la vida práctica rebasa ya los límites que marcan la simple cortesía y la más elemental sociabilidad. Creo que no, es preciso recordar aquí, señor mío, su apropiación indebida de mis papeles y aun de mi propio buen nombre para congraciarse con las autoridades y obtener favores que no merece. Tampoco es prenso recordar aquí la manera deliberada y afrentosa con que ha evitado usted dar las explicaciones que tales actos hacen necesarias. Finalmente, para no omitir nada, no aludiré a la última y peculiar —casi diría incomprensible— manera de conducirse usted conmigo en el café. Lejos de mí el quejarme de la pérdida inútil de un rublo; pero no puedo disimular mi indignación al recordar, señor mío su descarada tentativa de mancillar mi honor, mayormente en presencia de personas que, aunque desconocidas de mí, eran de buena crianza...

—¿No voy demasiado lejos? —pensó el señor Goliadkin—. ¿No es esto un poco fuerte? ¿No es demasiado quisquilloso..., por ejemplo, la alusión a la buena crianza?... ¡Bah, no importa! Hay que tratarle con firmeza, Por otra parte, para suavizar el tono, puedo lisonjearle un poco al final. Ya veremos.

No molestaría a usted, señor mío, con esta carta si no fuera porque estoy firmemente convencido de que la nobleza de su corazón y la franqueza de su carácter le indican el modo de

corregir todos los deslices y volver las cosas a su estado anterior.

Espero con toda confianza que no considere ofensiva esta carta, que no se niegue a darme sus explicaciones por escrito y que me envíe su respuesta con mi criado.

En espera de sus noticias quedo de usted, señor mío, atento y seguro servidor

Y. Goliadkin.

—Bueno, está bien. La cosa está hecha. Se ha llegado hasta el extremo de tener que escribir cartas. Pero ¿quién tiene la culpa? Él la tiene. Él es quien le empuja a uno a exigir algo por escrito. Además, estoy en mi derecho.

Después de leer la carta por última vez, el señor Goliadkin la plegó, la selló y llamó a Petrushka. Como de costumbre, éste se presentó con ojos soñolientos y aire de mal humor.

—Toma y lleva esta carta, ¿entiendes?

Petrushka guardó silencio.

—Llévala a la oficina. Pregunta por el oficial de servicio, el secretario Vahrameyev. Vahrameyev es hoy el oficial de servicio ¿Entiendes?

—Entiendo.

—¡Entiendo! ¿No puedes decir «Entiendo, sí, señor»? Pregunta por Vahrameyev y dile que tu señor le saluda y le ruega respetuosamente que se sirva informarse por el directorio de la oficina de dónde vive el funcionario Goliadkin.

Petrushka siguió callado y al señor Goliadkin le pareció que se había sonreído.

— Así, pues, Piotr, le preguntas la dirección y te enteras de dónde vive el nuevo empleado Goliadkin.

—Sí.

—Le preguntas la dirección y llevas allí esa carta. ¿Entiendes?

—Sí.

—Si cuando llegues allí..., a donde llevas la carta..., ese señor Goliadkin, a quien se la vas a dar... ¿De qué te ríes, zopenco?

— ¿Yo reírme? ¿Reírme de qué? No, señor. La gente como yo no se ríe...

— Bueno, entonces..., si ese señor te pregunta cómo está tu amo, qué tal lo está pasando o algo por el estilo, tú te callas y sólo le dices que tu amo está bien y que esperas contestación por escrito. ¿Entiendes?

—Sí, señor.

—Bueno. Le dices que tu amo está bien, que anda bien de salud y está a punto de salir a hacer visitas. Y que le pide una

contestación por escrito. ¿Entiendes?

—Sí.

—Bueno, lárgate.

—¡Encima de todo, qué trabajo me da este mentecato! No hace más que reírse. ¿Y de qué se reirá? ¡Hay que ver hasta dónde han llegado las cosas! Pero quizá al final resulte todo bien… Este imbécil de seguro se pasa ahora dos horas holgazaneando y después desaparece. No se le puede mandar a ningún sitio. ¡Qué fastidio es todo esto! ¡Qué fastidio!

Sintiendo así todo el peso de su infortunio, el señor Goliadkin resolvió pasar inactivo las dos horas que debía esperar a Petrushka. Durante la primera estuvo dando vueltas por su cuarto, fumando. Después dejó la pipa y se sentó a leer un libro. Seguidamente se tendió en el sofá. Luego volvió a tomar la pipa. Finalmente volvió a deambular por el aposento. Trató de pensar, pero sencillamente era incapaz de hacerlo. Por último, la agonía de su pasividad llegó al máximo y decidió hacer algo

—Petrushka volverá dentro de una hora —pensaba—. Puedo dar la llave al portero y, mientras tanto..., puedo investigar el caso... por mi propia cuenta.

Sin perder tiempo y apresurándose a investigar el caso, el señor Goliadkin tomó el sombrero, salió de su domicilio cerrando con llave tras sí, pasó por la portería, entregó al portero la llave y una propina de diez kopeks —se había vuelto sobremanera generoso últimamente— y salió hacia donde tenía que ir. Fue primero a pie al puente Izmailovski, trayecto en que gastó una media hora. Cuando llegó a su destino entró en el patio de una casa conocida y alzó los ojos a las ventanas de la vivienda del consejero civil Berendeyev. Salvo tres que ostentaban cortinas rojas, las demás estaban a oscuras.

—Supongo que Olsufi Ivanovich no tiene invitados hoy —pensó el señor Goliadkin—. Seguramente están todos en casa ahora.

Estuvo un rato en el patio tratando de tomar una determinación. Pero por lo visto estaba destinado a no tomarla, porque después de pensarlo mejor, se encogió de hombros y volvió a la calle.

—No. No es aquí donde tenía que haber venido. ¿Que iba yo a hacer aquí?... Lo mejor será que..., ¡hum!, investigue el caso personalmente.

Tomada esa resolución, fue a su oficina. La caminata fue larga y, por añadidura, el barro era atroz y una nieve semiderretida caía en grandes copos. Pero se diría que para nuestro héroe no

había obstáculos en esta ocasión. Cierto que estaba calado hasta los huesos y salpicado de lodo, pero todo lo sobrellevaba si lograba su objetivo. Y, efectivamente, el señor Goliadkin se acercaba ya a su meta. La enorme masa del edificio gubernamental se alzaba oscura a lo lejos.

—¡Alto aquí! —pensó—. ¿A dónde voy y qué voy hacer allí cuando llegue? Pongamos que me entero donde vive, pero es probable que mientras tanto vuelva Petrushka con la respuesta. Perdería en vano un tiempo precioso, como lo vengo perdiendo hasta ahora. Pero no importa. Todo esto puede aún corregirse. Pero, de todos modos, ¿por qué no pasar a ver a Vahrameyev? No. Lo dejaré para más tarde... ¡Bah! No tenía por qué salir de casa. ¡Pero, nada, soy así! ¡Qué talento tengo para anticiparme atropelladamente a las cosas, tanto si es necesario como si no lo es!... ¡Hum!... ¿Qué hora es? Supongo que serán las nueve. Puede volver Petrushka y no encontrarme en casa. ¡Qué tontería he hecho con haber salido!... ¡Vaya fastidio!

Plenamente convencido de que había hecho una tontería, nuestro héroe se apresuró a volver a la calle Shestilavochnaya. Llegó allí cansado, exhausto. Por el portero se enteró de que Petrushka no había vuelto todavía.

—¿Conque ésas tenemos? ¡Ya me lo figuraba! —pensó nuestro héroe—. Y ya son las nueve. ¡Hay que ver qué granuja! ¡Siempre emborrachándose en alguna parte! ¡Dios santo! ¡Vaya día miserable que me ha tocado!

Razonando y quejándose de esta guisa, el señor Goliadkin abrió la puerta de su habitáculo, tomó una bujía, se desnudó, encendió una pipa, y, harto de ajetreo, extenuado, desfallecido y hambriento, se acostó en el sofá para esperar a Petrushka. La bujía ardía débilmente y su luz temblequeaba en las paredes... El señor Goliadkin miraba meditabundo el vacío y acabó por quedarse dormido como un tronco.

Se despertó durante la noche, ya tarde. La bujía, consumida casi por entero, humeaba y estaba a punto de extinguirse. El señor Goliadkin se levantó de un salto, se despabiló y recordó todo, absolutamente todo. Tras el tabique se oían los sonoros ronquidos de Petrushka. El señor Goliadkin se abalanzó a la ventana: no se veía luz en ninguna parte. Abrió el postigo de ventilación: todo tranquilo. La ciudad dormía y en la calle no había un alma. Debían de ser, por lo tanto, las dos o las tres de la madrugada. Efectivamente, el reloj detrás del tabique dio con esfuerzo las dos. El señor Goliadkin fue como una tromba al otro lado del tabique.

Tras largos esfuerzos consiguió despertar a Petrushka y hacer que se sentara en la cama. En ese momento se apagó por fin la bujía. Pasaron unos diez minutos antes de que el señor Goliadkin lograse encontrar y encender otra, y durante ese tiempo Petrushka volvió a dormirse.

—¡Granuja! ¡Sinvergüenza! —exclamó el señor Goliadkin sacudiéndole de nuevo para despertarle—. ¡Levántate! ¡Hala, despiértate!

Al cabo de media hora de esfuerzos el señor Goliadkin logró por fin despabilar a su criado y arrastrarlo a su propio cuarto. Sólo allí se dio cuenta de que Petrushka estaba, como se dice vulgarmente, mamado como una cuba y apenas podía tenerse de pie.

—¡Holgazán! —gritó el señor Goliadkin—. ¡Ladrón! ¡Me has puesto en ridículo! ¡Ay, Dios! ¿Dónde habrá tirado la carta? ¡Ay, Dios santo! ¿Qué habrá hecho de ella?... ¿Para qué la escribí? ¿Qué necesidad tenía de escribirla? Me dejé llevar, como un tonto, por el amor propio. ¡A eso te arrastra el amor propio, so idiota, a eso!... ¡Ahí tienes tu amor propio, imbécil, ahí lo tienes!... ¡Oye, tú! ¿Qué has hecho con la carta, ladrón? ¿A quién se la diste?

—No di a nadie ninguna carta. No tenía ninguna carta. ¡Con que ya lo sabe usted!

El señor Goliadkin se retorcía las manos de desesperación.

—¡Oye, Piotr..., escúchame!

—Estoy escuchando.

—¿Dónde has estado? Contesta...

—¿Que en dónde he estado? ¡Con buena gente! ¿A mi qué me importa?

—¡Ay, Dios mío! ¿A dónde fuiste primero? ¿A la oficina? Mira, Piotr. Quizá estés bebido.

—¿Yo bebido? ¡Que me quede en el sitio si lo he pro-pro-probado!... ¡Vaya!

—No. No importa que lo estés... Fue sólo una pregunta. Está bien que hayas bebido. No me importa, Piotr, no me importa... Quizá se te haya olvidado de momento, pero luego te acordarás. Vamos a ver, trata de acordarte, amigo. ¿Viste al oficial Vahrameyev, sí o no?

—No. No hay tal oficial. ¡Que me quede en el sitio si!...

—¡No, no, Piotr! ¡No, Petrushka, te digo que no importa! Ya ves que no me importa... Bueno, vamos a ver. Hacía frío en el patio, estaba húmedo y echaste un trago. No importa... No me enfado. Yo también he echado un trago hoy... Bueno, vamos,

trata de acordarte, amigo. ¿Viste al oficial Vahrameyev?

—Pues mire. Palabra de honor que fui..., fui en seguida.

—Bien, Petrushka, está bien. Ya ves que no me enfado... —continuó nuestro héroe engatusando aún más a su fámulo, dándole palmadas en el hombro y sonriéndole—. ¿Conque levantaste el codo un poco, so pillo? ¿Diez kopeks de lo bueno? ¡Valiente pícaro estás hecho! Pero no importa. Ya ves que no me enfado... No me enfado, amigo, no me enfado...

—Yo, señor, diga lo que quiera, no soy un pícaro... Sólo porque estuve con buena gente. No soy un pícaro y nunca lo he sido...

—¡Claro que no, Petrushka! Escucha, Piotr. No me importa. No es para regañarte por lo que digo que eres un pícaro. Te lo digo sólo para consolarte, sin intención de ofender. Porque más de un hombre piensa que es un cumplido cuando le dices que es un pícaro o un zorro, porque significa que tiene el olfato fino y no se la dan con queso... A algunos les gusta que se lo digan... ¡Bueno, bueno, no importa! Ahora cuenta, Petrushka, sin comerte nada, con franqueza, como a un amigo... ¿Fuiste a ver al oficial mayor Vahrameyev y te dio la dirección?

—Sí, me la dio... También me dio la dirección. Es un buen oficial. Y dijo: «Tu amo es también una buena persona, una persona buenísima. Dile que le mando saludos.» Eso me dijo. «Y dale las gracias, y dile que lo estimo mucho y que lo respeto.» Eso dijo, «Porque tu amo, Petrushka, es una buena persona y tú, Petrushka también eres una buena persona.» Eso dijo...

—¡Ay, Dios! ¿Pero y la dirección, la dirección, so Judas? —el señor Goliadkin pronunció las últimas palabras casi en un murmullo.

—Sí, también me dio... la dirección.

—¿Te la dio? Bueno. ¿Dónde vive Goliadkin, el funcionario Goliadkin?

—Me dijo que encontraría a Goliadkin en la calle Shestilavochnaya. Dijo: «Cuando llegues a la calle Shestilavochnaya verás una escalera a mano derecha. Allí es, en el cuarto piso. Allí encontrarás a Goliadkin.»

—¡Embustero! ¡Ladrón! —gritó nuestro héroe perdiendo al fin la paciencia—. ¡Pero si ése soy yo! ¡Pero si soy yo de quien hablas! ¡Hay otro Goliadkin y es a ése a quien me refiero! ¡Farsante!

—Bueno, allá usted. ¿A mí qué? Allá se las entienda usted.

—¿Pero la carta? ¿La carta?...

—¿Qué carta? No hubo carta ninguna. Yo no vi ninguna carta.

—¿Qué has hecho con ella, bribón?

—La entregué. «Saluda a tu amo y dale las gracias», me dijo. «Tu amo es una buena persona», me dijo. «Saluda a tu amo...»

—¿Quién te dijo eso? ¿Goliadkin?

Petrushka calló un momento y, mirando a su amo cara a cara, le obsequió con una ancha sonrisa.

—¡Escucha, bellaco! —exclamó el señor Goliadkin sofocado y arrebatado de furia—. ¿Qué has hecho conmigo? ¡Dime qué has hecho conmigo! ¡Me has hecho polvo, bandido! ¡Me has cortado el pescuezo! ¡Eres un Judas!

—Bueno, allá usted. ¿A mí qué me importa? —dijo Petrushka resueltamente, refugiándose tras el tabique—.

—¡Ven aquí, ven aquí, ladrón!...

—¡No voy ahí! ¡Ni por pienso! ¿A mí qué? Me voy con las buenas gentes..., las que viven con honradez. Con las que viven sin falsedad y no tienen dobles...

Al señor Goliadkin se le helaron las manos y los pies y se le cortó el aliento…

—Sí, señor —continuó Petrushka—. Nunca tienen dobles y no son un baldón para Dios y los hombres de bien…

— ¡Estás borracho, holgazán! ¡Duerme ahora, ladrón, y mañana te daré tu merecido! —dijo el señor Goliadkin con voz apenas perceptible.

Petrushka, por su parte, murmuró algo más. Luego se oyó chirriar la cama cuando se tumbó en ella. Después bostezó largamente, se estiró y, por último, empezó a roncar con el sueño de la inocencia, como reza la frase. El señor Goliadkin estaba más muerto que vivo. El comportamiento de Petrushka, sus extrañas aunque ambiguas alusiones —de las que no cabía enfadarse puesto que estaba borracho— y, por último, el giro maligno que tomaba el asunto, todo ello le había causado una profunda conmoción.

— ¿Qué fue lo que me hizo regañarle en mitad de la noche? —se preguntaba nuestro héroe temblando febrilmente por causa de una sensación morbosa—. ¡Algo me indujo a meterme con él cuando estaba borracho! ¿Qué sentido se puede sacar de lo que dice un borracho? Cada palabra es una mentira. ¿Pero a qué aludía el muy ladrón? ¡Dios santo! ¿Y por qué escribí todas esas cartas? Soy mi propio verdugo, sí, señor. ¡No sé callar! ¡Siempre tengo que hablar por los codos! ¡Sobre todo eso! Me estoy destruyendo a mí mismo. Soy un guiñapo y, sin embargo, tengo que meter el amor propio en todo. «Padece mi orgullo y debo salvarlo a toda costa.» ¡Soy mi propio verdugo!

Así decía el señor Goliadkin, sentado en su sofá y tan espantado que no se atrevía a moverse. De pronto sus ojos se clavaron en un objeto que cautivó en sumo grado su atención. Temiendo que fuese una ilusión o un engaño de la fantasía, alargó la mano tímidamente, con esperanza e indecible curiosidad... ¡No! No era engaño. No era ilusión. Era una carta, indudablemente una carta, y dirigida a él... La cogió de la mesa. El corazón le latía fuertemente.

—De seguro la trajo ese bribón —pensó—, la puso ahí y después se le olvidó. Eso habrá sido.

La carta era del oficial Vahrameyev, joven colega y en un tiempo amigo del señor Goliadkin.

—Con todo, ya lo preveía yo —pensó nuestro héroe—. Y hasta preveo ahora lo que dirá la carta.

Decía así:

Muy señor mío, Yakov Petrovich:

Su criado está borracho y lo que dice no tiene pies ni cabeza. Por eso prefiero contestar a usted por escrito. Me apresuro a comunicarle que cumpliré con fidelidad y exactitud el encarga que me hace, a saber, entregar una carta a la persona que usted sabe. Esa persona, que usted conoce bien y que ahora ha venido a reemplazar a un ex-amigo cuyo nombre callo (porque no quiero manchar la honra de alguien que es enteramente inocente), vive conmigo en el domicilio de Karolina Ivanovna, en la misma habitación que, cuando vivía usted aquí, ocupaba un oficial de infantería procedente de Tambov. Sin embargo, a esa persona se la puede siempre ver en compañía de gentes honradas y sinceras, cosa que no cabe decir de algunos que me sé. Tengo la intención de cortar con esta fecha toda relación con usted, ya que es imposible mantener el tono amistoso y la identidad de pareceres de nuestra camaradería anterior. Por eso le pido, señor mío, que no bien reciba esta franca misiva se sirva mandarme los dos rublos que me adeuda por las navajas de afeitar de manufactura extranjera que, como recordará, le vendí a crédito hace siete meses, cuando aún vivíamos juntos en casa de Karolina Ivanovna, señora a la que profundamente respeto. Obro de este modo porque, a juzgar por los comentarios de gente de talento, ha perdido usted su pundonor y buen nombre y se ha convertido en una amenaza a la moralidad de las personas inocentes y puras. Porque sepa que hay quienes no viven de acuerdo con la verdad, quienes mienten con la palabra y cuya cara de hombres de buena voluntad es sospechosa. En lo de

tomar partido a favor de Karolina Ivanovna —señora siempre de intachable conducta y, aunque soltera y ya no joven, de buena familia extranjera—, sepa usted que siempre y dondequiera se hallarán gentes prontas a hacerlo. Lo cual varias personas me han pedido que mencione aquí de paso y que yo, a mi vez, hago constar por mi cuenta. En todo caso se enterará usted oportunamente de todo, si es que ya no lo sabe, dado que, según los comentarios de gente entendida, ha cobrado usted mala fama en sus correrías por la capital y puede, por consiguiente, haber oído en muchos sitios lo que de usted se dice. En conclusión, señor mío, debo informarle que la persona de usted conocida, cuyo nombre no menciono aquí por razones tan obvias como honorables, goza de la alta consideración de gentes de buen juicio. Además, es de carácter festivo y agradable y sus éxitos son tan notables en su trabajo como entre las personas sensatas; sin contar que es fiel a su palabra y a sus amigos y no los insulta a sus espaldas mientras que les pone buena cara cuando están delante. En todo caso, quedo atento y seguro servidor suyo

N. Vahrameyev.

P.S. Despida usted a su criado. Es un borrachín y con toda probabilidad le causará muchos quebraderos de cabeza. Tome a Yevstafi, que estaba aquí antes de criado y ahora se encuentra sin trabajo. Su criado de ahora no sólo es un borrachín, sino un ladrón, y la semana pasada vendió por menos de su valor una libra de azúcar en terrón a Karolina Ivanovna, lo que a mi parecer sólo puede haber hecho hurtándole a usted de cuando en cuando pequeñas cantidades. Le digo esto para su bien, a pesar de que algunos individuos sólo saben insultar y engañar, sobre todo a las personas honradas y de buen carácter, difamándolas cuando no están delante y haciéndolas parecer lo contrario de lo que son. Y lo hacen sólo por envidia, por carecer ellos mismos de tales cualidades.

V.

Después de leer la carta de Vahrameyev, nuestro héroe continuó largo rato inmóvil en el sofá. Una como nueva luz se filtraba por entre la vaga y misteriosa bruma que le envolvía desde dos días antes. Nuestro héroe empezó a comprender un poco... Quiso levantarse y dar un par de vueltas por la habitación a fin de reanimarse, ordenar sus dispersos pensamientos, enfocarlos sobre un tema determinado y luego, una vez repuesto, examinar sensatamente su situación. Pero no bien intentó

levantarse, volvió a caer, débil y agotado, en el sofá.

—Claro, yo ya lo había previsto. ¿Pero por qué ha escrito esto y cuál es el recto sentido de estas palabras? Pongamos que conozco el sentido, pero ¿a qué conduce esto? Si me hubiera dicho sin rodeos: «tal y tal, esto y lo otro, lo que se necesita es tal cosa», yo lo habría hecho. ¡Qué desagradable giro toma el asunto! ¡Ay! ¡Quisiera que fuese ya mañana para poner manos a la obra! Ahora ya sí sé lo que debo hacer. Diré, «pues sí, tal y tal, estoy de acuerdo en que hay que aclarar el asunto, pero lo que es mi honor, eso no lo vendo, etc. etc.». ¿Pero cómo es que la persona de marras, ese individuo de mal agüero, anda metido en esto? ¿Y por qué precisamente? ¡Ay, si fuese mañana! Hasta entonces seguirán calumniándome. ¡Intrigan contra mí, procuran mortificarme! Lo importante es no perder tiempo, escribir ahora mismo una carta y decir solamente que, bueno, tal y tal, y que estoy de acuerdo con tal y tal. Y mañana, en cuanto se haga de día, la mando y voy a la oficina lo más temprano posible... y, por otra parte, tomo la ofensiva y advierto a esos señoritos... Pero me calumniarán, ¡vaya si lo harán!

El señor Goliadkin acercó una hoja de papel, tomó una pluma y escribió la siguiente misiva en respuesta a la carta de Vahrameyev:

Muy señor mío, Néstor Ignatievich:

Con estupor y honda pesadumbre he leído su afrentosa carta, pues por ella veo claramente que cuando habla usted de personas descaradas y falsamente bienintencionadas, se refiere usted a mí. Veo con verdadera pena la rapidez, buen éxito y profundo arraigo de las calumnias que han cundido en perjuicio de mi bienestar, mi honra y mi buen nombre. Y ello es tanto más ultrajante y deplorable cuanto que gentes de bien, de genuina magnanimidad y, sobre todo, de rectitud y franqueza de carácter, echan por alto sus genuinos intereses y ponen sus mayores dotes al servicio de la nociva corrupción que, por desdicha, se propaga con tanto brío y amplitud en este tiempo nuestro, tan penoso e inmoral. Diré en conclusión que considero deber sagrado abonarle en su totalidad la deuda de dos rublos que menciona usted.

En cuanto a sus alusiones, señor mío, a cierta persona de sexo femenino, como asimismo a los propósitos, cálculos y designios de dicha persona, diré que sólo vaga e imprecisamente pude entenderlos. Permítame, señor mío, proteger de cualquier baldón mi buen nombre y mis elevados pensamientos. De todos

modos, estoy dispuesto a discutir el caso personalmente con usted, ya que prefiero el contacto personal a la comunicación por escrito; y, además, estoy dispuesto a llegar a acuerdos conciliatorios si, por supuesto, son mutuamente aceptables. Con tal objeto, le ruego que comunique a esa persona mi deseo de llegar a un entendimiento y pedirle, además, que señale hora y sitio para una entrevista. He leído con amargura, señor mío, sus insinuaciones de que le he ofendido, de que he traicionado nuestra amistad anterior y hablado desdeñosamente de usted. Todo ello lo atribuyo a un malentendido, a la vil calumnia, envidia y mala voluntad de aquellos a quienes con razón puedo llamar mis peores enemigos. Pero probablemente no saben que la inocencia es la fuerza de mi inocencia, y que su desvergüenza, impudicia e insolente familiaridad harán recaer sobre ellos el desprecio general y, además, serán destruidos por su indignidad y depravación. Ruego a usted, en conclusión, que haga saber a tales personas que sus extrañas pretensiones y su innoble y quimérico afán de expulsar a otros de los puestos que ocupan por el sencillo hecho de existir en este mundo, a fin de ocupar ellos esos puestos, son motivo de consternación, desprecio y lástima y, por añadidura, de reclusión en una casa de orates. Aparte de que actitudes de esa índole están rigurosamente prohibidas por la ley, lo que, a mi juicio, es justo, puesto que cada cual debe contentarse con su propio puesto, todo tiene sus límites, y si esto es una broma, es demasiado pesada; peor todavía, absolutamente inmoral, pues me atrevo a asegurar a usted, señor mío, que las ideas que arriba expongo acerca de que cada cual debe contentarse con su puesto, son absolutamente morales.

En todo caso, tengo el honor de quedar de usted seguro servidor

Y. Goliadkin.

Capítulo X

Cabe decir que en general los acontecimientos de la víspera habían perturbado profundamente al señor Goliadkin. Había pasado muy mala noche; apenas durmió cinco minutos en total. Era como si un truhán le hubiera puesto cerdas en la cama. Pasó toda la noche en una especie de duermevela, dando vueltas en el lecho, suspirando y quejándose, aletargándose un instante para despertar al siguiente; todo ello emparejado con una extraña congoja, con vagos recuerdos y pavorosas visiones, en suma, con todo cuanto puede haber de más desagradable… A veces se le aparecía la figura de Andrei Filippovich en una funambulesca y

misteriosa media luz, figura enjuta y airada, de mirada dura y cruel y con un gesto de amonestación fríamente cortés en los labios... Y el señor Goliadkin se apresuraba a acercarse a él para justificarse de algún modo y demostrarle que no era en absoluto como sus enemigos lo pintaban, sino de esta o estotra manera, y que poseía aquello y lo de más allá por encima de sus congénitas dotes normales. Pero en cuanto hacía se presentaba el consabido sujeto de maligna disposición, lo echaba todo a rodar del modo más exasperante, daba de un golpe en tierra con todos los propósitos del señor Goliadkin, allí mismo, ante sus propios ojos, ultrajaba su buen nombre, manchaba su orgullo de fango y seguidamente le suplantaba en la oficina y la sociedad. A veces el señor Goliadkin sentía en la cabeza el escozor de un golpe recibido poco antes y sumisamente aceptado, bien en sociedad o bien en el cumplimiento de las obligaciones de su cargo, cuando la protesta hubiera sido difícil. Y mientras se devanaba los sesos para averiguar por qué precisamente era difícil protestar del golpe, su noción de éste asumía imperceptiblemente una nueva forma, la de una pequeña pero no insignificante villanía que había presenciado, oído o cometido él mismo hacía poco. Y cometido a menudo, aunque no por ruindad, sino por casualidad alguna vez, por delicadeza otra, porque se sentía enteramente indefenso alguna más, y, finalmente, porque..., en fin, el señor Goliadkin conocía muy bien ese porque. En ese punto se abochornaba en su sueño y, al intentar disimular el bochorno, murmuraba para sí que entonces hubiera podido mostrar firmeza de carácter, sin duda mayor firmeza de carácter. Y terminaba por preguntarse qué era la firmeza de carácter y por qué tenía que mencionarla en ese momento. Ahora bien, lo que más le enfurecía y exasperaba era que en ese preciso instante, lo llamaran o no, aparecía sin falta el consabido individuo con su repugnante y malévola disposición. Y una vez más, a pesar de que el caso era ya notorio, musitaría con su infame sonrisita: «¿Qué tiene que ver esto con la firmeza de carácter? ¿Qué firmeza de carácter podemos mostrar tú y yo, Yakov Petrovich?» A veces soñaba el señor Goliadkin que se hallaba en la excelente compañía de personas conocidas por su ingenio y urbanidad y que él, por su parte, se distinguía asimismo por su agudeza y buen trato; que todos le estimaban, incluso algunos de sus enemigos que estaba presentes, lo cual le resultaba muy agradable. Todos le daban la precedencia y, por último, escuchaba con gusto cómo el anfitrión se llevaba aparte a uno de los invitados y colmaba de alabanzas al señor Goliadkin... Pero de pronto, sin motivo aparente, volvía a

presentarse el sujeto conocido por su malevolencia e impulsos bestiales bajo la forma del señor Goliadkin II y, al instante, con sólo su aparición, desbarataba todo el triunfo, toda la gloria del señor Goliadkin I, lo eclipsaba, lo hundía en el fango y mostraba a las claras que el señor Goliadkin I, el auténtico, no era en absoluto auténtico, sino una imitación, y que el auténtico era él. Y, por último, que el señor Goliadkin I no era lo que parecía, sino tal y cual, y que, por lo tanto, no debía ni podía de derecho pertenecer a la sociedad de personas bien nacidas y de buena voluntad. Y esto sucedía con tanta rapidez que el señor Goliadkin I apenas tenía tiempo de abrir la boca cuando ya todos se entregaban en cuerpo y alma al falso y repugnante señor Goliadkin II y le rechazaban a él, al genuino e inocente señor Goliadkin, con muestras del más profundo desprecio. No había una sola persona cuya opinión no cambiara el señor Goliadkin II en un santiamén para ajustaría a la suya. No había una sola persona, aun la más insignificante de todo el grupo, a quien no hiciera la rueda el falso y pelafustán Goliadkin en su estilo más empalagoso, con quien no hubiera intentado congraciarse, ante quien, según su costumbre, no hubiera quemado el más deleitoso y aromático de los inciensos, lo que arrancaba lágrimas de supremo gozo a quien así se veía tratado. Y lo principal era que todo ocurría en un instante: la rapidez con que se movía el sospechoso y holgazán Goliadkin II era prodigiosa. Además, por ejemplo, lograba engatusar a uno y ganarse su beneplácito cuando, en un abrir y cerrar de ojos, ya estaba camelando a un segundo. Tan pronto como lo tenía «pescado» y le había arrancado sutilmente una sonrisa de benevolencia, ponía en movimiento sus rechonchas y vigorosas pernezuelas y se iba a adular afablemente a un tercero. Y antes de que pudiera uno abrir la boca asombrado, ya estaba haciendo lo mismo con un cuarto. ¡Era algo atroz! ¡Pura magia! Y todos estaban contentos de él, todos lo estimaban, todos lo ensalzaban y proclamaban en coro que, en amabilidad y agudeza satírica, superaba con mucho al Goliadkin auténtico. De ese modo humillaban al genuino e inocente Goliadkin, rechazaban al probo Goliadkin, perseguían al benevolente Goliadkin y colmaban de insultos al auténtico Goliadkin, tan conocido por su amor al prójimo.

Acongojado, amedrentado, furioso, el tan sufrido señor Goliadkin salió veloz a la calle e intentó tomar un coche de punto para ir sin perder un instante a casa de Su Excelencia, o al menos a la de Andrei Filippovich. Pero, ¡horror de horrores!, el cochero se negó en redondo a llevar al señor Goliadkin, diciendo: «No

puedo llevar a dos personas exactamente iguales, señor. El hombre bueno trata de vivir honradamente y no de cualquier modo y, además, nunca tiene un doble.» En un acceso de vergüenza, el enteramente honrado señor Goliadkin miró a su alrededor y comprobó que, efectivamente, los cocheros y Petrushka, que estaba en conjura con ellos, llevaban razón. El perverso señor Goliadkin se hallaba, en efecto, allí, junto a él, y de acuerdo con su ruin costumbre, se preparaba en ese crítico instante a hacer algo sumamente indecoroso, algo que de ningún modo pondría de manifiesto la nobleza de carácter que exigía la buena crianza, nobleza de la que en todo momento tanto se ufanaba el abominable señor Goliadkin II. Fuera de sí, presa de bochorno y desesperación, el desbaratado pero legítimo señor Goliadkin huyó ciego a donde el destino lo llevara. Pero con cada paso, con cada pisada en la acera de granito, surgía como de debajo de la tierra la copia exacta del perverso y repugnante Goliadkin. Y todas estas exactas contrahechuras echaban a correr una tras otra no bien aparecían, en larga procesión, como fila de gansos, meciéndose y bamboleándose en pos del señor Goliadkin I. No había manera de escapar. Al señor Goliadkin, tan digno de lástima, se le cortó el resuello del terror que sentía, y más aún cuando surgió al fin una multitud tan inmensa de tales copias exactas que la capital entera quedó abarrotada de ellas, y un agente policía, viendo tamaña perturbación del orden, se vio obligado a cogerlas del pescuezo y meterlas en una garita que había allí a mano... Helado y rígido de espanto, nuestro héroe despertó. Y, helado y rígido de espanto, se hizo cargo de que su vigilia apenas era mejor que su sueño... Se sentía oprimido, atormentado... Tal era su angustia que se le antojaba que alguien le arrancaba el corazón a dentelladas...

Acabó por no poder aguantar más. «¡Esto no puede seguir así!», exclamó levantándose con coraje de la cama y despertando por completo al ruido de esta exclamación. Hacía ya largo rato que era de día. En la habitación había más luz que de ordinario. Densos rayos de sol se filtraban por los cristales incrustados de escarcha e inundaban profusamente la habitación, lo que no dejó de sorprender al señor Goliadkin, pues por lo común ello no ocurría sino a mediodía. Nunca antes, si no le era infiel la memoria, se había registrado irregularidad semejante en el curso de las celestes luminarias. Pero apenas tuvo tiempo de sorprenderse cuando el reloj al otro lado del tabique empezó a zumbar en señal de que iba a dar la hora.

—¡Ah, ya! —pensó el señor Goliadkin disponiéndose a

escuchar con ansiosa expectación...

Pero para acabar de consternarle por completo, el reloj, tras un esfuerzo supremo, dio la una.

"—¿Qué es esto? —gritó nuestro héroe saltando del lecho. En paños menores, sin dar crédito a sus oídos, se precipitó al otro lado del tabique. El reloj marcaba, efectivamente, la una. El señor Goliadkin miró la cama de Petrushka; pero en la habitación ni siquiera olía a Petrushka. La cama de éste había sido hecha hacía rato y dejada tal cual estaba. Sus botas tampoco se veían por ninguna parte, señal cierta de que no se hallaba en casa. El señor Goliadkin corrió a la puerta. La puerta estaba cerrada con llave.

—¿Dónde estará? —murmuró extrañamente agitado y sintiendo que todo el cuerpo le temblaba. De súbito le vino a las mientes una idea. Corrió a la mesa, miró, revolvió. ¡Nada! Su carta de la víspera a Vahrameyev había desaparecido... También había desaparecido Petrushka, el reloj marcaba la una, y en la carta de Vahrameyev había algunos pormenores nuevos que, aunque oscuros el día antes, resultaban ahora perfectamente claros. ¡En fin, estaba visto! ¡Habían comprado a Petrushka! ¡Ni más ni menos!

—¡Conque es ahí donde se ha fraguado la conjura! —exclamó el señor Goliadkin dándose una palmada en la frente y abriendo mucho los ojos—. ¡Conque es en la madriguera de esa detestable alemana donde se esconde toda esa fuerza maligna! ¡Así, pues, el decirme que fuera al puente Izmailovski fue sólo una diversión táctica para que me desorientara y me apartara de la pista! ¡La muy bruja! ¡Y así es como me ha estado asediando! ¡Sí, así! ¡Si se mira la cosa de este modo, se ve que eso es precisamente lo que ha pasado! También queda plenamente aclarada la aparición de ese granuja. Todo encaja bien. Le han tenido a buen recaudo largo tiempo, le han estado preparando y conservando para el día fatal. ¡Y hay que ver cómo ha resultado todo! En fin, no importa. ¡No se ha perdido tiempo!...

Entonces el señor Goliadkin recordó con horror que había dado ya la una.

—¿Y qué si han tenido tiempo ya para?... —se le escapó un gemido—. No. Mienten. No habrán tenido tiempo. Veremos...

Se vistió a la buena de Dios, tomó papel y pluma y garabateó la siguiente nota:

Muy señor mío, Yakov Petrovich:

O usted o yo. Ya no hay sitio para los dos. Y por ello le hago saber que su extraño, ridículo e imposible deseo de parecer mi mellizo y hacerse pasar por tal sólo servirá para provocar su descalabro y deshonra. Por eso le pido que por su propio bien se retire y deje vía libre a quienes son verdaderamente hombres de honor y de buenas intenciones. En caso contrario estoy dispuesto a recurrir a las medidas más enérgicas. Dejo la pluma y espero…

Quedo a su disposición — incluso con pistolas.

Y. Goliadkin.

Nuestro héroe se frotó briosamente las manos cuando concluyó la nota. Seguidamente se puso el gabán y el sombrero, abrió la puerta de su domicilio con una llave de repuesto y tomó el camino de la oficina. Llegó a ella, pero decidió no entrar. Ya era, en efecto, muy tarde: su reloj marcaba las dos y media. De improviso, un incidente, trivial al parecer, ahuyentó algunas de sus dudas. De detrás del edificio donde estaba la oficina apareció de pronto un hombrecillo jadeante y colorado de rostro, quien furtivamente, como una rata, trepó por los escalones de entrada y se coló en el vestíbulo. Era el escribiente Ostafyev, muy conocido del señor Goliadkin, hombre útil en ocasiones y dispuesto a hacer cualquier cosa por diez kopeks. Conociendo el flaco de Ostafyev y sospechando que, tras ausentarse de la oficina so pretexto de una «necesidad urgente», tendría más ganas que nunca de procurarse diez kopeks, nuestro héroe resolvió no escatimar el dinero. Subió los escalones y entró en el vestíbulo en seguimiento de Ostafyev, lo llamó, y con aire misterioso le indicó que fuera con él a un rincón apartado, tras una enorme estufa de hierro, donde nuestro héroe empezó a interrogarle.

—Bueno, amigo, ¿qué tal van las cosas?... Tú ya me entiendes...

—A su servicio, señor. ¿Cómo está usted?

—Bien, amigo, gracias. ¿Ves lo que tengo aquí?

—¿Qué quiere usted saber? — Ostafyev se llevó la mano a la boca, que había abierto sin querer.

—Pues mira, amigo, yo... Pero no vayas tú a pensar nada… ¿Está Andrei Filippovich ahí?

—Sí está.

—¿Y los demás empleados?

—También están, como es obligatorio.

—¿Y Su Excelencia también?

—Su Excelencia también —el escribiente volvió a taparse la boca con la mano y miró al señor Goliadkin con lo que a éste le pareció curiosidad y extrañeza.

—¿Y no hay nada de particular, amigo?

—Nada. Nada en absoluto.

—Y de mí, ¿no se dice nada, amigo? ¿Se dice algo? ¿Alguna cosilla? ¿Me entiendes?

—No. Nada por el momento —el escribiente volvió a cubrirse la boca y una vez más miró con extrañeza al señor Goliadkin. Nuestro héroe trataba de escudriñar el rostro de Ostafyev para inferir si disimulaba algo. Y, en efecto, algo parecía ocultar. Ostafyev se tornaba cada vez más grosero y descortés y, contra lo ocurrido al iniciarse la conversación, no mostraba ahora interés ni simpatía por los asuntos del señor Goliadkin.

—Hasta cierto punto está en su derecho —pensó éste—. ¿Qué soy yo para él? Quizá la parte contraria le haya untado ya la mano y por eso ha salido so pretexto de una «necesidad urgente». En fin, yo ahora...

El señor Goliadkin comprendió que había llegado el momento de sacar los kopeks.

—Aquí tiene, amigo...

—Muy agradecido, señor.

—Te daré más.

—¿Dice usted, señor?

—Te daré en seguida más y, cuando terminemos, otra cantidad igual. ¿Entiendes?

El escribiente guardó silencio y, tieso como un huso, miró al señor Goliadkin.

—Bien. Ahora habla. ¿No has oído decir nada de mí?

—Pues no creo..., ahh..., nada por el momento…

—Ostafyev respondía haciendo pausas y, al igual que señor Goliadkin, con cierto aire de misterio, alzando un poco las cejas, mirando al suelo, procurando dar con el tono adecuado, y, en suma, tratando a toda costa de ganarse la cantidad prometida, dado que lo recibido hasta entonces lo consideraba ya ganado.

—¿Y no ha habido nada?

—De momento, nada.

—Escucha..., ahh..., quizá haya algo, ¿no crees?

—Por supuesto, quizá haya algo más adelante.

—¡Malo! —pensó nuestro héroe—. Mira, aquí tiene más, amigo.

.—Muy agradecido, señor.

.—¿Estuvo ahí Vahrameyev ayer?

—Sí, señor.

.—¿Y no hubo alguien más? Haz memoria, amigo.

El escribiente hizo memoria un momento y no recordó nada relativo al caso.

—No, señor, no hubo nadie más.

—Hum.

Hubo un silencio.

—Escucha, amigo, aquí tienes más. Dímelo todo punto por punto.

—Sí, señor —Ostafyev estaba ahora más suave que un guante, que era lo que buscaba el señor Goliadkin.

—Dime, amigo, ¿cómo está ahora?

—Pues está bien, señor —repuso el escribiente, mirando fijamente al señor Goliadkin.

—¿Cómo está de bien?

—Pues... bien —Ostafyev arqueó las cejas significativamente. Pero estaba ya en un atolladero y no sabía qué decir.

—¡Malo! —pensó el señor Goliadkin—. ¿No hubo algo más en el caso de Vahrameyev?

—Lo mismo que de costumbre.

—Piénsalo bien.

—Dicen que sí hubo algo.

—¿Y qué fue?

Ostafyev se llevó la mano a la boca.

—¿No había por allí una carta para mí?

—Miheyev, el vigilante, ha ido hoy a casa de Vahrameyev..., allí donde vive esa señora alemana... De modo que, si usted lo desea, puedo ir a preguntar.

—¡Hazme ese favor, amigo, por lo que más quieras!... Estoy a punto de... No vayas a pensar nada, sólo que voy a… Pregunta, amigo, y entérate de si están tramando algo que tenga que ver conmigo. Lo que hace él. Eso es lo que necesito. Entérate de ello, amigo, y te daré una gratificación...

—Así lo haré, señor. En el sitio de usted ha estado hoy sentado Ivan Semionovich.

—¿Ivan Semionovich? ¡Ah, sí! ¿De veras?

—Andrei Filippovich le dijo que se sentase allí...

—¡No me digas! ¿Con qué motivo? ¡Entérate, chico, por amor de Dios! Entérate de todo y te daré una gratificación. Eso es lo que necesito saber. Pero no vayas a pensar que...

—Muy bien, señor. En seguida voy. Y usted, ¿no viene hoy?

—No, amigo mío. Solamente... he venido a echar un vistazo, pero después te daré una gratificación.

—Muy bien, señor.

El escribiente subió de prisa la escalera y el señor Goliadkin se quedó solo.

—¡Malo! —pensó—. ¡Malo, malo! ¡Qué feas se han puesto las cosas! ¿Qué sentido tendría todo ello? ¿Qué habrá querido decir ese borrachín con sus indirectas? ¿Quién anda tras esto? ¡Ah, ya sé quién es! Probablemente se enteraron y lo sentaron allí... ¿Pero de veras lo sentaron? Fue Ándrei Filippovich el que sentó allí a Ivan Semionovich. ¿Pero por qué lo sentó allí y con qué objeto? Lo probable es que se enteraran... Quien esta maquinando esto es Vahrameyev. Pero no, no Vahrameyeev, que es tonto de capirote. Son todos los demás los que lo incitan a hacerlo y los que han mandado aquí a ese tunante. ¡Y esa alemana tuerta se habrá quejado, siempre me he figurado que en este enredo hay algo que me da en la nariz y que en estos chismes de comadres hay gato encerrado. Ya se lo dije al doctor Rutenspitz: «Han jurado cortarle el cuello a un hombre, en el sentido moral de la frase, y para ello han echado mano de Karolina Ivanovna.» ¡Bien se ve que trabajan de mano maestra! Tras esto anda una mano maestra, y no Vahrameyev. Ya he dicho que Vahrameyev es un mastuerzo y esto... Pero ya sé quién está detrás de todos ellos: ¡ese impostor! De eso sólo depende, lo que explica en parte sus triunfos en la buena sociedad. Pero, francamente, me gustaría saber cómo se lleva ahora con ellos. ¿Pero por qué habrán recurrido a Ivan Semionovich? ¿Para qué demonios lo necesitan? ¡Como si no hubiesen podido dar con otro! Pero hubiera sido igual, quienquiera que se hubiera sentado allí. Sólo sé que ese Ivan Semionovich me ha sido sospechoso desde hace mucho tiempo. Ya dije de él tiempo atrás que era un viejo ruin y repugnante. Dicen que da dinero a réditos, y a interés de judío. Todo este tinglado lo ha montado el «oso». Es el «oso» el que anda metido en esto. Allí fue donde empezó la cosa, en el puente Izmailovski, allí empezó...

El señor Goliadkin arrugó la cara, como si hubiera mordido un limón, al recordar algo por lo visto muy enfadoso.

—Bueno, no importa —dijo al fin—. No hago más que pensar en mis cosas. ¿Por qué no viene Ostafyev? Probablemente está sentado en algún sitio o se ha detenido por algo. No me parece mal andar intrigando por mi cuenta y haciendo trabajo de zapa. Ostafyev, sólo con darle diez kopeks, estará de mi parte. ¿Pero de veras lo estará? ¡Ahí está el quid! Quizá ellos, a su vez, le hayan dado ya algo para ganárselo. ¡Porque tiene cara de ladrón,

de ladrón redomado! ¡Ese se calla alguna cosa! ¡El muy bribón! «No, no hay nada —dice—, y le estoy muy agradecido.» ¡Valiente bandido!

Se oyó un ruido y el señor Goliadkin se agachó tras la estufa. Alguien bajaba la escalera y salía a la calle.

—¿Quién será ése y a dónde irá? —pensó nuestro héroe. Un instante después volvieron a oírse pasos... El señor Goliadkin no pudo contenerse y asomó la punta de la nariz por detrás de su parapeto..., la asomó y al momento la volvió a esconder como si hubiera recibido un picotazo. Esta vez era alguien conocido, a saber, el sinvergüenza, el intrigante, el vicioso, que pasaba con sus habituales y rastreros pasitos cortos, echando los pies por delante como si fuera a darle una patada a alguien. «¡Canalla!», exclamó para sí nuestro héroe. Sin embargo, el señor Goliadkin no pudo menos de advertir que el canalla llevaba bajo el brazo una enorme cartera verde propiedad de Su Excelencia. Otro «encargo especial» pensó, enrojeciendo de humillación y agazapándose aún más en su escondite. No bien hubo pasado el señor Goliadkin II junto al señor Goliadkin I, sin percatarse de la presencia de éste, cuando se oyeron pasos por tercera vez, que nuestro héroe supuso serían los del escribiente. Y los de un escribiente eran, pero no Ostafyev, sino otro de pelo engominado y de nombre Pisarenko, que vino a buscarle tras la estufa. Ello sorprendió al señor Goliadkin.

—¿Por qué tiene que incluir a otros en el secreto? —pensó nuestro héroe—. ¡Gente más bárbara! ¡No hay nada sagrado para ellos!

—Bueno, ¿qué? —dijo volviéndose a Pisarenko—. ¿Quién te manda, amigo?

—Vengo por el asunto de usted. Hasta ahora nadie ha dicho ni hecho nada. Cuando haya algo se lo diremos.

—Y Ostafyev, ¿qué?

—No ha podido salir, señor. Su Excelencia ha pasado ya dos veces por el negociado. Y yo tampoco puedo quedarme aquí más tiempo.

—Gracias, muchacho, gracias. Dime sólo...

—De veras, señor, no tengo tiempo... Su Excelencia pregunta por nosotros a cada instante... Usted quédese aquí, y si hay algo relativo a su asunto, le avisaremos.

—No, amigo. Dime...

—Perdón, pero no tengo tiempo, señor —dijo Pisarenko soltándose del señor Goliadkin que lo tenía agarrado de la solapa —. De veras que no puedo. Usted quédese aquí y ya le

avisaremos.

—¡Un momento! ¡Sólo un momento, amigo! Mira, aquí tienes una carta. Te daré una gratificación.

—Diga, señor.

—Trata de dársela al señor Goliadkin.

—¿A Goliadkin?

—Sí, amigo, al señor Goliadkin.

—Bien, señor. En cuanto vaya, se la doy. Usted quédese aquí mientras tanto. Aquí nadie le verá...

—No. No vayas a creer, muchacho..., que estoy aquí para que nadie me vea. No estaré aquí, sino en la calle de al lado. Ahí hay un café y en él estaré esperando. Y si pasa algo, me lo cuentas todo. ¿Entiendes?

—Muy bien. Entiendo, pero déjeme ir ahora.

—¡Te daré una gratificación, amigo! — gritó a Pisarenko, que ya había logrado soltarse.

—Ese pillo parecía más grosero hacia el final —pensó nuestro héroe, saliendo a hurtadillas de detrás de la estufa—. Bien se ve que es otro trapisondista por el estilo. Al principio fue esto y aquello... ¡Pero vaya prisa que llevaba! Habrá mucho trabajo. Y Su Excelencia había pasado ya dos veces por el negociado... ¿Con qué motivo habrá sido?... En fin, no importa. Quizá no signifique nada. Ya veremos...

El señor Goliadkin iba a abrir la puerta para salir a la calle cuando, inopinadamente, en ese mismo instante llegó con gran estruendo el carruaje de Su Excelencia. Antes de que el señor Goliadkin pudiera volver de su asombro, se abrió desde dentro la portezuela del vehículo y el ocupante saltó al escalón de entrada. El recién llegado no era otro que el señor Goliadkin II, que había salido diez minutos antes. El señor Goliadkin I recordó que el director vivía sólo a dos pasos de allí.

—Lleva un encargo especial —se dijo nuestro héroe.

Mientras tanto, el señor Goliadkin II, sacando del vehículo una voluminosa cartera verde y otros papeles y dando unas órdenes al cochero, abrió la puerta, casi dando con ella al señor Goliadkin I, y volviéndole adrede la espalda para mejor expresar su desprecio, subió con presteza la escalera de la oficina.

— ¡Malo! — pensó el señor Goliadkin—. ¡A este punto hemos llegado! ¡Y no se da pisto, que digamos! ¡Santo cielo!

Nuestro héroe permaneció inmóvil medio minuto más. Por último, tomó una determinación. Sin pararse a pensar, todo tembloroso y con el corazón martilleándole el pecho, subió a todo

correr la escalera en seguimiento de su amigo.

—¡Ah! ¡Que pase lo que tenga que pasar! ¿A mí qué se me da? ¡Yo estoy fuera de todo! —pensaba, mientras se quitaba el sombrero, el gabán y los chanclos en el vestíbulo.

Anochecía cuando el señor Goliadkin entró en su negociado. En la sala no estaban ni Andrei Filippovich ni Antón Antonovich. Ambos habían ido al despacho del director a presentar sus informes, y el director, a su vez como se podía oír claramente, se aprestaba a presentar el suyo al director general. Por ello, y también porque aumentaba la oscuridad e iban a cerrarse las oficinas, los funcionarios, en particular los más jóvenes, estaban casi todos desocupados cuando entró nuestro héroe, formando corros, hablando y riendo, y algunos de los más bisoños, esto es, de los funcionarios aún sin funciones oficiales, aprovechándose del bullicio general, se habían puesto a jugar a la raya en un rincón junto a una de las ventanas. Sabiendo lo que convenía y sintiendo en ese punto la necesidad perentoria de beneplácito, el señor Goliadkin se acercó a algunos de los que mejor conocía para darles los buenos días, etc., etc. Pero sus colegas contestaron a sus saludos de manera harto extraña. La impresión que le causaron la frialdad general, la sequedad y, cabría decir, la severidad con que fue recibido le desagradaron más de la cuenta. Nadie le alargó la mano. Algunos sólo dijeron «¡hola!» y se alejaron de él. Otros se limitaron a hacer una inclinación de cabeza. Uno le volvió la espalda, fingiendo no haberlo visto. Y finalmente —y esto fue lo que más le ofendió— algunos de los más jóvenes, de los que aún no habían entrado en el escalafón, mozalbetes que, como decía con justicia el señor Goliadkin, sólo servían para jugar a la raya y andar callejeando, se acercaron al señor Goliadkin y lo fueron rodeando poco a poco, casi impidiéndole la salida. Todos le contemplaban con lo que podría tomarse por insolente curiosidad.

Era mala señal… El señor Goliadkin se dio cuenta de ello y se dispuso con buen acuerdo a no darse por enterado. De pronto, algo enteramente inesperado vino, como se dice, a dar la puntilla al señor Goliadkin, a destruirle definitivamente.

En el grupo de los jóvenes colegas que lo circundaban apareció de pronto y como de propósito — y en el momento más angustioso para el señor Goliadkin — el señor Goliadkin II, alegre como de ordinario, con la sonrisa de siempre, travieso como de costumbre, en suma: díscolo, saltarín, pelotillero, reidor, suelto de lengua y ligero de pies, como siempre, como antes, igual que la víspera, cuando también se había presentado en un momento

sumamente desagradable para el señor Goliadkin I. Gesticulando, haciendo piruetas y dando saltitos, con una sonrisilla que daba las «buenas tardes» a todo el mundo, se deslizó entre el grupo de empleados, dio la mano a uno, palmoteo el hombro de otro, abrazó de paso a un tercero, explicó a un cuarto el encargo que le había confiado Su Excelencia, a dónde había ido, qué había hecho, qué había llevado consigo; al quinto, que era probablemente su mejor amigo, le dio un sonoro beso en los labios... En suma, todo ocurrió punto por punto como lo había soñado el señor Goliadkin I.

Cuando hubo retozado a sus anchas y tratado a todos a su manera, inclinándolos a favor suyo —fuérale ello necesario o no-, embaucándolos con zalamerías, de pronto y probablemente por equivocación, el señor Goliadkin II, que hasta entonces no se había percatado de la presencia de su ex-amigo, también alargó la mano al señor Goliadkin I. Probablemente por equivocación también, aunque él sí había tenido tiempo de observar al innoble Goliadkin II, nuestro héroe agarró con ansia la mano que tan inesperadamente se le ofrecía y la apretó con la mayor fuerza y cordialidad, en un extraño e imprevisto arranque íntimo y con una emoción en que despuntaban las lágrimas. Es difícil puntualizar si a nuestro héroe lo engañó ese primer gesto de su infame enemigo, o si no supo qué hacer, o bien si sintió y comprendió en el fondo del alma todo el alcance de su vulnerabilidad. Lo cierto es que el señor Goliadkin I, en pleno dominio de sus facultades, por propia voluntad y ante testigos, había estrechado calurosamente la mano de aquel a quien llamaba su enemigo mortal. Mas cuáles no serían su sorpresa, horror y furia, cuáles no serían su espanto y vergüenza cuando su adversario y enemigo mortal, el innoble señor Goliadkin II, al darse cuenta del error cometido por el hombre inocente a quien venía persiguiendo y alevosamente engañando, arrancó de pronto, con intolerable descaro y grosería, su mano de la mano del señor Goliadkin I, y lo hizo sin escrúpulos, sin piedad, sin compasión, sin delicadeza. Como si ello no bastara, se sacudió la mano como si la hubiese metido en algo inmundo. Más aún, escupió a un lado, acción que acompañó de un gesto sobremanera ofensivo. Y, encima de todo, sacó el pañuelo y del modo más afrentoso se limpió uno a uno los dedos que habían estado momentáneamente en la mano del señor Goliadkin I. Mientras obraba de tal modo, el señor Goliadkin II, según su indecente usanza, miraba intencionadamente en torno suyo para que todos vieran lo que hacía, miraba a cada uno de hito en hito,

tratando de causar en todos la peor impresión posible respecto del señor Goliadkin. La conducta injuriosa del señor Goliadkin II pareció provocar la indignación de todos los presentes. Incluso la frívola juventud manifestó su descontento. Se oyeron murmullos y comentarios por todas partes. La conmoción general no pudo pasar inadvertida del señor Goliadkin II. Pero, de pronto, una chanza oportuna del señor Goliadkin II desbarató y dio al traste con las últimas esperanzas de nuestro héroe e inclinó de nuevo la balanza del lado de su enemigo mortal.

—He aquí a nuestro Faublas ruso, señores. Permítanme presentarles al joven Faublas— chilló el señor Goliadkin II con su insolencia usual, escurriéndose ágilmente por entre los empleados mientras apuntaba al petrificado, aunque, en todo caso, genuino señor Goliadkin—. ¡Démonos un beso, alma mía! — agregó con familiaridad intolerable, acercándose a quien tan deslealmente había agraviado. La chirigota del despreciable señor Goliadkin II pareció causar el efecto deseado, ya que contenía una pérfida alusión a algo a todas luces conocido de los presentes. Nuestro héroe sintió en el hombro la pesada mano de sus enemigos. No obstante, tomó una decisión. Con ojos fulgurantes, rostro pálido y rígida sonrisa logró de algún modo zafarse del grupo, y con paso rápido y desigual fue derecho al despacho de Su Excelencia. En la antesala, tropezó con Andrei Filippovich que salía de ver a éste, y aunque en ella se hallaban en ese momento bastantes personas desconocidas del señor Goliadkin, nuestro héroe no hizo caso de su presencia. Audaz, flexible y resueltamente, asombrándose a sí mismo de su osadía, si bien jactándose en su fuero interno de ella, abordó sobre la marcha a Andrei Filippovich, quien quedó atónito ante tan súbita acometida.

—¡Ah! ¿Es usted?... ¿Qué se le ofrece? —preguntó el jefe de negociado, sin escuchar lo que, tartajeante, quería decirle el señor Goliadkin.

—Andrei Filippovich... Andrei Filippovich, ¿podría tener inmediatamente una entrevista personal con Su Excelencia? —inquirió por fin nuestro héroe con claridad y precisión, mientras clavaba una mirada intrépida en Andrei Filippovich.

—¿Qué?... ¡Claro que no! —respondió Andrei Filippovich midiendo con la suya de pies a cabeza al señor Goliadkin.

—Digo esto, Andrei Filippovich, porque me sorprende que nadie de aquí haya desenmascarado a ese granuja e impostor.

—¿A quién?...

—A ese granuja.

—Y, dígame, ¿a quién llama usted así?

—A cierto sujeto, Andrei Filippovich. Aludo a cierto sujeto. Estoy en mi derecho... A mi modo de ver, Andrei Filippovich, la autoridad superior debería apoyar una acción de este género —añadió el señor Goliadkin ya fuera de sí—. Usted mismo, Andrei Filippovich, puede ver probablemente que la mía es una acción honrosa que demuestra cabalmente mi intención de considerar a nuestro superior como a un padre. Yo, Andrei Filippovich, considero a nuestro benéfico superior como a un padre y le confío ciegamente mi suerte... Eso es todo...

Empezó a temblarle la voz, se puso encarnado y a sus párpados asomaron dos lágrimas.

Tan maravillado quedó Andrei Filippovich de oír al señor Goliadkin que retrocedió involuntariamente dos pasos. Luego miró inquieto a su alrededor... No es fácil decir cómo hubiese acabado aquello... Pero de improviso se abrió la puerta del despacho de Su Excelencia y salió éste en compañía de algunos funcionarios. Todos los que estaban en la antesala les siguieron. Su Excelencia indicó a Andrei Filippovich que se acercara y fue hablando con él de varios asuntos. Cuando todos abandonaron la antesala, el señor Goliadkin volvió en su acuerdo. Una vez tranquilo, buscó refugio bajo el ala de Antón Antonovich Setochkin, quien llegó cojeando tras todos los demás, con cara que al señor Goliadkin se le antojó severa y preocupada.

—Me he dejado ir de la lengua y he vuelto a meter la pata —dijo para su capote—. En fin, no importa.

—Espero que al menos usted, Antón Antonovich, consienta en escucharme y considerar mi caso —dijo en voz baja que la agitación hacía temblar aún ligeramente—. Rechazado por todos, acudo a usted. Aún no alcanzo a comprender qué significaban las palabras de Andrei Filippovich. Haga el favor de explicármelas, si puede...

—Todo quedará explicado a su debido tiempo —repuso Antón Antonovich severamente. Hizo una pausa y le miró como dando claramente a entender que no quería continuar la conversación—. En breve lo sabrá todo. Hoy mismo se le informará a usted oficialmente.

—¿Qué quiere decir lo de «oficialmente», Antón Antonovich? ¿Por qué «oficialmente»? —preguntó nuestro héroe con timidez.

—No nos incumbe a nosotros discutir lo que acuerda la autoridad superior, Yakov Petrovich.

—¿Por qué la «autoridad superior», Antón Antonovich? —insistió el señor Goliadkin con voz aún más tímida—. ¿Por qué la

«autoridad superior»? No veo motivo de molestar a la autoridad superior, Antón Antonovich… Quizá se refiere usted a algo de lo que pasó ayer.

—No. Nada tiene que ver con lo de ayer. Es otra cosa lo que no está bien en usted.

— ¿Qué es lo que no está bien, Antón Antonovich? Me parece que en mí todo está bien.

—¿No iba usted a armarle una trampa a alguien? —preguntó Antón Antonovich cortando en seco al desconcertado señor Goliadkin. Este se estremeció y se puso pálido como la cera.

—Por supuesto, Antón Antonovich —dijo con voz apenas perceptible—, si uno hace caso de calumnias y presta oído a sus enemigos, sin escuchar lo que la parte contraria tiene que decir, entonces, claro... Antón Antonovich, puede uno sufrir, aunque sea inocente y no tenga por qué.

— Precisamente. ¿Y qué me dice de su conducta improcedente en daño de la reputación de una dama joven y noble, perteneciente a una familia virtuosa, respetada y conocida que le hizo a usted muchos favores?

— ¿A qué conducta se refiere, Antón Antonovich?

— Precisamente. ¿Y no se acuerda tampoco de su loable conducta con otra joven que, aunque pobre, es de honrada procedencia extranjera?

— Con permiso, Antón Antonovich... Por favor, escúcheme, Antón Antonovich...

—¿Y su conducta desleal y calumniosa con otro individuo, acusándolo de algo de que usted mismo era culpable? ¿Eh? ¿Cómo llama usted eso?

—Yo no lo expulsé de casa, Antón Antonovich —dijo nuestro héroe echándose a temblar— , ni induje a Petrushka, mi criado, a que lo hiciera... Comió mi pan, Antón Antonovich, y disfrutó de mi hospitalidad —agrego con tan honda emoción que le tembló un poco la barbilla y casi se le saltaron las lágrimas.

—Eso es lo que usted dice, Yakov Petrovich —comentó Antón Antonovich, sonriendo desdeñosamente. En su voz había una nota irónica que desgarró el corazón del señor Goliadkin.

—Permítame una vez más, Antón Antonovich, que le pregunte humildemente: ¿sabe Su Excelencia todo esto?

—¡Pues claro! Pero ahora tengo que irme. No tengo tiempo que gastar con usted... Hoy se enterará de lo que le importa saber.

—¡Un minuto más, por amor de Dios, Antón Antonovich!...

—Ya me lo dirá después...

—No, Antón Antonovich. Verá usted que yo... Sírvase escuchar... Yo no estoy a favor del librepensamiento, antes al contrario, huyo de él. Yo estoy plenamente dispuesto... y hasta he dado curso a la idea de...

—Bien, bien. Ya he oído eso...

—No, Antón Antonovich. No ha oído usted esto. Esto es otra cosa, Antón Antonovich. Esto es bueno, bueno de verdad, y gusta oírlo... Yo, como he dicho antes, he dado curso a la idea de que la Providencia ha creado a dos seres idénticos y nuestra autoridad bienhechora, viendo en ello la mano divina, les ha dado cobijo. Eso está bien, Antón Antonovich. Ya ve que está muy bien, Antón Antonovich, y que ni remotamente soy un librepensador. Yo miro a nuestra autoridad bienhechora como a un padre. «Tal y cual», dice la autoridad bienhechora, «y usted..., ahh..., hay que dar trabajo a un joven». Apóyeme, Antón Antonovich. Póngase de mi parte... No lo hice con mala intención... Por amor de Dios, Antón Antonovich. Una palabra más, sólo una... Antón Antonovich. ..

Pero Antón Antonovich estaba ya lejos del señor Goliadkin... Nuestro héroe no sabía dónde se hallaba, que había oído, qué había hecho, qué le habían hecho a el o qué le harían; a tal punto le había confundido y trastornado lo que había oído y le había pasado. Con ojos implorantes buscó a Antón Antonovich entre el tropel de empleados para justificarse una vez más y decirle algo sumamente sensato, noble y agradable acerca de sí mismo... Pero una nueva luz empezaba a filtrarse poco a poco: a través de su mente alborotada, una luz nueva y terrible que alumbró de súbito una larga perspectiva de cosas hasta allí desconocidas en su totalidad y ni siquiera sospechadas... En ese momento sintió un ligero empujón en el costado. Miró y vio que era Pisarenko.

—Una carta, señor.

—¡Ah!... ¿Ya has ido allí, muchacho?

—No. La trajeron esta mañana a las diez. Sergei Miheyev, el vigilante, la trajo de casa del secretario Vahrameyev.

—Bien, amigo, bien. Te daré una gratificación.

Diciendo esto, el señor Goliadkin se metió la carta en un bolsillo interior del uniforme y se abrochó éste hasta el cuello. Luego echó un vistazo a su alrededor y quedó sorprendido al notar que ya estaba en el vestíbulo entre un grupo de colegas agolpados a la entrada, pues era la hora del cierre de oficinas. El señor Goliadkin no sólo no había advertido ese detalle, sino que ni se había percatado de que estaba con el gabán puesto, en chanclos y con el sombrero en la mano. Todos los funcionarios se

habían detenido en espera respetuosa. El motivo era que Su Excelencia había hecho alto al pie de la escalera, aguardando su coche que, por alguna razón, se había retrasado, y mantenía entre tanto una conversación muy interesante con dos de los consejeros y Andrei Filippovich. Algo desviado de éstos estaba Antón Antonovich en compañía de otros empleados quienes, viendo que Su Excelencia tenía a bien bromear y reírse, sonreían por su parte a más y mejor. Los funcionarios apiñados en lo alto de la escalera también sonreían, en espera de que Su Excelencia volviera a reírse. El único que no lo hacía era Fedoseich, el portero corpulento que, tieso como un poste, tenía cogido el picaporte, aguardando impaciente su dosis diaria de deleite, consistente en abrir con un rápido giro de la mano una hoja de la puerta, doblándose por la cintura y dejando pasar ceremoniosamente a Su Excelencia. Pero, por lo visto, el que estaba más contento de todos y sentía mayor satisfacción era el indigno e innoble enemigo del señor Goliadkin. En ese momento hasta se había olvidado de sus colegas, incluso había dejado de retozar y corretear entre ellos, como lo hacía de ordinario, y había desperdiciado la ocasión de engatusar a alguien. Era todo ojos y oídos y se encogía de modo extraño, seguramente para oír mejor, sin apartar la mirada de Su Excelencia. Sólo una sacudida apenas perceptible del brazo, pierna o cabeza delataba de vez en cuando la secreta conmoción de su espíritu.

—¡Vaya importancia que se da! —pensó nuestro héroe—. Parece un niño mimado, ¡el muy canalla! Quisiera saber qué es lo que le permite triunfar en la buena sociedad. No tiene talento, carácter, educación, o sentimientos. Lo que sí tiene el sinvergüenza es buena suerte. ¡Dios santo! ¡Hay que ver lo de prisa que puede trepar un hombre y hacer amistades! ¡Y éste subirá! ¡Apuesto cualquier cosa a que este pillo irá lejos! ¡Vaya si irá! ¡Qué suerte la del canalla! También me gustaría saber qué les dice a todos al oído, qué misterios se traen todos ellos entre manos y de qué secretos hablan. ¡Dios santo! ¿Como podría yo de igual manera... llevarme bien con ellos? Decirles «esto y lo otro» y quizá incluso preguntarle a él... Decirle «pues tal y cual..., ya no volveré a hacerlo..., yo tengo la culpa..., sí, Excelencia, hoy día un hombre joven tiene que trabajar; a mí no me incomoda mi oscuro empleo». ¡Eso es! No protestar de ningún modo y aguantarlo todo con humildad y paciencia. ¡Eso es! ¿Pero es así como debo obrar?... No. Al muy canalla no se le gana con palabras. ¡Ni a martillazos se le mete sentido común en la cabeza!... Pero, en todo caso, probaré. Si por acaso llega una

buena coyuntura, probaré...

Sintiendo, en su inquietud, aflicción y trastorno, que las cosas no podían quedar así, que había llegado el momento decisivo y era preciso hablar del caso con alguien, nuestro héroe se iba acercando un poco más al sitio donde estaba su indigno y misterioso amigo, cuando en ese instante llegó retumbante a la entrada del edificio el coche de Su Excelencia, tan largo rato esperado. Fedoseich abrió la puerta de un tirón y, encorvándose hasta el suelo, dio paso a Su Excelencia. Todos los que habían estado esperando se apresuraron a salir y durante un momento apartaron con sus apretujones al señor Goliadkin I del señor Goliadkin II.

—¡No te escaparás! —dijo nuestro héroe abriéndose paso a la fuerza por entre la muchedumbre y sin perder de vista a su presa. Por fin se disgregó el tropel. Nuestro héroe se sintió libre y salió disparado en persecución de su enemigo.

Capítulo XI

Casi sin aliento, el señor Goliadkin corrió en volandas tras su enemigo, que le iba tomando la delantera. Sentía una extraordinaria energía interior, pero, no obstante, sabía que un simple mosquito —supuesto que insecto semejante pudiera vivir en esa época del año en Petersburgo— lo hubiera podido derribar sin esfuerzo con una de sus alas. Se sentía en extremo débil y agotado y le parecía que no eran sus propias piernas las que lo llevaban —pues éstas se le doblaban y se negaban a hacer su oficio—, sino una fuerza singular y ajena a él. Pero quizá todo aquello acabaría siendo para bien.

—Para bien o para mal —pensaba, sin resuello apenas por la veloz carrera—, el hecho es que la partida esta perdida. De eso no cabe ya la menor duda. Todo ha terminado para mí. El asunto está claro, definido, firmado y sellado.

Con todo, nuestro héroe pareció resucitar de entre lo muertos, como si hubiera sobrevivido una batalla y logrado la victoria, cuando consiguió asir del gabán a su enemigo en el momento en que éste ponía el pie en el estribo de un coche de punto.

—¡Señor mío! ¡Señor mío! —gritó al innoble Goliadkin II después de atraparle—. Espero que usted...

—No. Por favor, no espere nada —respondió evasivo su insensible rival asentando un pie en el estribo mientras volteaba el otro inútilmente en el aire, tratando de meterlo en el vehículo sin perder el equilibrio, al par que esforzándose por arrancar su gabán de manos del señor Goliadkin I, quien lo tenía sujeto con toda la fuerza de que la Naturaleza le había dotado.

—Sólo diez minutos, Yakov Petrovich...

—Perdón, pero no tengo tiempo.

—Admita usted, Yakov Petrovich... Por favor, Yakov Petrovich... Por amor de Dios, Yakov Petrovich... Expliquémonos... de hombre a hombre... ¡Un segundo nada más, Yakov Petrovich!...

—Alma mía, no tengo tiempo —respondió el indigno enemigo del señor Goliadkin con irrespetuosa familiaridad so capa de cordial benevolencia—. Créame que en otra ocasión lo haré con la mejor voluntad del mundo... Pero ahora de veras que no puedo.

—¡Canalla! —pensó nuestro héroe—. ¡Yakov Petrovich! —exclamó angustiado—. Nunca he sido enemigo de usted. Gentes de mala índole me han hecho parecer injustamente distinto del que soy... Por mi parte, estoy dispuesto... Si le parece bien, Yakov Petrovich, vamos a algún sitio ahora mismo... Y allí, con la mejor voluntad del mundo, como usted acaba de decir muy bien,

con sinceridad, noblemente, podemos hablar del caso... ¡Mire, en este café, Yakov Petrovich! Ahí todo se explicará. Sin duda alguna...

—¿En este café? Muy bien. No me opongo. Pero con una condición, querido mío, con sólo una condición: que ahí todo se explique —dijo el señor Goliadkin II apeándose del coche y dando una palmada insolente a nuestro héroe en el hombro—. Eres un buen amiguito. Por ti, Yakov Petrovich, estoy dispuesto a meterme por esa callejuela, como dijiste bien en cierta ocasión. La verdad es que eres un pícaro y haces de uno lo que te da la gana —agregó, halagüeño y lisonjero, el falso amigo del señor Goliadkin.

Alejado de las calles principales, el café a que fueron los dos señores Goliadkin estaba enteramente vacío en ese momento. Una alemana rechoncha apareció tras el mostrador así que sonó la campanilla de la puerta. El señor Goliadkin y su indigno enemigo pasaron a un segundo aposento, donde un arrapiezo de rostro abultado y pelo al rape trajinaba con la estufa, haciendo lo posible por avivar con una brazada de leña el casi extinguido fuego. A petición del señor Goliadkin II les sirvieron chocolate.

—No está mal la gordita —dijo el señor Goliadkin II, con un guiño picaresco al señor Goliadkin I.

Nuestro héroe se ruborizó y no dijo nada.

—¡Ah, sí! Se me olvidaba. Perdón. Sé lo que a ti te gusta. Nosotros preferimos las alemanas delgaditas, tú y yo, ¿no es eso, Yakov Petrovich? Las delgaditas, pero que no carezcan de encantos. Alquilamos un cuarto en sus casas, las apartamos de la senda de la virtud, les entregamos nuestro corazón a cambio de su Biersuppe y su Milchsuppe, les damos instrucciones por escrito... Eso es lo que hacemos tú y yo, ¿eh, Faublas? ¡Valiente embaucador estás hecho!

Todo esto lo dijo el señor Goliadkin II a guisa de sutiles alusiones tan malignas como pueriles a cierta persona del sexo femenino, mientras daba coba y sonreía al señor Goliadkin I, fingiendo amabilidad y procurando demostrar, aunque falazmente, la cordial satisfacción que le causaba el encuentro con su homónimo. Pero percatándose de que el señor Goliadkin I no era tan tonto ni estaba tan falto de educación y urbanidad como para creerle sin más, ese hombre innoble resolvió cambiar de táctica y quitarse el disfraz. Así, pues, tras haberse expresado de tan soez manera, el falso Goliadkin, con irritante desvergüenza y familiaridad, dio una nueva palmada en el hombro al honrado Goliadkin y, no contento con ello, se puso a

juguetear con él de manera que la buena sociedad juzgaría indecorosa. No se le ocurrió otra cosa que repetir su fea travesura de antes, es decir, dar un pellizco en la mejilla al señor Goliadkin I, no obstante la repulsa y los gritos ahogados de éste. Ante tamaña indecencia, nuestro héroe se crispó de furia y guardó silencio..., al menos por de pronto.

—Eso es lo que dicen mis enemigos —contestó con voz trémula y dominándose con prudencia. Simultáneamente nuestro héroe miraba inquieto a la puerta. El señor Goliadkin II estaba, al parecer, de humor excelente y dispuesto a hacer nuevas diabluras, impermisibles en público y contrarias, en general, a las leyes de cortesía y las prácticas de la buena sociedad.

—Bien. En tal caso, como usted guste —respondió gravemente el señor Goliadkin II, apurando su taza con ansia plebeya y poniéndola en la mesa—. Pero no puedo quedarme mucho tiempo con usted... ¿Y qué tal está usted ahora, Yakov Petrovich?

—Una cosa sí puedo decirle, Yakov Petrovich —replicó nuestro héroe con digna frialdad—. Y es que nunca he sido enemigo de usted.

—¡Hum!... Bueno, y Petrushka, ¿qué tal? Se llama así, ¿no? ¿Qué tal está? ¿Bien? ¿Como siempre?

—Como siempre, Yakov Petrovich —contestó el señor Goliadkin I algo sorprendido—. Yo no sé, Yakov Petrovich... Por mi parte..., desde un punto de vista objetivo y cándido, estará usted de acuerdo en que...

—Sí. Pero usted sabe, Yakov Petrovich, que los tiempos que corren son difíciles —sentenció el señor Goliadkin con expresiva calma, haciéndose pasar mendazmente por hombre desdichado, arrepentido y digno de compasión—. Apelo a usted, Yakov Petrovich. Usted es inteligente y sensato —agregó halagándolo—. La vida no es un juego. Usted bien lo sabe, Yakov Petrovich —concluyó significativamente, dándose aires de hombre sabio Y erudito capaz de disertar sobre los temas más elevados.

—Por mi parte, Yakov Petrovich —respondió animado nuestro héroe—, desdeñando los rodeos y hablando directa y francamente, sin pelos en la lengua, como hombre probo, y poniendo el caso en un plano digno, le diré, Yakov Petrovich —le puedo asegurar franca y honradamente—, que no tengo culpa alguna y que, como usted mismo sabe, se trata de un error por ambas partes... Todo puede suceder..., el dictamen del mundo, la opinión de la chusma servil... Lo digo francamente, Yakov Petrovich: todo puede suceder. Digo todavía más: si se juzga así

el asunto, si se lo mira desde un punto de vista noble y elevado, declaro abiertamente y sin falsa vergüenza que me alegraré de saber que me he equivocado. Más aún, me será grato confesarlo. Usted bien lo sabe, porque es inteligente y, por añadidura, generoso. Estoy dispuesto a confesarlo sin sonrojo, sin falsa vergüenza... —concluyó nuestro héroe con nobleza y dignidad.

—¡Es el destino! ¡La suerte! Yakov Petrovich... Pero dejemos esto —suspiró el señor Goliadkin II—. Mejor será emplear los breves minutos de nuestro encuentro en un coloquio más provechoso y agradable, como cumple a dos colegas... La verdad es que durante todo este tiempo no he conseguido decirle dos palabras... Y no soy yo quien tiene la culpa, Yakov Petrovich...

—¡Ni yo tampoco! —interrumpió nuestro héroe con ardor—. ¡Ni yo tampoco! Me lo dice el corazón. Echemos la culpa a la suerte —añadió el señor Goliadkin I en tono plenamente conciliatorio. Su voz empezaba poco a poco a debilitarse y temblar.

—Bien. ¿Cómo va de salud? —preguntó con dulzura el descarriado.

—Estoy tosiendo un poco —repitió nuestro héroe aún más dulcemente.

—Cuídese. Con las epidemias que hay ahora puede coger uno un catarro de garganta. Yo, se lo confieso, ya he empezado a vestirme de franela.

—Efectivamente, Yakov Petrovich. Puede uno coger un catarro de garganta —asintió nuestro héroe tras ligera pausa—. Yakov Petrovich, ahora veo que me equivoqué... Recuerdo con emoción los momentos felices que pasamos juntos bajo mi pobre, aunque hospitalario, techo...

—No fue eso, sin embargo, lo que decía usted en su carta —comentó no sin reproche el señor Goliadkin II y, por cierto, con razón bastante (pero con razón bastante sólo en esta ocasión).

—¡Yakov Petrovich, me equivoqué!... Ahora veo que me equivoqué también en lo de esa carta mía. Me da vergüenza mirarle. No vaya a creer, Yakov Petrovich... Déme esa carta para que la haga pedazos delante de usted. Y si no es posible, le ruego que la lea al revés, enteramente al revés, esto es, de manera expresamente amistosa, dando a las palabras su sentido contrario. Me equivoqué. Perdóneme, Yakov Petrovich... Me equivoqué de medio a medio.

—¿Dice usted? —preguntó abstraído e indiferente el infiel amigo del señor Goliadkin I.

—Digo que me equivoqué de medio a medio, Yakov Petrovich,

y que, por mi parte, sin falsa vergüenza...

—¡Ah, sí! Bueno. Entonces está bien —repuso bruscamente el señor Goliadkin II.

—Hasta se me ocurrió la idea —agregó nuestro héroe con notable franqueza sin advertir la odiosa doblez de su falso amigo — de que habían sido creados dos seres idénticos...

—¡Ah! ¡Conque ésa era su idea!...

Al llegar a ese punto, el execrable señor Goliadkin II se levantó y tomó el sombrero. Sin advertir todavía el engaño, el señor Goliadkin I se levantó a su vez, sonriendo cordial y generosamente a su mentido amigo y procurando en su inocencia mostrarse amable, exhortarle Y entablar nueva amistad con él...

—¡Adiós, Excelencia! —exclamó de pronto el señor Goliadkin II. Nuestro héroe se estremeció al observar algo casi bacanálico en el semblante de su enemigo, y con el fin de tenerlo a raya, puso dos dedos en la mano que el reprobo le alargaba. Pero entonces... el descoco del señor Goliadkin II rebasó todos los límites. Agarrando y apretando primero los dos dedos del señor Goliadkin I, el muy sinvergüenza resolvió repetir la infame travesura de horas antes. Eso era más de lo que la paciencia humana podía tolerar...

Ya se metía en el bolsillo el pañuelo con que se había limpiado los dedos cuando el señor Goliadkin volvió en su acuerdo y fue corriendo tras su irreconciliable enemigo a la sala contigua, a donde, según su ruin costumbre, éste había huido. Allí estaba, junto al mostrador, como si nada hubiese pasado, comiendo pasteles y hablando tranquila y afablemente con la pastelera alemana, ni más ni menos que si fuese hombre de probada honestidad.

—Delante de señoras, no —pensó nuestro héroe acercándose también al mostrador. La agitación lo tenía casi fuera de sí.

—¡De veras que no está mal la hembra! ¿Qué le parece? — dijo con otra salida de mal gusto el señor Goliadkin II, contando sin duda con la infinita paciencia del señor Goliadkin I. La robusta alemana, por su parte, miraba a sus dos parroquianos con ojos estúpidos, de un gris inexpresivo, sonriendo amablemente y, por lo visto, sin entender palabra de ruso. Nuestro héroe enrojeció como un cangrejo ante la desvergüenza del señor Goliadkin II, e, incapaz de contenerse, se abalanzó sobre él con el propósito evidente de despedazarlo y acabar con él de una vez para siempre. Pero el señor Goliadkin II, fiel a su villano proceder, ya estaba lejos. Había salido de estampía a la calle. Ni que decir tiene que, tras un momento de natural estupefacción, el señor

Goliadkin I recobró sus facultades y se lanzó a todo correr en pos de su ofensor, quien ya subía a un coche de punto que evidentemente le esperaba según previo acuerdo. La alemana gorda, viendo la fuga de sus dos parroquianos, dio un chillido y tiró vigorosamente del cordón de la campanilla. Nuestro héroe giró en redondo, casi en volandas, y le arrojó algún dinero en pago de su consumición y la del sinvergüenza que se iba sin pagar. Y sin esperar la vuelta, y no obstante la demora, logró —sólo porque lo hizo volando— alcanzar a su enemigo. Se asió al guardabarros del coche con toda la fuerza de que era capaz y fue a rastras durante un buen trecho, haciendo lo imposible por trepar al vehículo, mientras el señor Goliadkin II, a su vez, trataba de impedírselo. Entre tanto el cochero fustigaba a su mísero jamelgo arreándolo con las riendas, con los pies y a voz en cuello, hasta que el animal arrancó al galope cuando menos se esperaba, mascando el freno y coceando a cada tres pasos de manera sumamente molesta. Por fin, nuestro héroe logró encaramarse en el coche y sentarse con la espalda apoyada en el cochero y cara a cara y rodilla a rodilla con su depravado y tenaz enemigo, mientras se agarraba con la mano derecha al apolillado cuello de piel del abrigo de éste...

De esta guisa los enemigos siguieron algún tiempo en silencio. Nuestro héroe apenas podía resollar. El camino era infame, lo que hacía rebotar de continuo al señor Goliadkin I y correr peligro de romperse el pescuezo. Por añadidura, su desalmado enemigo, que aún no se daba por vencido, se empeñaba en echarle de cabeza al barro. Para colmo de desdichas, el tiempo era de lo más horrendo. La nieve caía en grandes copos y trataba a toda costa de introducirse por entre el abrigo desabrochado del auténtico señor Goliadkin. Alrededor no se veía gota. Era difícil saber adonde iban o por qué calles... Al señor Goliadkin le parecía que le acontecía algo ya conocido. Hubo un momento en que intentó recordar si no había presentido algo la víspera... en sueños, por ejemplo. Su aflicción se trocó en extrema agonía. Se apoyó en su despiadado rival y estuvo a punto de gritar, pero se le heló el grito en los labios...

Hubo un instante en que el señor Goliadkin se olvidó de todo y concluyó que nada de ello importaba; que aquello sucedía de modo arcano y sería vano esfuerzo protestar... Pero de súbito, casi en el momento en que llegaba a tal conclusión, una sacudida imprudente cambió de raíz la índole del caso. Cayó del coche como costal de harina y fue rodando Dios sabe a dónde, advirtiendo con sensatez durante la caída que su acceso de cólera

había sido improcedente. Se incorporó de un salto y vio que el coche estaba parado en medio de un patio, que nuestro héroe reconoció al punto como el de la casa de Olsufi Ivanovich. Entonces observó que su enemigo subía los escalones de entrada e iba probablemente a visitar a Olsufi Ivanovich. Presa de indescriptible congoja, estuvo a punto de precipitarse en su alcance, pero afortunadamente lo pensó mejor y se reportó a tiempo. Sin olvidarse de pagar al cochero, salió veloz a la calle y echó a correr sin rumbo fijo y con todo el brío que le permitían las piernas.

Continuaba cayendo la nieve en gruesos copos y el tiempo seguía húmedo y lóbrego. Más que correr nuestro héroe volaba, atropellando y derribando a todo el mundo, hombres, mujeres y niños, y rebotando a su vez contra hombres, mujeres y niños. Por todas partes se oían voces de espanto, gritos, chillidos... Pero, por lo visto, el señor Goliadkin había perdido el juicio y no se cuidaba del alboroto... Lo recobró, no obstante, al llegar al puente Semionovski, aunque sólo porque había arrollado torpemente y hecho caer a dos campesinos, junto con la mercancía que iban vendiendo, lo que también dio en tierra con él.

—No importa —pensó—. Todo esto quizá sea todavía para bien.

E inmediatamente metió la mano en el bolsillo buscando un rublo para indemnizar a sus víctimas por el pan de jengibre, las manzanas, los guisantes y las demás cosas que había esparcido por el suelo. Pero, de pronto, surgió ante él una nueva luz. En el bolsillo halló la carta que el escribiente le había entregado esa tarde. Recordando de paso que no lejos de allí había una taberna que conocía, corrió a ella y, sin perder un minuto, se sentó a una mesa alumbrada por una vela de sebo. Sin hacer caso de nada, ni siquiera del mozo que le preguntó qué deseaba, rompió el sello y empezó a leer con el mayor asombro lo siguiente:

A la noble persona que sufre por mí y a quien de todo corazón querré eternamente:

¡Sufro, muero, sálvame!

Un sujeto difamador, intrigante y a todas luces infame me ha prendido en sus redes y estoy perdida, deshecha. Me es odioso, mientras que tú… Nos han separado y han interceptado las cartas que te he escrito, y de todo esto es culpable un indecente que se ha aprovechado de la única buena cualidad que tiene: su parecido contigo. De todos modos, puede uno ser feo, pero

descollar por su talento, sensibilidad y buenos modales... ¡Yo me muero! Me casan a la fuerza, y quien ha tramado todo ello es mi padre, mi bienhechor, el Consejero Civil Olsufi Ivanovich, con el propósito seguramente de suplantarme en mi puesto y en mis vínculos con la buena sociedad... Pero yo ya estoy resuelta y protesto por todos los medios de que dispongo. Espérame en tu coche a las nueve en punto de esta noche junto a las ventanas de Olsufi Ivanovich. Vamos a dar otro baile al que vendrá el teniente guapo. Yo saldré y nos iremos volando de aquí. Hay, además, otros puestos en la Administración donde uno puede aún servir a su patria. En todo caso, recuerda, amigo mío, que la inocencia es la fuerza de la inocencia.

Adiós. Espérame con el coche a la puerta. Me dejaré caer en el cobijo de tus brazos a las dos de la madrugada en punto.

Tuya hasta la tumba
Klara Olsufievna.

Después de leer la carta, nuestro héroe quedó estupefacto algunos minutos. Atrozmente afligido, víctima de horrible agitación, pálido como un difunto, dio varias vueltas por la habitación con la carta en la mano. Para colmo de su situación calamitosa, no advirtió que entre tanto era objeto de la indivisa atención de cuantos allí se hallaban. El desaliño de su indumentaria, su agitación incontenible, su deambular o, mejor dicho, su corretear por la habitación, su gesticular con ambas manos, acaso algunas palabras enigmáticas que en su desvarío dirigía al aire, todo ello de seguro le favorecía poco a los ojos de los demás parroquianos. El camarero mismo empezó a mirarle con suspicacia. Recobrado, por fin, el discernimiento, nuestro héroe notó que estaba de pie en medio de la habitación, escudriñando de manera descortés y aun descarada a un anciano de aspecto respetable que, después de comer y dar gracias ante un icono, había vuelto a sentarse sin quitar los ojos de encima al señor Goliadkin. Este miró vagamente en torno suyo y pudo darse cuenta de que todos, sin excepción, le acechaban de modo siniestro y suspicaz. De improviso, un militar jubilado, con guerrera de cuello rojo, pidió la Gaceta policial. El señor Goliadkin tuvo un escalofrío y se sonrojó. Al bajar los ojos vio por casualidad que estaba vestido de modo deplorable, con ropa que ni en su casa hubiera llevado y mucho menos en un sitio público. Los zapatos, pantalones y todo el lado izquierdo de su traje estaban llenos de lodo, la tira del pantalón derecho descosida y la

levita rasgada en varios sitios. Afligido a más no poder, fue a la mesa donde había estado leyendo y vio que se le acercaba el mozo con una extraña expresión en el rostro en la que corrían parejas la insolencia y la importunidad, Despistado y abatido, nuestro héroe se puso a examinar la mesa a cuyo lado estaba. En ella había platos en que alguien había comido, una servilleta sucia, y cuchillo, tenedor y cuchara acabados de usar.

—¿Quién habrá comido aquí? —preguntó sorprendido—. ¿Habré sido yo? Todo puede ser. He comido y ni me he dado cuenta. ¿Qué hacer?

Levantó la vista y vio de nuevo junto a sí al mozo, que se proponía decirle algo.

—¿Cuánto te debo, muchacho? —preguntó con voz temblorosa.

Una risa bronca acogió sus palabras. Hasta el mozo se sonrió. El señor Goliadkin comprendió que también en esto se había equivocado y cometido un desliz atroz. Quedó tan confuso que se sintió obligado a hurgar en su bolsillo en busca del pañuelo, seguramente para hacer algo y no estar allí como un poste. Pero, con gran sorpresa suya y de los presentes, en vez del pañuelo sacó un frasco de medicina que cuatro días antes le había recetado Krestyan Ivanovich. «Pídalo en la misma farmacia» cruzó por la mente del señor Goliadkin... Se estremeció y a punto estuvo de lanzar un grito de espanto. Despuntaba una nueva luz en su mente. Un líquido repulsivo, rojo oscuro, brilló con siniestro reflejo ante sus ojos... el frasco se le escapó de la mano y se hizo añicos. Nuestro héroe lanzó un alarido y retrocedió dos pasos para no pisar el líquido derramado... Le temblaba el cuerpo y tenía la frente y las sienes cubiertas de sudor.

—¡Conque mi vida está en peligro!

Entre tanto, la taberna era escena de agitación y barullo. Todos rodearon al señor Goliadkin, todos le hablaban, algunos llegaron a sujetarlo. Pero nuestro héroe permaneció mudo e inmóvil, sin ver, oír ni sentir nada... Por último, en una arrancada, salió corriendo de la taberna, zafándose de quienes intentaban retenerle, y, casi desfallecido, cayó en el primer coche de punto que acertó a pasar por allí y volvió a toda prisa a su casa.

En el zaguán salió a su encuentro Miheyev, el ordenanza de la oficina, con un sobre oficial en la mano.

—Ya sé, amigo. Ya lo sé todo —repuso nuestro agotado héroe con voz débil y angustiada—. Esto es oficial.

Efectivamente, el sobre contenía un oficio dirigido al señor

Goliadkin y firmado por Andrei Filippovich, ordenándole que pusiera los asuntos que estaba tramitando en manos de Ivan Semionovich. El señor Goliadkin tomó el sobre, dio diez kopeks al ordenanza, entró en su apartamento y vio que Petrushka preparaba y amontonaba todas sus posesiones, todos sus bártulos y baratijas, con la intención evidente de dejar al señor Goliadkin e irse a servir de criado a Karolina Ivanovna, para reemplazar a Yevstafi.

Capítulo XII

Entró Petrushka, con meneos de cuerpo. Su aspecto era visiblemente despreocupado, con algo del aire triunfal de la clase servil. Era evidente que había marrullado algo, que se juzgaba en su pleno derecho, y que quería hacerse pasar por un extraño, es decir, por criado de otra persona, y de ningún modo por el antiguo sirviente del señor Goliadkin.

—En fin, ya ves, muchacho —empezó diciendo nuestro héroe, aún corto de resuello—. ¿Qué hora es?

Sin contestar palabra, Petrushka pasó al otro lado del tabique. Volvió luego y dijo en tono neutral que pronto serían las siete y media. .

—Bien, muchacho. En fin, ya ves. Permíteme decirte que, al parecer, todo ha terminado entre nosotros.

Petrushka no dijo nada.

—Bueno. Ahora que todo ha terminado entre nosotros, dime con franqueza, como entre amigos, dónde has estado.

—¿Que dónde? Con buena gente.

—Lo sé, muchacho, lo sé. Siempre he estado satisfecho de ti y voy a darte una buena recomendación... ¿De modo que ahora estás con ellos?

—Pues sí, señor. Bien sabe usted que un hombre bueno no enseña cosas malas.

—Lo sé chico, lo sé. Pero hoy día la gente buena es rara. Apréciala, muchacho. ¿Y cómo están ahora?

—Usted ya sabe cómo están... Lo único, señor, es que no puedo seguir sirviendo aquí. Usted lo sabe.

—Lo sé, muchacho, lo sé. Conozco tu celo y constancia. Los he visto y notado. Te respeto, muchacho. Yo respeto a un hombre bueno y honrado aunque sea criado.

—Lo sé. ¿Cómo no, señor? La gente como yo, usted lo sabe, tiene que ir a donde las cosas estén mejor. Así tiene que ser. ¿Y qué otra cosa puedo hacer? Está claro, señor, que sin un hombre bueno es imposible...

—Bien, chico. Lo comprendo... En fin, aquí tienes tu dinero y tu recomendación. Ahora abracémonos y digámonos adiós... Pero hay algo más que quiero pedirte, la última cosa —dijo el señor Goliadkin con voz solemne—. Porque todo pudiera ocurrir, muchacho. El dolor anida hasta en los palacios suntuosos y es imposible escapar de él. Me parece, muchacho, que siempre he sido bueno contigo...

Petrushka no dijo nada.

—Me parece que he sido siempre bueno contigo... Dime. ¿Qué tal ando de ropa blanca?

—Todo está ahí, señor. Seis camisas de lino, tres pares de calcetines, cuatro pecheras de camisa, un chaleco de franela, dos juegos de ropa interior. Todo eso lo sabe usted. No me he quedado con nada suyo... Yo, señor, siempre he cuidado bien las cosas de mi amo. Yo, lo de usted, señor..., ahh, ya sabe... Ese no ha sido nunca uno de mis pecados. Bien lo sabe, señor...

—Te creo, chico, te creo. No lo decía por eso. Lo que pasa es que...

—Lo sé, señor. Eso es cosa sabida. Cuando estuve sirviendo en casa del general Stolbnyakov, me despidió porque se fue a vivir a Saratov... Tenía allí una finca...

—No, muchacho, no lo decía por eso. No era eso lo que quería decir... No se te ocurra pensarlo, muchacho...

—Ya lo sé. Es que a gente como yo, sabe usted, se la puede calumniar en cualquier momento. Conmigo siempre han estado contentos en todas partes. Ministros, generales, senadores,

condes. He servido a todos ellos. Al príncipe Svinchatkin, al coronel Pereborkin, al general Nedobarov, que también se fue a vivir a su finca... Eso es bien sabido...

—Sí, amigo, sí. Muy bien. Ahora soy yo el que me voy... Todos vamos por caminos diferentes y nadie sabe en cuál de ellos va a estar. Bueno, ayúdame a vestirme. Saca mi uniforme..., los otros pantalones, sábanas, mantas, almohadas...

—¿Quiere que haga un envoltorio con todo?

—Sí, amigo. Por favor, un envoltorio... ¿Quién sabe lo que nos puede pasar? Ahora, muchacho, anda y búscame un coche...

—¿Un coche?

—Sí, muchacho, un coche. Grande y para alquilar por horas. Y no vayas tú a creer...

—¿Piensa usted ir lejos?

—No sé, amigo. Eso es algo que no sé. Me parece que el edredón también debe ir. ¿Tú qué crees, muchacho? Quiero tu opinión...

—¿De veras que quiere irse en seguida?

—Sí, amigo, sí. Así han salido las cosas. Con que ya ves...

—Lo sé, señor. Lo mismito que le pasó a un teniente de nuestro regimiento. Raptó a la hija de un propietario de allí...

—¿Que la raptó? ¿Qué quieres decir, amigo?

—Sí, señor. La raptó y se casaron en otro sitio. Todo había sido preparado de antemano. Fueron tras ellos. pero intervino el difunto príncipe y la cosa se arregló...

—¿Conque se casaron? ¿Pero cómo..., cómo sabes tú eso, muchacho?

—Porque es cosa sabida. El mundo está lleno de rumores, señor. Lo sabemos todo... Por supuesto, podría pasarle a cualquiera. Permítame decirle sólo, señor, con franqueza, como cumple a un criado, que si las cosas han llegado a ese punto, tiene usted un rival, señor, y de muchas agallas.

—Lo sé, amigo, lo sé. Tú también lo sabes... Por eso cuento contigo. ¿Qué debemos hacer ahora, muchacho? ¿Qué me aconsejas?

—Pues bien, señor, si por acaso va usted ahora por ese camino, necesita comprar algunas cosas: sábanas, almohadas, otro edredón (doble esta vez), una buena manta. Una vecina que vive aquí abajo (una mujer del pueblo) tiene una hermosa capa de piel de zorro. Puede usted verla y comprarla. Puede incluso ir ahora mismo a verla. Es lo que necesita usted, señor: una buena capa de piel de zorro con forro de satén...

—Bueno, muchacho, de acuerdo. Confío en ti plenamente.

¡Anda por la capa! ¡Pero de prisa, por Dios santo! Compro la capa, ¡pero de prisa, por favor! Van a dar pronto las ocho. ¡Por Dios santo, de prisa! ¡Date prisa, amigo!...

Petrushka abandonó el envoltorio de ropa blanca, almohadas, mantas, sábanas y otros artículos que había recogido y estaba a punto de anudar y salió del cuarto como una exhalación. El señor Goliadkin, mientras tanto, sacó una vez más la carta, pero no pudo leerla. Agarrándose la mísera cabeza en las manos, se apoyó en la pared. No podía pensar ni hacer nada. Ni él mismo sabía lo que le pasaba. Finalmente, viendo que pasaba el tiempo y Petrushka no asomaba con la capa, el señor Goliadkin resolvió ir allá él mismo. Abrió la puerta que daba al descansillo y oyó abajo runrún de voces, parloteo y querella... Unas vecinas estaban cotorreando, chillando, deliberando, disputando sobre algo. El señor Goliadkin sabía precisamente de qué. A sus oídos llegó la voz de Petrushka. Luego se oyeron pasos.

—¡Dios mío! ¡Están juntando a todo el mundo! —gimió, desesperado, retorciéndose las manos. Volvió apresuradamente a su cuarto y se derrumbó casi inconsciente en el sofá, con la cabeza hundida en un cojín. Al cabo de un minuto se alzó de un salto y, sin esperar a Petrushka, se puso el sombrero, el gabán y los chanclos, cogió la cartera y se lanzó veloz escaleras abajo.

—No te molestes. No importa. Yo me encargo de todo. De momento no tengo necesidad de ti y, además, todo quedará probablemente arreglado al fin —murmuró el señor Goliadkin al tropezar con Petrushka en la escalera. Atravesó a todo correr el patio y salió a la calle. Se sentía abrumado, incapaz de decidir qué hacer, cómo obrar, en esta situación crítica.

—¿Pero qué hacer, Dios mío? —gritó desalentado, dando bandazos sin rumbo por la calle—. ¿Qué necesidad había de esto? De no haber sido por esto, todo habría resultado bien. Con un golpe, con un solo golpe oportuno, enérgico, audaz, todo habría salido bien. ¡Me hubiera dejado cortar un dedo porque saliera bien! Incluso sé cómo habría salido bien. Del modo siguiente: Habría dicho: «pues tal y cual, señor mío; diré, con su venia, que eso no viene al caso. Así no se hacen las cosas, señor mío. No, señor, no se hacen así. Con la impostura no se va a ninguna parte. El impostor, señor mío, es un hombre inútil a la patria. ¿Entiende usted? ¿Entiende usted eso, señor mío?» Eso es lo que habría dicho... Pero no... No es así. De ningún modo. En absoluto. No digo sino tonterías, ¡tonto que soy! ¡Me estoy destruyendo a mí mismo! ¡Eres tu propio verdugo, Goliadkin! Ya ves lo que ahora te pasa, ¡hombre perverso!... ¿Pero a dónde voy

ahora? ¿Qué voy a hacer de mí? ¿Para qué sirvo? ¿Para qué vas a servir ahora, vamos a ver, miserable Goliadkin?

—Bueno, y ahora ¿qué? Necesito tomar un coche. «Toma un coche —dice ella— y ven acá porque sin coche nos mojaremos los piececitos...» ¡Quién lo hubiera pensado! ¡Vaya, vaya, respetable señorita! ¡Mocita de intachable conducta, tan alabada de todo el mundo! ¡Esta vez se ha sobrepasado usted, que digamos!... Todo ello es consecuencia de una educación inmoral. Ahora, cuando vuelvo a revisarlo todo y meditar sobre ello, veo que la causa no es otra que una educación inmoral. Si cuando era más pequeña le hubieran sentado la mano de vez en cuando, en vez de darle confites, golosinas, y si el viejo no la hubiese echado a perder con aquello de que «¡tú eres mi prenda, mi tesoro, hermosa mía, y te voy a casar con un conde!...» Y ahora ya se ve cómo ha salido y cómo les ha puesto las cartas sobre la mesa. «Este es el juego ahora», dice ella. En vez de tenerla en casa cuando era menor, la mandaron al internado de una francesa emigrada, una tal Madame Falbala, o algo así. ¡Y habrá que ver lo que allí aprendió! ¡Así ha salido! Me dice: «Ven y sé feliz. Trae el coche a tal hora, ponte junto a las ventanas y canta una romanza española sentimental. Te espero y sé que me amas. Nos fugaremos juntos y viviremos en una cabaña.» Pero, claro, eso es imposible, señorita. Eso será imposible, si hasta ahí llega la cosa. Las leyes prohíben sacar a una muchacha honrada e inocente de la casa paterna sin consentimiento de sus progenitores. Pero, en fin de cuentas, ¿qué necesidad hay de ello? Debe casarse con quien Dios manda, con quien el destino escogió para ella, y basta. Yo soy un empleado del Estado y podría perder mi destino por una cosa así. ¡Puede que incluso me procesen, señorita mía! Así es la cosa, si no lo sabe usted. Aquí mangonea esa alemana. Esto es cosa de ella, la muy bruja. Ella es la que ha armado este lío. Para calumniar a un hombre, para inventar chismes en su perjuicio, patrañas absurdas, a instancias de Andrei Filippovich. Si no ¿por qué andaría Petrushka metido en el ajo? ¿A él qué le va ni le viene? ¿Y a esa bruja qué le importa? No, señorita, no puedo. De ninguna manera puedo... Por esta vez tendrá que perdonarme. Usted es la causa de todo ello, señorita, y no la alemana, la muy bruja. Usted sola, porque la bruja es una mujer buena y no tiene culpa de nada. Usted, señorita, es quien la tiene. Así, clarito. Me acusa usted de algo de que no soy culpable... Pierde uno el dominio de sí mismo, se despista, está a punto de esfumarse ¡y habla usted de boda! ¿Y cómo terminará esto? ¿Cómo se arreglará el asunto? ¡Daría cualquier cosa por

saberlo!...

Así cavilaba exasperado nuestro héroe. Volviendo de nuevo en su acuerdo, notó que se hallaba en la calle Liteinaya. El tiempo era horroroso. La nieve había empezado a derretirse. Nevaba y llovía a la vez, igual que aquella medianoche, inolvidable por su terror, en que habían comenzado todas sus desdichas.

—¡Qué viaje éste! —pensaba observando el tiempo—. ¡Es una muerte cierta!... ¡Dios mío! ¿Dónde voy a encontrar un coche por aquí? Allí, en aquel rincón, parece haber una cosa oscura. Vamos allá y veamos... ¡Dios mío! —prosiguió, encaminándose débil y claudicante hacia donde creía ver algo semejante a un coche—. No. Lo que voy a hacer es lo siguiente. Iré y me echaré a sus pies y se lo pediré humildemente. Le diré: «Pues tal y cual. Pongo mi suerte en sus manos, en manos de la superioridad.» Añadiré: «Protéjame y apóyeme, Excelencia..., tal y cual..., esto y lo otro..., es una conducta ilegal. No me destruya. Veo en usted a un padre. No me abandone. Salve mi dignidad, mi honor, mi nombre... Sálveme de un malvado, de un perverso... Él es una persona y yo otra, Excelencia. Él va por su camino y yo por el mío. Sí, Excelencia, por el mío. Esa es la verdad. No puedo parecerme a él. Sustitúyalo, se lo ruego. Mande sustituirlo, Excelencia, y ponga fin a una impostura impía y arbitraria... para que no sirva de ejemplo a otros. Veo en usted a un padre. Una autoridad bienhechora que protege los intereses de sus subordinados debe apoyar tal acción... En ello hay incluso algo caballeresco. Veo en usted, autoridad bienhechora, a un padre. Le confío mi suerte. No pondré objeciones. Confío en usted y yo me aparto del asunto.» Así se lo diré.

—¿Eres cochero, muchacho?

—Lo soy.

—Quiero un coche para esta noche...

—¿Va a ir lejos, señor?

—Lo quiero para esta noche y para ir adonde sea preciso.

—¿Será acaso fuera de la ciudad?

—Sí, hombre. Quizá fuera de la ciudad. No lo sé todavía de seguro y no puedo decírtelo. Porque aún pueden arreglarse las cosas. No sería la primera vez...

—Sí, claro, señor. Dios dé a cada uno lo suyo.

—Sí, amigo, sí. Gracias. Dime, ¿cuánto me vas a cobrar?

—¿Quiere usted ir ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. Mejor dicho, no. Tendré que esperar en cierto sitio... un ratito nada más, muy poco...

—Pues si lo alquila usted por toda la noche, no puedo cobrarle menos de seis rublos... con este tiempo que hace...

—Bueno, hombre. No saldrás perdiendo. Entonces, ¿qué? ¿Me llevas ahora?

—Suba usted. Perdón. Arreglo esto en un tris. Súbase ya. ¿A dónde vamos?

—Al puente Izmailovski, muchacho.

El cochero se encaramó en el pescante. Con esfuerzo apartó de la artesa del heno a sus dos jacos esqueléticos y los arreó con dirección al puente Izmailovski. Pero de repente el señor Goliadkin tiró de la cuerda, hizo parar el coche y con voz suplicante pidió al cochero que no fuese al puente Izmailovski, sino a otra calle. El cochero así lo hizo, y al cabo de diez minutos el señor Goliadkin y su recién alquilado vehículo hicieron alto ante la casa en que vivía Su Excelencia. Se apeó del carruaje, pidió encarecidamente al cochero que esperase, y con el corazón en la boca subió corriendo al segundo piso, tiró del cordón de la campanilla, se abrió la puerta y nuestro héroe se encontró en el vestíbulo de Su Excelencia.

—¿Está Su Excelencia en casa? —inquirió del criado que salió a abrirle.

—¿Qué desea usted? —preguntó éste a su vez, mirándole de pies a cabeza.

—Yo, amigo, s-s-soy... Goliadkin, el funcionario Goliadkin. He venido..., pues..., pues a explicarme.

—Espere. No es posible...

—No puedo esperar, amigo. Mi asunto es importante y no puede aplazarse...

—¿De parte de quién viene usted? ¿Trae papeles?

—No. Vengo por mi propia cuenta. Anúnciame, muchacho. Di que he venido a explicarme. Te lo agradeceré mucho...

—Imposible, señor. Hay orden de no admitir a nadie. El señor tiene invitados. Vuelva usted mañana a las diez...

—Anúnciame, amigo. Me es de todo punto imposible esperar... De lo contrario, responderás de ello...

—¡Anda y anúnciale! ¿Qué es lo que te pasa? ¿Es que quieres ahorrar suela de tu zapato? —dijo otro criado, repantigado hasta entonces en un asiento sin decir palabra.

—¡Qué suela de zapato ni qué niño muerto! ¿No sabes que hay orden de no admitir a nadie? Las visitas como ésta son por la mañana.

—Anúnciale. ¿O es que temes que se te caiga la lengua?

—Bueno, lo haré. Y no hay miedo de que se me caiga la

lengua. Pero ésa fue la orden. Tal como lo digo. Pase usted aquí.

El señor Goliadkin pasó a la primera sala. En la mesa había un reloj. Miró y vio que eran las ocho y media. La congoja le ahogaba. Tentado estaba de volverse atrás, pero en ese instante un lacayo larguirucho apareció en la puerta de la sala contigua y anunció en voz recia el nombre del señor Goliadkin.

—¡Vaya garganta la de este tipo! —pensó nuestro héroe en indecible agonía. Y siguió pensando—: Debieras haber dicho: «Tal y cual, ha venido respetuosa y humildemente, a explicarse..., ahh... ¿Tendrá el señor la bondad de recibirle?» Ahora lo has echado todo a perder y has dado al traste con todo lo que he hecho. Pero, en fin..., no importa.

Sin embargo, no había tiempo para reflexionar. Volvió el criado, dijo «por favor» y condujo al señor Goliadkin al despacho.

Al entrar, nuestro héroe pensó que se había quedado repentinamente ciego porque no pudo ver nada. Ante sus ojos cruzaron vagamente dos o tres figuras.

—Deben de ser los invitados —dedujo.

Por fin pudo distinguir la estrella en el frac negro de Su Excelencia; luego, poco a poco, divisó el frac mismo y, por último, recobró la facultad de ver con claridad...

—¿De qué se trata? —dijo por encima de él una voz conocida.

—El consejero titular Goliadkin, Excelencia.

—Bien, ¿y qué?

—He venido a explicarme...

—¿Cómo? ¿Qué?...

—Pues eso. He dicho que he venido a explicarme, Excelencia...

—¿Pero quién es usted?

—El señor Goliadkin, Excelencia, consejero titular.

—Bueno. ¿Y qué quiere?

Nuestro héroe pensó: Le diré: «pues esto y lo otro. Veo en usted a un padre. Yo me aparto del asunto y usted me protege de mis enemigos». Eso le diré.

—¿Qué es esto?

—Por supuesto...

—Por supuesto, ¿qué?...

El señor Goliadkin guardó silencio. La barbilla empezó a temblarle ligeramente.

—Bueno, ¿qué?

—Pensé que era caballeresco, Excelencia... Lo que digo es que en ello hay algo caballeresco. Y que considero a mi jefe superior como un padre... Protéjame, s-s-se lo p-pido con l-

lágrimas en los ojos... Una ac-acción como é-ésa debe s-ser ap-poyada.

Su Excelencia le volvió la espalda. Durante unos momentos los ojos del señor Goliadkin no pudieron distinguir nada. Sentía que un peso enorme le oprimía el pecho y respiraba con esfuerzo. No sabía dónde estaba... Se sentía abochornado y triste. Dios sabe lo que vendría después... Recuperándose al fin, nuestro héroe reparó en que Su Excelencia hablaba con sus invitados y discutía algo con ellos de manera un tanto brusca y enérgica. El señor Goliadkin reconoció en seguida a uno de los invitados: era Andrei Filippovich. A otro no lo reconoció, aunque su cara le parecía algo familiar. Era un hombre alto y robusto, entrado en años, con cejas y patillas muy pobladas y mirada penetrante y expresiva. El desconocido llevaba una condecoración al cuello y un cigarro en la boca. Fumaba continuamente, sin quitarse el cigarro de los labios, mirando de vez en cuando al señor Goliadkin y moviendo la cabeza significativamente. El señor Goliadkin empezó a sentirse incómodo. Desvió los ojos y descubrió a otro invitado sumamente raro. En una puerta, que nuestro héroe había tomado hasta entonces por un espejo, como le había ocurrido una vez antes, apareció él, bien se sabe quién, el íntimo amigo y conocido del señor Goliadkin. Efectivamente, el señor Goliadkin II había estado hasta entonces en otra salita, escribiendo algo con gran premura. Ahora, al parecer porque era necesario, se presentó con unos papeles bajo el brazo, se acercó a Su Excelencia y, aguardando la exclusiva atención de éste, logró entrometerse bonitamente en la conversación y consulta, colocándose un poco a la espalda de Andrei Filippovich y ocultándose a medias tras el caballero del cigarro. Todo daba a entender que el señor Goliadkin II tomaba parte activa en la conversación, a la que atendía con obsequioso interés, sacudiendo la cabeza, apoyándose ora en un pie, ora en el otro, sonriendo, mirando a cada instante a Su Excelencia, como implorándole con los ojos que le permitiera también a él meter baza en el coloquio.

—¡Canalla! —pensó el señor Goliadkin, dando un paso involuntario adelante. En ese punto se volvió Su Excelencia y se acercó, no sin algún titubeo, al señor Goliadkin.

—Bueno. Muy bien. Vaya usted con Dios. Estudiare su asunto y mandaré que alguien le acompañe a la puerta... —el general miró de soslayo al desconocido de las patillas espesas y éste inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

El señor Goliadkin entendió que le tomaban por algo que no

era y no por lo que era efectivamente.

—Debo explicarme de alguna manera —pensaba—. «Pues tal y cual, Excelencia.» Eso es lo que debo decir.

En su confusión bajó los ojos y vio estupefacto que en las botas de Su Excelencia había grandes manchas blancas.

—¿Se le habrán reventado? —se preguntó. Pronto, sin embargo, descubrió que no era así, sino que reflejaban fuertemente la luz, fenómeno fácilmente explicable, puesto que eran botas de charol y brillaban a más y mejor.

—Eso es lo que llaman toque de luz —pensó—, expresión que se emplea sobre todo en los talleres de los pintores. En otros lugares lo llaman luz blanca.

Entonces el señor Goliadkin alzó los ojos y vio que había llegado el momento de hablar, porque el asunto podía tomar un cariz desagradable... Nuestro héroe dio un paso adelante.

—Pues, Excelencia, yo le dije a él: «Tal y cual, con la impostura no se va hoy a ninguna parte.»

El general no respondió, pero tiró con fuerza del cordón de la campanilla. Nuestro héroe dio un paso más.

—Es un villano y un pervertido, Excelencia —dijo tan enardecido como muerto de espanto, apuntando con audaz resolución a su infame mellizo, que caracoleaba en torno a Su Excelencia—. Eso digo. Y aludo a alguien a quien todos conocemos.

A las palabras del señor Goliadkin sucedió una conmoción general. Andrei Filippovich y el desconocido meneaban la cabeza. Su Excelencia tiraba impaciente y con todas sus fuerzas del cordón de la campanilla para llamar a los criados. En ese punto el señor Goliadkin II se adelantó.

—Excelencia —dijo—, le ruego humildemente que me permita hablar. —La voz del señor Goliadkin II tenía un timbre decisivo. Todo en él revelaba que se sabía en su pleno derecho.

—¿Puedo preguntarle —comenzó, anticipando en su celo la respuesta de Su Excelencia y dirigiéndose al señor Goliadkin—, puedo preguntarle si sabe en presencia de quién está hablando así, ante quién está y en qué despacho se encuentra? —el señor Goliadkin II se mostraba insólitamente agitado. Tenía la cara congestionada de furia e indignación y hasta lágrimas en los ojos.

—¡Los señores Bassavryukov! —rugió el criado, apareciendo en la puerta del despacho.

—Hermoso y noble apellido de Ucrania —pensó el señor Goliadkin, e inmediatamente sintió que una mano amistosa se le posaba en la espalda. Luego sintió otra. El infame mellizo del

señor Goliadkin iba delante mostrando el camino, y nuestro héroe se dio cuenta de que lo guiaban hacia la puerta principal del despacho,

—Exactamente igual a lo que pasó en casa de Olsufi Ivanovich —se decía, y se encontró en el vestíbulo. Mirando a su alrededor, vio a su lado a dos de los lacayos de Su Excelencia y a su propio mellizo.

—¡El gabán! ¡El gabán! ¡El gabán de mi amigo! ¡El gabán de mi mejor amigo! —cotorreaba ese hombre perverso, arrancando el gabán de manos de uno de los criados y echándoselo por la cabeza al señor Goliadkin para ridiculizarle del modo más ruin y bochornoso. Mientras se debatía para quitarse de encima el gabán, el señor Goliadkin I oía claramente las risotadas de los dos lacayos. Pero sin hacer el menor caso de lo que sucedía en torno suyo, salió del vestíbulo y se encontró en la escalera. El señor Goliadkin II iba tras él.

—¡Adiós, Excelencia! —le gritó a sus espaldas.

—¡Canalla! —dijo nuestro héroe fuera de sí.

—Bueno, ¿y qué?...

—¡Pervertido!

—Bueno, también pervertido... —respondió el indigno Goliadkin al digno Goliadkin desde lo alto de la escalera, mirándolo fijamente, con esa singular desfachatez suya, como incitándolo a que prosiguiera. Nuestro héroe hizo un gesto de indignación y salió corriendo a la calle. Tan desesperado estaba que no tenía conciencia de quiénes o de cómo le habían subido al coche. Cuando se serenó, vio que lo llevaban por la Fontanka.

—Sin duda vamos al puente Izmailovski —concluyó para si—. Había algo más en que quería pensar, pero no pudo. Era algo tan horrible que no cabía explicación alguna...— humm, no importa —se dijo, y siguió su camino hacia el puente Izmailovski.

Capítulo XIII

Se hubiera dicho que el tiempo se proponía mejorar. En efecto, la nieve medio derretida que hasta entonces venía cayendo en cantidad descomunal empezó a ceder gradualmente y acabó por cesar casi por completo. El cielo quedó en parte visible y, diseminadas por él, aparecieron algunas estrellas. Pero el suelo seguía mojado y fangoso y el aire pegajoso y sofocante, en particular para el señor Goliadkin, quien, aun sin ello, respiraba con dificultad. Su gabán empapado le impregnaba los miembros de una humedad desagradable por lo cálida y sus ya fatigadas piernas se le doblegaban bajo ese peso adicional. Un temblor febril le recorría el cuerpo, acompañado de vivos y punzantes escalofríos. El agotamiento le produjo un sudor frío y enfermizo, por lo que, pese a lo oportuno de la ocasión, se olvidó de repetir con su firmeza y resolución habituales aquella su frase favorita de que quizá, de alguna manera, probablemente, con toda seguridad, todo aquello sería al cabo para bien.

—En fin de cuentas, nada de esto importa de momento —dijo nuestro esforzado héroe sin claudicar todavía, enjugando de su rostro las gotas de agua fría que le caían profusamente de su empapado sombrero. Añadiendo que tampoco eso importaba de momento, nuestro héroe fue a sentarse en un tronco bastante grueso junto a un montón de leña en el patio de Olsufi Ivanovich. Por supuesto, no cabía ya pensar en serenatas españolas ni en escalas de seda, pero sí en un rinconcito tranquilo, si no caliente, al menos acogedor y oculto. Muy en particular, dicho sea de paso, le seducía aquel rincón en el descansillo de la casa de Olsufi Ivanovich, donde una vez antes, casi al principio de esta verídica

historia, había pasado dos horas entre un aparador y unos biombos viejos y en medio de un montón de trastos, materiales de desecho y toda especie de basura. Ahora, por otra parte, el señor Goliadkin llevaba ya dos horas esperando en el patio de Olsufi Ivanovich. Pero en lo concerniente al rinconcito anterior, tan acogedor y recóndito, había ahora inconvenientes que antes no habían existido. El primero era que, con toda probabilidad, ese sitio había sido ya localizado desde el día del incidente en el baile de Olsufi Ivanovich y habían sido tomadas las oportunas medidas de seguridad. El segundo era que tenía que esperar la señal convenida con Klara Olsufievna, pues no podía faltar una señal de esa índole. Así había ocurrido siempre, pues, como él decía, «No somos los primeros ni seremos los últimos». Al momento el señor Goliadkin recordó muy a propósito una novela que había leído tiempo atrás, en que la heroína daba la señal convenida a Alfredo en circunstancias muy semejantes a las actuales, anudando a la ventana una cinta color rosa. Pero de noche y en el clima de San Petersburgo, notorio por su humedad e inconstancia, una cinta color rosa carecería de sentido. En una palabra, sería imposible.

—No. Ahora no es cuestión de escalas de seda. Lo mejor será que me quede aquí escondido y en silencio. Eso será lo mejor.

Y escogió un sitio en el patio, frente a las ventanas y junto a un montón de leña. Cierto era que por el patio pasaba mucha gente, entre ella postillones y cocheros, sin contar el fragor de ruedas, el piafar de caballos y demás. Pero, no obstante, el sitio era conveniente, tanto si lo descubrían como si no, porque ofrecía la ventaja de ser en su mayor parte oscuro, con lo que nadie podría ver al señor Goliadkin, mientras que él podría verlo todo. Las ventanas estaban brillantemente iluminadas. Se celebraba una reunión de gala en casa de Olsufi Ivanovich, pero aún no se oía música.

—Así, pues, no es un baile. Se habrán reunido por otro motivo —concluyó nuestro héroe con desaliento—. ¿Pero era hoy? —le cruzó por la mente—. ¿No me habré equivocado de día? Todo puede ser. ¿O quizá..., quizá la carta fue escrita ayer y no llegó a mis manos porque el truhán de Petrushka se entrometió en el asunto? ¿O quizá la carta decía que sería mañana?... Quizá sea mañana cuando tengo que hacer esto y esperar con el coche.

Nuestro héroe buscó en el bolsillo la carta para esclarecer ese punto y quedó espantado al comprobar que no estaba allí.

—¿Qué es esto? —murmuró más muerto que vivo—. ¿Dónde la habré dejado? ¿La habré perdido? ¡Sólo me faltaba eso! —

concluyó con un gemido—. ¿Y si cae en manos inicuas? ¡Quizá haya caído ya! ¡Ay, Dios! ¿A qué llevará todo esto? ¿Qué pasará si?... ¡Ay! ¡Qué pésima suerte mía!

Nuestro héroe tembló de pensar que acaso su canallesco mellizo le había tapado la cabeza con el gabán para sustraerle la carta, de la que habría tenido noticia por uno de los enemigos del señor Goliadkin.

—¡Y peor todavía, se habrá apoderado de ella como prueba! —pensó—. ¿Pero por qué?

Tras el primer acceso de estupefacción y horror, le volvió la sangre a la cabeza. Gimiendo, rechinando los dientes y apretándose las sienes, se dejó caer en el tronco y empezó a pensar... Pero sus ideas se negaban a concentrarse en nada. Por su mente desfilaban raudos algunos semblantes, surgían vaga o nítidamente sucesos largo tiempo olvidados, trozos de estúpidas canciones... Jamás había sentido angustia tal.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —pensaba repuesto un poco y ahogando un sollozo—. ¡Dame fortaleza de espíritu en el abismo insondable de mi infortunio! No cabe ya duda alguna de que estoy perdido, de que he cesado de existir. Ello está en la índole misma del asunto, porque no podría ser de otro modo. En primer lugar, he perdido mi cargo, lo he perdido irremisiblemente, no podía menos de perderlo...

—Pero supongamos que todo se arregla de algún modo. Supongamos que el dinerillo que tengo me basta para empezar. Necesitaré otra vivienda, algunos muebles por malos que sean... También para empezar, no podré contar con Petrushka. Me las arreglaré bien sin ese truhán..., me ayudará la gente de la casa... Pongamos que todo eso está bien. ¿Pero por qué no hablo nunca de lo que debo hablar, sino de otra cosa?

Una vez más se acordó de su lamentable situación presente y miró a su alrededor.

—¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío! ¿De qué estaba hablando ahora? —se preguntaba perplejo, apretándose la cabeza enfebrecida...

—¿Es que no va a irse pronto, señor? —dijo una voz sobre su cabeza. El señor Goliadkin se estremeció. Ante él estaba su cochero, también calado y helado hasta los huesos, que impaciente de su holganza había venido a ver lo que hacía el señor Goliadkin tras su montón de leña.

—Estoy bien, amigo... No tardaré mucho... Tú espera. ..

El cochero se retiró, murmurando entre dientes.

—¿De qué murmura? —preguntó el señor Goliadkin entre lágrimas—. ¿No lo alquilé por toda la noche? ¡Estoy en mi

derecho, vamos! Lo alquilé por toda la noche, y asunto concluido. ¡Que se quede ahí, da lo mismo! ¡Será lo que a mí me dé la gana! ¡Si quiero, voy, y si no quiero, no voy! ¡El que yo esté aquí detrás de la leña no le va ni le viene! ¡Y que no se atreva a decir nada! ¡Si a un señor se le ocurre ponerse detrás de la leña, que se ponga! ¡No deshonra a nadie, ea!

—¡Conque así es la cosa, señorita! ¡Para que se entere usted! Eso de vivir en una cabaña, señorita, nadie lo hace hoy día. ¡Para que usted lo sepa! Y sin moralidad, señorita, no se va a ninguna parte en nuestra época industrial. ¡Usted es un lamentable ejemplo de ello!... Dice usted: «Trabaja como oficial mayor y vive en una cabaña a la orilla del mar.» En primer lugar, señorita, no hay oficiales mayores a la orilla del mar, y, en segundo, el cargo de oficial mayor es algo que ni usted ni yo podemos conseguir. Porque, supongamos, por vía de ejemplo, que yo mando una solicitud, me presento y digo: «Háganme oficial mayor y protéjanme de mis enemigos.» Me contestarán que «ya hay bastantes oficiales mayores».

—Dirán: «Aquí no está ahora en el internado de Madame Falbala, donde aprendió la buena conducta de que es usted tan lamentable ejemplo. Buena conducta significa, señorita, quedarse en casa, honrar a su padre y no pensar en novios prematuramente. Los novios, señorita, llegarán en su tiempo y sazón. Debe usted, por supuesto, dar prueba de diversas aptitudes, por ejemplo, tocar el piano de vez en cuando, hablar francés, saber algo de historia, geografía, Sagrada Escritura y aritmética, ¡sí, señorita, pero nada más! También de cocina. En el ámbito de los conocimientos de toda mocita de buena conducta debe figurar infaliblemente la cocina.

—Pues bien, ¿dónde estábamos? En primer lugar, mi bella señorita, no la dejarán fugarse. Saldrán en persecución de usted y, para colmo, irá usted derechita a un convento. Y entonces, ¿qué, señorita? ¿Qué quiere usted que yo haga entonces? ¿Quiere que suba a una colina cercana como cuentan en algunas novelas tontas y allí me deshaga en llanto, contemplando los fríos muros de su prisión? ¿Que acabe por morirme, como suelen pintarlo algunos miserables poetas y novelistas alemanes? Permítame decirle, como amigo, que, en primer lugar, las cosas no se hacen así, y, en segundo, que debieran haber propinado una azotaina a usted por leer libros franceses y a sus padres por habérselo permitido. Porque los libros franceses no enseñan el bien. Lo que contienen es veneno, ¡un veneno pernicioso, señorita! ¿O es que cree que podemos fugarnos impunemente a

una cabaña a la orilla del mar? ¿Y estar en ella arrullándonos y hablando de nuestros sentimientos y pasar allí, contentos y felices, lo que nos queda de vida? ¿Y luego, cuando llegue el rorro, presentarnos ante el papá de usted, Olsufi Ivanovich, y decirle: «Mire, Olsufi Ivanovich, aquí está la criaturita. Esta es la ocasión de levantar la maldición que nos echó y de bendecirnos»? No, señorita, las cosas no se hacen así. Y lo principal es que no habrá arrullos de ninguna especie, conque no se haga ilusiones. Hoy día, señorita, el marido es amo y señor, y una esposa buena y bien educada debe darle gusto en todo. Hoy día, señorita, en nuestra época industrial, los arrumacos están mandados recoger. Ya han pasado los tiempos de Juan Jacobo Rousseau. Hoy día el marido vuelve con hambre de la oficina y dice: «Cariño, ¿no hay alguna cosilla para picar antes de la comida, una raspa de arenque, una gotita de vodka?» Y tendrá usted que tener eso listo, señorita. Y él lo tomará con apetito, sin mirarla a usted siquiera. «Anda, ve a la cocina, gatita mía, y atiende a la comida», le dirá. Y quizá, quizá, le dé un besito una vez a la semana, ¡y eso de refilón! Sí, señorita, ¡sólo de refilón!... Si bien se mira, así será la cosa. Y bueno, ¿qué? ¿Por qué tengo yo que meterme en los caprichos de usted? «Al bienhechor que sufre por mí, al querido de mi corazón, etc., etc.» Eso dijo usted. Pero, en primer lugar, yo, señorita, no sirvo para usted, como bien lo sabe. No sé mucho de cumplidos, ni soy amigo de decir sandeces almibaradas a las señoras. No me gustan los donjuanes, y sé que, en cuanto a tipo, no soy nada del otro jueves. En mí no verá usted jactancia ni falsa vergüenza. Se lo digo ahora con toda sinceridad. Por otro lado, lo que sí verá es rectitud, franqueza de carácter y sentido común. No me gustan las intrigas. No soy intrigante y estoy orgulloso de no serlo. Ante la gente buena me presento sin disfraz, y para decirlo todo...

El señor Goliadkin se estremeció de pronto. La barba roja y goteante del cochero apareció de nuevo por encima de la leña...

—En seguida, amigo. Voy en seguida, ¿sabes?... En seguida —dijo con voz débil y trémula.

El cochero se rascó la nuca, luego se alisó la barba, dio un paso adelante, se detuvo y miró desconfiado al señor Goliadkin.

—Voy en seguida, amigo. Como ves... Un momento más, sólo un segundo... Debo esperar...

—¿Pero no va usted a ningún sitio? —preguntó el cochero, acercándose ya resueltamente al señor Goliadkin.

—Sí, en seguida, amigo. Ya ves... Estoy esperando...

—Sí. Ya veo.

—Ya ves. Yo... ¿De qué aldea eres, amigo?

—Soy siervo.

—¿Tu amo es bueno?

—No es malo.

—Sí, amigo. Quédate aquí un poco más. ¿Llevas mucho tiempo en Petersburgo?

—Ya llevo un año...

—¿Y te va bien?

—No me va mal.

—Pues mira, amigo. Deberías dar gracias a la Providencia. Busca a un hombre bueno. No hay muchos estos días. Un hombre que te vista y te dé de comer y beber. Pero a veces, amigo, ya ves que hasta los ricos lloran... Aquí tienes un mísero ejemplo. Así son las cosas, amigo...

El cochero pareció apiadarse del señor Goliadkin.

—Seguiré esperando, señor. ¿Tardará mucho?

—No, amigo... Yo, ¿sabes?, no voy a esperar más. ¿Tú qué crees? Dependo de ti. No voy a esperar más.

—¿No quiere usted ir en el coche?

—No, amigo, no. Pero te pagaré bien. ¿Cuánto te debo, muchacho?

—Lo que ajustamos, señor, si le parece bien. Llevo esperando mucho tiempo y usted no querría perjudicarme.

—Aquí tienes, amigo. Toma —dio al cochero los seis rublos prometidos y, habiendo decidido, en efecto, no perder más tiempo, o sea, largarse antes de ser descubierto (dado que el asunto estaba ya resuelto y, despedido el cochero, no había por qué esperar más), salió del patio, torció a la izquierda y, sin mirar a su alrededor, echó a correr jadeante, pero alegre.

—Quizá al cabo todo sea para bien —pensó—. Y de este modo, ¡de buena me he librado!

En efecto, de pronto e inusitadamente se sintió mucho más animado.

—¡Ay, si todo fuera para bien! —se decía, sin creérselo él mismo—. Bueno, he aquí lo que... No. Mejor será abordarlo de otro modo... ¿O no valdría más?...

Y titubeando de esta suerte, buscando la clave para resolver sus dudas, nuestro héroe fue corriendo al puente Semionovski y, al llegar allí, decidió prudentemente volverse por donde había venido.

—Es lo mejor —cavilaba—. Vale más abordar la cosa desde otro ángulo. Lo que haré será convertirme en observador desinteresado, y sanseacabó. Decir: «Soy un observador, un

extraño, y nada más. No soy responsable de nada de lo que pase.» ¡Eso es! Así será de ahora en adelante.

Habiéndolo decidido, nuestro héroe volvió, en efecto, por donde había venido de tanto mejor grado cuanto que, gracias a esa feliz idea, se había convertido en un perfecto extraño.

—Es lo mejor. Tú no respondes de nada y verás lo que te conviene.

Su cálculo era correcto, y punto final. Más sereno, volvió a deslizarse bajo la sombra protectora y tranquilizante del montón de leña y clavó la mirada en las ventanas. Esta vez su vigilancia y espera no fueron largas. De improviso se echó de ver allá arriba una extraña conmoción. Iban y venían siluetas, se descorrieron las cortinas, y a las ventanas de Olsufi Ivanovich se agolparon numerosas personas, que miraban y trataban de avizorar algo en el patio. Parapetado tras su montón de leña, nuestro héroe seguía, a su vez, con curiosidad la conmoción general, asomando la cabeza a derecha e izquierda cuanto le permitía la exigua sombra del montón que lo encubría. De pronto enrojeció, se echó a temblar y a punto estuvo de desplomarse de espanto. Le pareció o, por mejor decir, adivinó sin más que esas gentes no buscaban una cosa o una persona cualquiera, sino que lo buscaban a él, al señor Goliadkin. Todos miraban y señalaban hacia donde estaba. Imposible escaparse. ¡Lo verían! Sobrecogido de terror, se estrujó cuanto pudo contra el montón de leña y fue entonces cuando advirtió que la sombra le había traicionado al no encubrirle por completo. De ser posible, nuestro héroe se hubiera metido de buenísima gana en cualquier orificio entre la leña y allí se hubiera quedado tan tranquilo. Pero no era posible. En su congoja, decidió mirar todas las ventanas a la vez, directamente y sin empacho. Era lo mejor... De súbito, enrojeció de vergüenza. Todos lo habían visto al mismo tiempo, todos le hacían señas, con las manos, con la cabeza, todos lo llamaban. Algunas de las ventanas se abrieron chirriando. Varias voces empezaron simultáneamente a gritarle algo.

—Me choca que no castiguen a estas muchachas cuando son pequeñas —murmuró para su capote, visiblemente desconcertado.

De improviso, haciendo piruetas y cabriolas, danzarín y retozón, jadeante, sin sombrero y a cuerpo, bajó los escalones de entrada él (ya sabemos quién), con aire que quería sugerir falsamente lo mucho que se alegraba de ver por fin al señor Goliadkin.

—¿Está usted aquí, Yakov Petrovich? —dijo con voz cantarina

ese hombre ignominioso—. Va a coger un catarro. Aquí hace frío. Vámonos adentro.

—¡Yakov Petrovich! No hace falta. Estoy bien —musitó nuestro héroe con voz tímida.

—No, Yakov Petrovich. Tiene usted que venir. Se lo ruegan humildemente. Le esperan a usted. «Háganos el favor de traer a Yakov Petrovich.» Eso han dicho.

—No, Yakov Petrovich. Vea usted..., lo mejor será..., lo mejor será que me vaya a casa —dijo nuestro héroe, ardiendo a fuego lento a la vez que helándose de turbación y terror.

—¡De ninguna manera! No, señor. ¡De ninguna manera! ¡Hala, andando! —dijo con firmeza, arrastrando al señor Goliadkin I hacia los escalones. Este no quería acompañarle, pero acabó por ir, ya que hubiera sido estúpido resistirse y forcejear a la vista de toda aquella gente. Por otra parte, no cabe decir que fuera, porque ni él mismo sabía lo que le pasaba.

Antes de que tuviera tiempo de reponerse y asearse un poco se encontró en el salón. Estaba pálido, con el pelo en desorden y el traje arrugado. Miró a su alrededor y vio con ojos turbios a toda una muchedumbre. ¡Qué horror! El salón y todas las otras habitaciones estaban de bote en bote. Era una infinidad de gente la que allí había, constelaciones enteras de bellas damas. Y toda esa gente se apiñaba y afanaba en torno a él y le llevaba en una dirección precisa, como pudo fácilmente comprobar.

—Por supuesto, no es a la puerta —le cruzó por la mente.

En efecto, no lo guiaban hacia la puerta, sino hacia el cómodo sillón de Olsufi Ivanovich. Al lado del sillón estaba de pie Klara Olsufievna, pálida, lánguida y triste, pero soberbiamente ataviada. Lo que en particular llamó la atención del señor Goliadkin fueron las florecillas blancas que adornaban su pelo, negro como el azabache, las cuales producían un efecto encantador. Al lado opuesto del sillón se hallaba Vladimir Semionovich, de levita negra, con su nueva condecoración en el ojal de la solapa. Al señor Goliadkin lo llevaban cogido del brazo y, como ya queda apuntado, directamente a Olsufi Ivanovich; a un lado iba el señor Goliadkin II, que había adoptado un aire sumamente decoroso y benigno (del que nuestro héroe quedó muy satisfecho). Al otro lado iba Andrei Filippovich, con semblante solemne.

—¿Qué será esto? —se preguntó el señor Goliadkin.

Cuando vio que lo conducían ante Olsufi Ivanovich lo comprendió todo con la rapidez del rayo. Pensó en la carta sustraída... Con aguda zozobra se presentó ante el sillón de

Olsufi Ivanovich.

—¿Qué haré ahora? —pensaba—. Desde luego, no achicarme, hablar con franqueza aunque con dignidad. Decir tal y cual y todo lo demás.

Pero no sucedió lo que nuestro héroe temía. Olsufi Ivanovich pareció recibirle muy bien y, aunque no le alargó la mano, le miró cuando menos y sacudió, con solemne pesadumbre al par que con afabilidad, la encanecida cabeza que tanto respeto inspiraba. En todo caso, así le pareció al señor Goliadkin. Más aún, se le antojó que en los ojos opacos brilló una lágrima. Levantó la vista y creyó ver que de las pestañas de Klara Olsufievna brotaba asimismo una como lágrima minúscula y que incluso en los ojos de Vladimir Semionovich parecía percibirse algo semejante. La dignidad serena e invulnerable de Andrei Filippovich equivalía también a una participación en la general lacrimogenia. Por último, el joven que en cierta ocasión se había parecido a un consejero importante lloraba ahora amargamente. O quizá todo ello lo creyese así el señor Goliadkin, quien por su parte lloraba copiosamente y sentía cómo corrían por sus frías mejillas las ardientes lágrimas... Reconciliado con los hombres y el destino, rebosante de afecto en ese instante, no sólo por Olsufi Ivanovich y el conjunto de sus invitados, sino incluso por su malévolo mellizo, quien ahora, por lo visto, no sólo no era malévolo, sino ni siquiera mellizo suyo, antes bien un extraño y un hombre de índole muy amable, nuestro héroe se aprestó a verter ante Olsufi Ivanovich todo el contenido de su alma con voz entrecortada por los sollozos. Pero tal era su emoción que de sus labios no pudo brotar manifestación alguna de lo que su interior encerraba. Así, pues, se limitó a apuntar a su corazón con gesto elocuente... Al cabo, Andrei Filippovich, deseoso acaso de poner coto a la sensibilidad del encanecido anciano, se llevó al señor Goliadkin y lo dejó, por lo visto, en plena libertad. Sonriente, musitando algo entre dientes, un si es no es perplejo, pero en todo caso reconciliado con los hombres y el destino, nuestro héroe comenzó a deambular entre la masa de los invitados. Todos le dejaban el paso franco, todos le escrutaban con extraña curiosidad y simpatía inexplicable y misteriosa. Nuestro héroe pasó a otra sala, y fue objeto de pareja atención. Se dio vagamente cuenta de que toda la concurrencia iba tras él observando cada uno de sus pasos, de que todos hablaban en voz queda de algo de sumo interés, de que sacudían la cabeza, argüían, deliberaban y cuchicheaban. Bien hubiera querido saber el señor Goliadkin por qué argüían, deliberaban y cuchicheaban

tanto. Mirando en tomo, vio a su lado al señor Goliadkin II. Juzgó necesario coger a éste del brazo y llevárselo aparte para pedirle encarecidamente que colaborase con él en todas sus empresas futuras y no lo abandonase en circunstancias críticas. El señor Goliadkin II asintió gravemente y le apretó calurosamente la mano. Tal fue la emoción de nuestro héroe que sintió palpitarle con fuerza el corazón. Pero notó que le fallaba el aliento. Sentía una gran opresión en el pecho y, por añadidura, todas aquellas miradas fijas en él lo abrumaban y sofocaban... El señor Goliadkin vio de reojo al consejero que gastaba peluca, quien le miraba severa e inquisitivamente, como refractario a la simpatía general... Nuestro héroe estuvo a punto de acercarse a él para dirigirle una sonrisa y darle explicaciones, pero por alguna razón no lo hizo. Por un momento el señor Goliadkin se olvidó de sí mismo, perdió la memoria y casi el conocimiento... Al recobrarlos, notó que los invitados habían formado un ancho círculo a su alrededor. De improviso, alguien gritó su nombre en la sala contigua, y el grito fue secundado por toda la concurrencia. El alboroto y la agitación se hicieron generales. Todo el mundo se abalanzó a la puerta de la sala vecina, casi arrastrando consigo al señor Goliadkin, que se encontró junto al inmisericorde consejero de la peluca. Al cabo, éste lo cogió de la mano y lo sentó junto a sí, enfrente, aunque a alguna distancia, de Olsufi Ivanovich. Todos los que estaban en las salas tomaron asiento en filas de sillas, dispuestas en círculo alrededor del señor Goliadkin y Olsufi Ivanovich. Todos callaron y quedaron inmóviles, manteniendo un silencio solemne, con los ojos fijos en Olsufi Ivanovich y aguardando por lo visto algo extraordinario. El señor Goliadkin observó que junto al sillón de Olsufi Ivanovich y directamente enfrente del consejero, se instalaron el señor Goliadkin II y Andrei Filippovich. El silencio duró bastante tiempo. Efectivamente, todos estaban a la espera de algo.

—Igual que cuando alguien en una familia va a emprender un largo viaje. Lo único que falta es que alguien se levante y ofrezca una oración —pensó nuestro héroe, pero sus reflexiones quedaron interrumpidas por una insólita conmoción. Sucedió por fin lo que tanto se venía esperando.

—Ya viene. Ya viene —cundió entre la concurrencia.

—¿Quién viene? —se interrogaba a sí mismo el señor Goliadkin. Una sensación extraña le hizo estremecerse.

—Ha llegado el momento —dijo el consejero, mirando con intención a Andrei Filippovich. Este, por su parte, miró a Olsufi Ivanovich, quien asintió con una grave y solemne inclinación de

cabeza.

—¡Hala! ¡De pie! —dijo el consejero, levantando al señor Goliadkin. Todos se pusieron de pie. Entonces el consejero tomó de la mano al señor Goliadkin I y Andrei Filippovich hizo lo propio con el señor Goliadkin II y, en medio de la multitud que ansiosamente aguardaba, juntaron solemnemente a estos dos seres idénticos. Nuestro héroe miró estupefacto a su alrededor, pero al punto interrumpieron su inspección y le señalaron al señor Goliadkin II, quien le alargaba la mano.

—Quieren reconciliarnos —concluyó para sí nuestro héroe y, conmovido, alargó su propia mano al señor Goliadkin II. Luego..., luego le ofreció la mejilla. El otro señor Goliadkin hizo lo propio. En ese punto, le pareció al señor Goliadkin I que su traidor amigo le sonreía y dirigía un guiño fugaz y malicioso a la muchedumbre circundante; que algo siniestro se pintaba en su semblante, y que hizo incluso una mueca en el instante mismo en que daba su beso de Judas... Algo retumbó en la cabeza del señor Goliadkin. Sus ojos se empañaron. Tenía la impresión de que toda una comitiva de Goliadkins absolutamente iguales irrumpía alborotadamente por todas las puertas del salón. Pero ya era demasiado tarde... Se oyó el sonido de un beso estridente y...

En este instante se produjo un incidente inesperado. Se abrió con estrépito la puerta del salón y en el umbral se presentó un individuo cuya sola aparición heló al señor Goliadkin la sangre en las venas. Este quedó clavado en el sitio, y el grito que estuvo a punto de lanzar quedó ahogado en su pecho. Pero hacía largo tiempo que el señor Goliadkin había previsto y presentido algo semejante. Con reposada solemnidad el desconocido se acercó al señor Goliadkin, quien conocía bien a esa figura. La había visto, y muy a menudo; de hecho, ese mismo día... El desconocido era alto, robusto, vestido de levita negra. Llevaba al cuello la cruz de una conocida condecoración, ostentaba patillas espesas y muy negras, y lo único que le faltaba era el cigarro. Su mirada, como queda dicho, heló de espanto al señor Goliadkin. Con semblante severo y solemne, ese hombre terrible se aproximó al lamentable héroe de nuestro relato... Este le alargó la mano y el desconocido, tirando de ella, lo arrastró tras sí... Nuestro héroe miró en torno suyo confuso y abatido.

—Es Krestyan Ivanovich Rutenspitz, doctor en medicina y cirugía, a quien desde hace tiempo conoce usted, Yakov Petrovich —canturreó una voz repulsiva al oído mismo del señor Goliadkin. Este se volvió y advirtió que se trataba de su abominable y canallesco mellizo. El rostro de éste brillaba de pérfida y malévola

alegría. Se frotaba las manos embelesado, giraba la cabeza con entusiasmo, hacía arrebatadas cabriolas alrededor de todo el mundo. Se diría que iba a danzar de éxtasis allí mismo. De un salto tomó una bujía de mano de uno de los criados y, colocándose a la cabeza de todos, fue alumbrando el camino al señor Goliadkin y Krestyan Ivanovich. El señor Goliadkin advirtió que les seguían cuantos estaban en el salón, agolpándose y apretujándose unos contra otros, y repitiendo al unísono: «No se preocupe, Yakov Petrovich. No tema nada. Es un antiguo amigo y conocido suyo: Krestyan Ivanovich Rutenspitz.»

Al cabo llegaron a la escalera principal, brillantemente iluminada, y asimismo abarrotada de gente. Se abrió con estrépito la puerta de la calle y el señor Goliadkin se halló en los escalones de entrada junto con Krestyan Ivanovich. Al pie había un carruaje tirado por cuatro caballos que piafaban de impaciencia. Con diabólico deleite, el señor Goliadkin II bajó de tres saltos la escalera y abrió la portezuela del coche. Krestyan Ivanovich indicó con un gesto al señor Goliadkin que subiera, gesto, sin embargo, innecesario, ya que había bastante gente para ayudarle... Muerto de miedo, nuestro héroe miró tras sí. Toda la iluminada escalera estaba atestada de gente. Ojos atentos le observaban desde todas partes. En el descanso superior de la escalera, desde su cómodo sillón, presidía el propio Olsufi Ivanovich, observando con vivísimo interés el espectáculo. Todo el mundo aguardaba. Un susurro de impaciencia cundió entre la multitud cuando el señor Goliadkin se volvió para mirar atrás.

—Espero que no haya nada reprobable..., o que pueda provocar medidas severas..., o causar atención desmedida..., en lo tocante a mis funciones oficiales —dijo aturdido nuestro héroe.

Hubo una algazara general. Todos movieron la cabeza negativamente. Al señor Goliadkin se le saltaron las lágrimas.

—En tal caso, estoy listo... Tengo absoluta fe en Krestyan Ivanovich... y pongo mi suerte en sus manos.

No bien hubo dicho que ponía su suerte en manos de Krestyan Ivanovich cuando de los circunstantes más cercanos brotó un grito de alegría, terrible y atronador, secundado con eco siniestro por todos los que esperaban. Entonces Krestyan Ivanovich y Andrei Filippovich cogieron cada uno de un brazo al señor Goliadkin y se dispusieron a subirle al coche, en tanto que su doble, según su villana costumbre, les ayudaba por detrás. El infortunado señor Goliadkin I lanzó a todo y todos una última mirada y, trémulo como gatito rociado de agua fría si se permite

la comparación—, montó en el carruaje. Inmediatamente tras él subió Krestyan Ivanovich. La portezuela se cerró de un golpe, crujió el látigo y los caballos pusieron el vehículo en marcha... Todo el mundo corrió en pos del señor Goliadkin. Los gritos agudos y frenéticos del conjunto de sus enemigos le siguieron como otros tantos adioses. Durante un rato entrevió a algunas personas alrededor del coche, pero poco a poco quedaron rezagadas y acabaron por desaparecer. El que más persistió en correr tras el vehículo fue el infame mellizo del señor Goliadkin. Con las manos en los bolsillos del verde pantalón de su uniforme, siguió corriendo con aire satisfecho, saltando de un lado al otro del carruaje. A veces, asido al borde de la ventanilla, metía por ella la cabeza y lanzaba besos al señor Goliadkin en señal de despedida. Pero también se cansó al cabo. Sus apariciones fueron escaseando y acabó por desaparecer del todo. La pesadumbre atenazaba el corazón del señor Goliadkin. Una oleada de sangre ardiente le inundó la cabeza. Se sintió sofocado. Quería desabrocharse, descubrir el pecho y rociarlo de nieve y agua fría. Al cabo, perdió el conocimiento...

Cuando volvió en sí vio que los caballos le llevaban por un camino desconocido. Bosques tenebrosos se extendían a derecha e izquierda. Todo era silencio y desolación. De pronto quedó petrificado de horror. En la oscuridad dos ojos flameantes le escrutaban con malevolencia e infernal regocijo. ¡Este no era Krestyan Ivanovich! ¿Quién sería? ¿Y si de verdad era él? ¡Sí, lo era! ¡No el Krestyan Ivanovich de antes, sino otro! ¡Un Krestyan Ivanovich terrible!

—Krestyan Ivanovich, yo... creo que estoy bien —dijo nuestro héroe, tímido y tembloroso, con deseo de propiciar al terrible Krestyan Ivanovich a fuerza de humildad y sumisión.

—Ustet tentrá hapitasión, con fuego, lus y servitumbre, lo gual es más de lo que ustet se merece —repuso Krestyan Ivanovich, como pronunciando una severa y terrible sentencia.

Nuestro héroe lanzó un alarido y se oprimió la cabeza entre las manos. ¡Ay! Venía presintiendo esto desde hacía largo tiempo.

FIN